

Cuba Contemporánea

AÑO III

Tomo VIII.

Habana, agosto de 1915.

Núm. 4.

LA CRISIS DEL TESORO NACIONAL: SUS CAUSAS, SUS EFECTOS Y SUS REMEDIOS



En todos los asuntos que actualmente preocupan al pueblo cubano, ninguno tiene mayor importancia e interés que la aguda crisis por la cual atraviesa desde hace poco más de un año el Tesoro Nacional y cuyas consecuencias pueden llegar a ser en extremo graves, acaso pavorosas, si los Poderes Públicos de la nación no atienden preferentemente a este delicado problema y buscan al mismo soluciones acertadas, eficaces e inmediatas, evitando así que llegue a producirse entre nosotros el espectáculo, desusado y execrable por todos conceptos, de un pueblo rico y en plena era de prosperidad cuya Hacienda cae en la bancarrota a causa de la imprevisión con que se invierte no pequeña parte de los fondos del Tesoro Público, cuyo estado floreciente, en época no muy lejana de la actual, se ha trocado, por desgracia, en un estado lamentable de penuria, que dificulta el cumplimiento de los altos fines inherentes a todo Estado moderno, liberal y progresivo, como lo es el Estado cubano, nacido en los albores del siglo xx bajo los auspicios de la gran democracia norteamericana.

A ningún espíritu consciente y reflexivo puede ocultarse la importancia del asunto que estudiamos; mas conviene—antes de entrar a analizar las causas originarias y determinantes de dicho delicado problema—aclarar un equivocado concepto y

desvirtuar un error generalizado en nuestro pueblo, concepto que tienen y error en que incurren con harta frecuencia quienes, procediendo con imperdonable ligereza, atribuyen todos los males presentes y futuros del país cubano al exceso de burocracia, lamentando—a semejanza de lo que le ocurría a cierto Emperador romano—que todos los servidores del Estado no tuvieran una sola cabeza para poderla cortar de un solo tajo.

Estriba el equivocado concepto a que nos referimos en considerar como causa de desdoro el desempeño de las funciones públicas o la prestación de servicios al Estado, y en dar al vocablo "burócrata" un sentido despectivo para cuantos cobran sus haberes del Tesoro Nacional, sin establecer distinción alguna entre quienes legítimamente devengan sus sueldos y prestan eficientes servicios a la Administración, y los que, por no concurrir en ellos ninguna de estas circunstancias, son acreedores a todas las censuras, sea cual fuere la categoría del cargo administrativo que ocupen o la función legislativa cuyo desempeño abandonen, puesto que el incumplimiento voluntario de los deberes inherentes a un cargo cualquiera, ya sea éste obtenido por nombramiento directo o alcanzado por elección popular, rebaja el nivel moral del presunto funcionario hasta equipararlo al de los que, incapaces de ganar el sustento mediante el trabajo personal, honrado y enaltecedor, sólo aspiran a disfrutar de canonjías, prebendas o sinecuras, cobrando del Estado una soldada con el menor esfuerzo posible, o, lo que es más grave aún, sin realizar trabajos de ninguna especie...

Para los primeros, esto es, para quienes sirven a la Administración con inteligencia, celo y probidad reconocidos, excediéndose a veces en el cumplimiento de los deberes de su cargo y afanándose siempre por mejorar la realización de los servicios a ellos encomendados, debe reclamarse, y si es necesario exigirse, toda clase de respetos y consideraciones, porque a unos y otras son acreedores quienes, en vez de hacer granjería del desempeño de los cargos públicos, llenan una función de carácter político o social y producen con su trabajo los ingresos que han de cubrir todas las obligaciones que pesan sobre el Erario. Para los segundos, es decir, para aquellos que, habiendo logrado un nombramiento por inmerecido favor, consumen sin producir y co-

bran sin trabajar, toda execración es pequeña y débil todo reproche, siendo por tanto inmoral el criterio—bastante generalizado entre algunos miembros del Congreso—de querer solucionar la crisis del Tesoro Nacional disminuyendo sus haberes a todos los funcionarios y empleados públicos, de una manera uniforme, igualitaria y sin excepciones, sin detenerse a considerar que con semejante procedimiento se realizaría la injusticia de sacrificar a los que trabajan y producen, para poder seguir sosteniendo en sus puestos a los innecesarios, a los ineptos y a los perezosos; en menos palabras: a los verdaderos parásitos de la nación...

El error a que antes se hizo referencia consiste en suponer que cualquiera solución que se adopte para conjurar la crisis, en el sentido de introducir economías más o menos radicales en todas las consignaciones de Personal que figuran en los actuales Presupuestos de la nación, es asunto que sólo afecta y perjudica a quienes perciben sus haberes del Estado; criterio equivocado y absurdo, cuyo mantenimiento sólo podría disculparse en quienes desconocieran, de un modo absoluto, las peculiares condiciones en que se desenvuelve desde hace muchos años la vida económica del pueblo de Cuba. Quien conozca esas condiciones y no ignore que el 60% de los \$ 31.252,060.09 a que asciende el vigente Presupuesto de gastos de la República (descontados los \$ 7.610,845 del Presupuesto fijo y el \$ 1.400,000 del fondo adicional en reserva) se invierte en personal, y que la inmensa mayoría—casi pudiera decirse la totalidad, puesto que las excepciones son contadísimas—de los funcionarios y empleados públicos invierte totalmente durante cada mes el importe íntegro del haber que percibe; quien conozca estos antecedentes y de acuerdo con ellos analice la cuestión planteada, no podrá dejar de comprender que cualquier plan de economías que tenga por base la supresión radical de un crecido número de plazas o la rebaja proporcional de *todos* los sueldos asignados en los Presupuestos Generales de la nación, si bien sólo afectaría de un modo directo e inmediato a los funcionarios y empleados públicos, sus consecuencias se harían sentir desde luego en todas las industrias y en el comercio, puesto que tanto éste como aquéllas se quebrantarían grandemente al sobrevenir las consiguientes suspensiones

de pagos, o las inevitables rebajas en los presupuestos domésticos de los consumidores, originándose a su vez un nuevo conflicto, una nueva crisis, que seguramente haría disminuir la recaudación de los ingresos que el Estado necesita para poder cumplir sus obligaciones. Tal es el complejo engranaje que existe entre los diversos factores de este complicado y difícil problema.

¿Quiere decir lo anteriormente consignado que el actual Presupuesto de gastos sea intangible; que no pueda suprimirse ningún cargo de los que en él figuran, o que no deba disminuirse ninguna consignación de las que en él aparecen? En modo alguno podrían deducirse consecuencias tan absurdas de las premisas antes sentadas. Lejos de eso, quien esto escribe, ratificando puntos de vista ya expuestos en las páginas de esta misma publicación, no puede dejar de reconocer "que nuestros presupuestos nacionales han tomado una tendencia cada vez más acentuada hacia la "burocratización", con grave daño para los intereses materiales del país, cuyo fomento requiere la inversión de crecidas sumas en obras de utilidad general", las cuales no pueden ejecutarse actualmente en el número y magnitud que el progreso de nuestro país exige, porque "apenas queda ahora margen alguno para la realización de obras de carácter nacional, toda vez que no pocas de las crecidas sumas consignadas en Presupuestos se invierten en el sostenimiento de plazas innecesarias o inútiles, por regla general espléndidamente retribuidas, en tanto que sólo alcanzan insuficiente remuneración los cargos desempeñados por quienes realmente prestan sus servicios a la Administración y al país" (1).

Es, pues, indiscutible, que los actuales Presupuestos deben ser objeto de un cuidadoso estudio, de un minucioso análisis, para llegar a reducirlos convenientemente mediante la disminución de todos los gastos improductivos, a fin de poder invertir no pequeñas sumas, que actualmente se malgastan, en obras públicas que propendan al mejoramiento material del país, cooperando al desarrollo de sus grandes fuentes de riqueza y producción, al propio tiempo que mejorando la situación de las clases proletarias mediante la facilitación de trabajo y jornales. Mas,

(1) Artículo sobre *Nuestros problemas políticos, económicos y sociales*. *Cuba Contemporánea*, tomo V, núm. 4, agosto de 1914, págs. 415 y 416.

para llegar a esta finalidad, tan anhelada por todos y tan obstaculizada por algunos, se hace indispensable poner coto al despilfarro imperante desde largo tiempo atrás, una de cuyas manifestaciones más salientes es la continua votación por el Congreso de créditos especiales para obras y servicios, no siempre justificados en el momento y en la cuantía de su concesión. Para apreciar la enorme carga que por este sistema se ha hecho pesar sobre el Tesoro Público, basta consignar que, según datos que proceden de fuente oficial, el importe de los créditos concedidos por Leyes o Decretos especiales desde que se estableció la República en 1902, hasta el 31 de octubre de 1914, *asciende a la enorme cantidad de \$ 57.515,790.60 en moneda oficial*, debiendo agregarse a la expresada suma las cantidades votadas con posterioridad a la última citada fecha y que puede calcularse exceden de medio millón.



Cuanto queda dicho en los párrafos precedentes hace casi innecesario ya consignar de un modo expreso que la causa originaria de la crisis que sufre en los actuales momentos la Hacienda Nacional, no es otra que la política de dilapidación practicada entre nosotros desde que en 1906 se hizo cargo del Gobierno Provisional de la República Mr. Charles E. Magoon, gobernante extranjero cuya administración tuvo, al parecer, el siniestro propósito de quebrantar por largo tiempo el bienestar económico de que disfrutaron la nación cubana y su Hacienda durante los cuatro primeros años de establecida la República. Agobiado, pues, el Tesoro de Cuba por las deudas y los compromisos contraídos durante aquella funesta administración, cargas excesivas que impremeditadamente ha hecho cada vez mayores el Congreso Nacional, bastó que un solo accidente—la actual guerra europea—hiciera disminuir la renta de Aduanas, para que la crisis sobreviniera y se provocara el conflicto.

La tremenda conflagración en que actualmente se aniquilan casi todas las naciones de Europa, ha sido, sin duda, la causa *determinante* de dicha crisis; mas, siendo de carácter transitorio, cesará al restablecerse la paz en el Viejo Continente, dentro de

un plazo más o menos largo, con lo cual la recaudación aduanera volverá a su normalidad y los ingresos de la nación tendrán de nuevo su natural ascendencia. No es, pues, a esta causa, fortuita y pasajera, a la que es preciso atender primordialmente cuando se trate de conjurar la crisis, sino a la causa *originaria* antes señalada, cuyas consecuencias pueden llegar a producir la bancarrota de la Hacienda, y con ella, acaso, la ruina económica de un país en alto grado próspero, como el nuestro, cuyos recursos naturales y elementos de riqueza le han permitido resistir victoriosamente todos los contratiempos y calamidades que sobre él han hecho pesar las furias implacables de la naturaleza o la maldad y torpeza de los hombres. . .

Nuestro Congreso, por otra parte, no ha podido sustraerse a lo que parece ser en la época presente una deficiencia de carácter común a todos los Parlamentos o Asambleas deliberantes: la *inercia legislativa*, según se la ha calificado, y que se traduce en cierta incapacidad o apatía para dictar leyes de carácter general y común beneficio, tendientes al mejoramiento moral y material del país, limitándose por regla general la acción de las Cámaras—salvo las naturales excepciones—a legislar sobre casos particulares, de interés restringido a un corto número de personas, sin provecho alguno para la colectividad.

El Congreso que se constituyó al establecerse la República, dejó subsistentes casi todas las leyes que regían desde la época colonial, con las múltiples adiciones y modificaciones en ellas introducidas por medio de las Ordenes Militares dictadas durante la primera Intervención norteamericana, sin llegar a votar—excepto la del Régimen Provincial—aquellas leyes orgánicas que, como la de Secretarías del Despacho, la Municipal, la del Poder Judicial, etc., más necesarias se hacían para el ordenado funcionamiento de los Poderes Públicos y el exacto cumplimiento de algunos preceptos constitucionales. Consecuencia de esta lamentable incuria del Congreso fué la creación de la llamada Comisión Consultiva, dispuesta en 24 de diciembre de 1906 por Decreto número 284 del Gobernador Provisional, quien confirió a aquélla el encargo de redactar una nueva Ley Electoral que garantizara la pureza del sufragio y el respeto a las minorías; una Ley Orgánica del Poder Ejecutivo, para el funcionamiento de las

distintas Secretarías; una ley que garantizara la inamovilidad de los empleados públicos y su aptitud para el desempeño de labores a ellos encomendadas; una Ley Orgánica del Poder Judicial, que garantizara su independencia de los otros Poderes del Estado; una Ley Orgánica de las Provincias y otra de los Municipios, así como también la redacción de otras leyes que sin tener la importancia de las antes mencionadas, referíanse, sin embargo, a ciertas materias de público interés, acerca de las cuales desconfiábase de que el futuro Congreso les prestara la atención debida. A la citada Comisión Consultiva débese, pues, la redacción de las más importantes leyes orgánicas que hoy rigen en nuestra República, siendo de lamentar que no se aprovechara también aquella situación excepcional, en la que los Poderes Ejecutivo y Legislativo halláronse transitoriamente refundidos en una sola persona, para haber completado todas las demás legislaciones especiales que aún hoy se rigen por los preceptos arcaicos contenidos en Reales Ordenes y Decretos promulgados por los monarcas españoles a principios o a mediados del pasado siglo.

El Congreso constituido al cesar el Gobierno Provisional en 1909, y los que posteriormente le han sucedido, sólo han dictado contadas leyes de interés público general, limitándose, en lo que a las mencionadas leyes orgánicas se refiere, a derogar o modificar algunos de sus artículos cada vez que algún interés particular o político lo ha exigido; pero, substancialmente, la organización dada a los servicios públicos del Estado por la Ley del Poder Ejecutivo, subsiste aún *legalmente*, a pesar de todos sus graves defectos y deficiencias y de haberse variado prácticamente aquella organización por medio de Decretos o de las Leyes de Presupuestos posteriores. Nuestro Congreso, en vez de modificar de un modo expreso los preceptos de la referida Ley del Poder Ejecutivo que no responden ya a las necesidades impuestas por el crecimiento de población y riqueza, desarrollo industrial o comercial, etc., haciendo necesaria una organización administrativa distinta a la establecida por la citada Ley, se ha limitado a aprobar las variaciones hechas por el Ejecutivo e incluidas en las Leyes de Presupuestos sucesivas. De este modo se ha dado carácter permanente a la organización de ciertos importantes servicios

que ahora, al tratarse de hacer economías, han pretendido algunos miembros del Congreso adaptar a la en muchos casos defectuosa organización establecida por la Ley del Poder Ejecutivo.

Este procedimiento de solucionar en parte la crisis haciendo economías en los gastos de la nación, con un criterio cerrado que podría calificarse de empírico, es desde luego realizable y sencillo para el legislador, que no conoce, por regla general, la importancia de ciertos servicios ni su complejo funcionamiento; pero de llevarse a cabo sin antes hacer un detenido estudio de la complicada máquina administrativa, sería una obra perturbadora de funestos resultados, ya que, sin dejar de reconocer que en algunos casos ha sido el interés político o personal el causante de la reforma, en la generalidad de ellos ha sido la necesidad imperiosa de subsanar errores y deficiencias de la Ley lo que ha obligado a realizar por medio de Decretos la separación de servicios, el aumento de plazas, la elevación o disminución de sus categorías, etc., etc.

Por las razones y circunstancias antes expuestas, es en verdad lamentable que nuestros Senadores y Representantes no se inspiren en el ejemplo del General Foy, aquel célebre orador parlamentario francés de quien ha podido decirse con justicia que

... había tomado su papel por lo serio; estudiaba noche y día; computaba asiduamente las memorias y los discursos, las ordenanzas y las leyes. Dictaba, tomaba apuntaciones, analizaba sus inmensas lecturas, y así recogía la flor de cada objeto para formar su miel.

No se desafiaba de bajar al dédalo de las leyes de Hacienda, tomando cuidadosamente el hilo de la contabilidad: hojeaba nuestro voluminoso presupuesto, capítulo por capítulo, y artículo por artículo, con la paciencia árida y minuciosa de un oficinista. Nada se ocultaba a su prodigiosa sagacidad: tan atento a los detalles de la ejecución, como al espíritu de los reglamentos, buscaba el origen de los gastos, examinaba las cuentas, recorría las sumas, y descomponía todos los elementos de cada partida. Intendencias, estados mayores, ingenieros, sueldos, reclutamiento, subsistencias, acuartelamientos, pensiones, tropas, gendarmería, equipajes y justicia militar, todo lo veía, examinaba y discutía. Leyes eclesiásticas, leyes civiles, procedimientos, de todo necesitaba enterarse. Empréstitos, rentas, amortización, aduanas, deuda consolidada, prensa, Consejo de Estado, instrucción pública, administración interior, negocios extranjeros, ninguna de estas cuestiones, tan diversas y tan áridas, le cogían desprevenido. (2)

(2) *El libro de los oradores*, por Thén (Cormenin). Traducido de la décimatercia edición francesa por D. Ruperto Navarro Zamorano. Madrid, 1844, p. 187.

Si nuestros legisladores desean realizar una obra concienzuda al modificar los actuales Presupuestos del Estado, será indispensable que lleven a cabo previamente la modificación de la Ley del Poder Ejecutivo, adaptándola a las presentes necesidades del país, en vez de pretender que éstas se adapten a aquélla; para lo cual es preciso que estudien y analicen la organización de todos los servicios públicos, tomando informes, no de los Secretarios del Despacho, a quienes la importancia del cargo y la elevación de las funciones que desempeñan les impiden conocer en detalle las verdaderas necesidades administrativas, sino de los Subsecretarios y, sobre todo, de los Jefes de los distintos Departamentos en que se divide la Administración General del Estado, quienes podrán facilitar a los encargados de redactar nuestras leyes valiosísimos informes y datos de gran elocuencia sobre las deficiencias existentes en la organización de los diversos servicios, sobre las plazas realmente necesarias o superfluas, etc.; elementos y datos que, sabiamente utilizados, servirían para modificar los próximos Presupuestos de la nación, de acuerdo con las verdaderas necesidades de ésta y mediante un estudio meditado, consciente y reflexivo.



En materia económica no ha sido menos infecunda que en los demás aspectos de la actividad legislativa la acción del Congreso, ya que éste ha dejado de ejercitar repetidas veces el más importante de los derechos y el más indeclinable de los deberes que le asigna el artículo 59 de la Constitución de la República al señalar las atribuciones propias del Congreso: discutir y aprobar los Presupuestos de gastos e ingresos del Estado, siendo lo más sensible el tener que reconocer que ha sido en muchos casos este lamentable abandono de la más importante función legislativa, la menos perjudicial de las soluciones que ha tenido anualmente el problema vital que para la buena marcha administrativa de los servicios públicos entraña la fijación de todos los ingresos y egresos del Estado.

Los primeros Presupuestos de la nación fueron votados por el Congreso para el año fiscal de 1904-1905, en el mes de enero de 1904, a los veinte meses de constituida la República, la cual

cubrió hasta entonces sus gastos y recaudó sus ingresos mediante las autorizaciones que por las leyes de 3 de junio, 12 de julio y 5 de septiembre de 1902, concedió sucesivamente el Congreso al Poder Ejecutivo de la nación para que sufragara los gastos de ésta y percibiera el importe de todas sus rentas.

En el ejercicio económico de 1905-1906 rigieron los mismos Presupuestos del anterior, puestos en vigor por un Decreto Presidencial, a causa de no haber votado las Cámaras los correspondientes al citado año económico.

La segunda Ley de Presupuestos votada por el Congreso durante el primer período de la República, fué la referente al año fiscal de 1906-1907, la cual no llegó a cumplirse en todas sus partes por haber ocurrido en el mes de agosto de 1906 la revuelta que dió al traste con el Gobierno del Presidente Tomás Estrada Palma y provocó la segunda Intervención norteamericana, organizándose el Gobierno Provisional de la República, cuyos Presupuestos desde 1907 hasta 1909 no pudieron implantarse de acuerdo con los preceptos de la Constitución.

En 1909 votó el Poder Legislativo la Ley de Presupuestos del ejercicio económico de 1909-1910, en forma un tanto indeterminada y condicional: autorizando al Presidente de la República para modificar, con posterioridad a la fecha del 1.º de julio de 1909 en que dicha Ley comenzó a regir, el proyecto de Presupuestos por él remitido al Congreso, lo cual dió lugar a no pocos trastornos y conflictos, resueltos posteriormente por medio de Decretos que el propio Presidente de la República se vió compelido a dictar para subsanar en parte la festinada y en muchos aspectos defectuosa labor de la Comisión por él creada para dar cumplimiento al espinoso encargo que le confió el Congreso.

Sucesivamente han sido votadas por las Cámaras y sancionadas por el Ejecutivo las Leyes de Presupuestos correspondientes a los años fiscales de 1910-1911, 1912-1913 y 1914-1915, quedando vigentes durante los ejercicios económicos de 1911-1912, 1913-1914 y 1915-1916, las de los ejercicios próximos anteriores, a virtud del precepto contenido en el artículo 396 de la Ley del Poder Ejecutivo, según el cual siempre que "al comenzar el año económico, el Congreso no hubiere llegado a un acuerdo res-

pecto a los Presupuestos presentados por el Presidente de la República, continuarán en vigor los del año económico anterior inmediato"; disposición que fué incluida expresamente en dicha Ley, como solución necesaria para el caso de que las Cámaras no votaran oportunamente los Presupuestos Generales del Estado, pero que contradice abiertamente lo consignado en el inciso 2.º del artículo 59 de la Constitución, ya citado, en el que se dispone que los gastos e ingresos "se incluirán en presupuestos anuales y sólo regirán durante el año para el cual hubieren sido aprobados". La lectura del texto constitucional transcrito demuestra, evidentemente, que se necesita la votación expresa por el Congreso de los Presupuestos nacionales, sin que de ella se deduzca la posibilidad de que pueda hacerse dicha votación de un modo *tácito*, que a tanto equivale el habilidoso subterfugio hallado por la Comisión Consultiva para resolver el conflicto que anualmente podría originarse al quedar paralizada la vida económica del Estado por la falta de Presupuestos, conflicto no previsto por los que redactaron la Carta Fundamental de nuestra República.

Las dos únicas medidas de importancia y trascendencia notorias que en materia económica y presupuestal han tomado hasta el presente los altos Poderes de nuestra nación, han sido el Decreto Presidencial número 659, de 11 de julio de 1914, por el cual fué designada una Comisión con el encargo de estudiar las causas del constante crecimiento de los presupuestos del Estado, y la llamada "Ley de Defensa Económica", de 29 de octubre del propio año, una de cuyas disposiciones fué la acuñación de la moneda cubana.

En cuanto al primero, puede afirmarse que el mejor estudio realizado hasta ahora respecto del interesante problema a cuyo análisis está dedicado este trabajo, es, sin duda alguna, el que llevó a cabo la referida Comisión de Presupuestos. Su dictamen revela una labor meritisima de recopilación, ordenación y comparación de datos numéricos, digna del mayor encomio, sin que esta apreciación de aquel importante informe signifique la absoluta conformidad, por parte de quien esto escribe, con todas sus apreciaciones, ni que las conclusiones formuladas no merezcan algunos reparos y objeciones.

Entre los párrafos más salientes del precitado dictamen (3) son dignos de transcribirse aquellos que contienen conceptos tan interesantes como el que entraña el reconocimiento de que

...el fenómeno del aumento de los gastos públicos no es local; en todas las naciones del mundo civilizado se advierte con mayor o menor intensidad, y conocida es la Ley formulada por el célebre economista Wagner, respecto a la naturaleza de los gastos que en bien social van desarrollándose progresivamente en todas partes; y economistas notables como Nitti, Wallace, Flora, Bullock y otros, han estudiado en diferentes partes el mismo fenómeno del constante crecimiento de los Presupuestos generales en todos los Estados del mundo. Flora dice: "El aumento de los gastos públicos no es más que la forma numérica, el reflejo, la consecuencia de una ley histórica: *El aumento intensivo y extensivo de las funciones del Estado*, debido a una mejor ponderación de las necesidades colectivas, lo mismo que de las individuales, más adelantadas de parte de la sociedad, que ha llegado a un estado más elevado de riqueza y de civilización. No debemos, por tanto, sorprendernos si los gastos del interés colectivo, en los cuales se traduce la extensión progresiva de las atribuciones del Estado y de la unidad administrativa, van creciendo al mismo paso que el desenvolvimiento del organismo social, apenas los hombres adquieren más clara conciencia de la solidaridad que les une. Debe reconocerse, por lo tanto, que el aumento no es siempre perjudicial; puede resultar beneficioso para el fomento del país y contribuir poderosamente al desarrollo de la riqueza nacional y a la prosperidad y cultura de los ciudadanos."

Los presupuestos no son malos porque sean altos, si están en relación directa con la capacidad productiva y la riqueza del país; lo son por la mala aplicación que se dé a los recursos obtenidos de las rentas públicas.

Refiriéndose más adelante la Comisión en su informe al aspecto que ofrece el problema en nuestro país, no vacila en afirmar que

Jamás debe considerarse al Estado como una Institución benéfica, sino organizada para satisfacer las necesidades sociales, en la cuantía de los recursos de que dispone—debe dejarse el personal realmente necesario—, suprimiéndose por consiguiente, cuantas plazas se consideren inútiles, retribuyéndose el personal que quede subsistente, con arreglo a su competencia, haciendo que cada uno sirva el cargo que tenga asignado en su respec-

(3) El texto del informe emitido por dicha Comisión fué publicado en el número de *La Reforma Social* correspondiente al mes de febrero del corriente año (tomo III, núm. 2, págs. 267-402); no habiendo sido también incluidos muchos de los cuadros estadísticos que forman parte integrante del propio informe, porque su extensión hizo imposible que fueran publicados en la citada revista, según se hace constar en las notas puestas por ella al repetido informe.

tiva plantilla... Cuba necesita muchas carreteras y tener en buen estado las existentes, mejorar sus puertos, facilitar medios adecuados a la Agricultura y al Comercio, para el acarreo y transporte de sus productos, y otras obras públicas reconocidas como necesarias e indispensables; y si a ellas no puede atenderse con recursos extraordinarios por ser ya crecida nuestra Deuda Pública, y no ser prudente, por largo tiempo, apelar de nuevo al crédito, no hay otro medio para atender a ellas, que con los recursos ordinarios, destinando una parte considerable de los mismos a esas atenciones, puesto que de lo contrario, no podrá realizarse por largo tiempo, con perjuicio de la riqueza pública y de nuestro buen nombre, dentro y fuera del territorio nacional. En este sentido hay que ser más previsores; no es posible abandonar los servicios de obras públicas, que, como los de saneamiento, son igualmente indispensables y de utilidad general.

Y al señalar la imperiosa necesidad de poner término al sistema imperante de imprevisión en la formación y ejecución de los Presupuestos, así como en las Leyes Especiales por medio de las cuales se conceden continuamente créditos no siempre justificados, hace constar la Comisión en ese dictamen que

la ocasión ha llegado de realizar algo práctico y conveniente en este sentido, porque no podemos vivir apelando constantemente al crédito, ni tampoco debemos dejar surgir o crear un déficit abrumador del Tesoro, que pondría en evidencia nuestra capacidad para el manejo de la Hacienda Nacional. Consolidada la República, teniendo ésta ya en funciones todos sus órganos de Gobierno y Administración, conforme previene la Ley fundamental de la Nación, es ocasión de que procuremos ir realizando aquellas economías que no perturben los servicios públicos, y dediquemos todo lo que de esos gastos se elimine, a obras productivas de que tan necesitados estamos.

Es lástima, en verdad, que la mencionada Comisión, cuyo es el luminoso informe a que venimos refiriéndonos, no descendiera a señalar—aunque hubiera sido en líneas generales—aquellos gastos o consignaciones que a su juicio deben ser disminuídos, en el caso de realizarse un plan completo y metódico de economías. De haberlo hecho, habría seguramente fijado su atención en un capítulo del vigente Presupuesto de gastos, que a juicio de muchos es en el que, sin gran perjuicio para la Administración ni para el país, podrían realizarse las mayores economías, rebajando elevados sueldos y sobresueldos, gratificaciones espléndidas, consignaciones excesivas, etc.: nos referimos a los gastos del Ejército y de la Marina de guerra nacionales. El primero de

ellos, o sea el Ejército, consume actualmente, después de su reciente reorganización, la crecidísima cantidad de \$ 7.916,901.23 en moneda oficial, y la segunda, esto es, la Marina, invierte \$ 961,418.60, lo que arroja un total de \$ 8.878,319.83 al año.

Si se tiene en cuenta que la ascendencia total de los vigentes Presupuestos de gastos es de \$ 40.262,905.09, resulta evidente que entre el Ejército y la Marina se invierte el 22% del importe total del Presupuesto, lo que demuestra la enorme desproporción entre las cantidades para uno y otra consignadas y las que se destinan a todas las demás atenciones del Estado, que como la instrucción pública, la agricultura, la sanidad, las obras públicas y otras, deben ser atendidas e impulsadas en el mayor grado posible, para fomento general del país y bienestar de su población.

Con los datos anteriormente expuestos y con los que podrían deducirse analizando en detalle lo que percibe en total cada uno de los Jefes y Oficiales del Ejército y de la Marina nacionales, sumadas las cifras que representan sus varias asignaciones por concepto de sueldos, sobresueldos, gratificaciones, alojamientos, etc., etc., sería fácil comprobar que nuestra nación retribuye con excesiva esplendor a sus militares y marinos, sobre todo si se comparan sus altos haberes con los que perciben muchos funcionarios de la Administración civil cuyos cargos requieren ímprobo trabajo y excepcional competencia.



El aspecto verdaderamente importante de la "Ley de Defensa Económica", a que antes se hizo referencia, no estriba en la reducción, por ella dispuesta, de los créditos para material, ni en la amortización de las plazas que resulten vacantes, ni siquiera en las otras varias medidas que, a pesar de su interés indiscutible, no afectan grandemente al país,—sino en la parte relativa a la unificación de nuestro sistema monetario mediante la acuñación de la moneda nacional. La necesidad de esta última y de su circulación exclusiva en nuestro país, para regular las transacciones mercantiles y en general toda clase de contratos o convenios, es tan evidente y notoria, que causa sorpresa, y aun

asombro, pensar que nuestros Poderes Públicos hayan dejado transcurrir más de doce años después de constituida la República, sin haberla dotado de una moneda propia, con valor liberatorio fijo y determinado por medio de una Ley. Y es tanto más de lamentar la indiferencia con que se ha tratado entre nosotros, por gobernantes y gobernados, el problema monetario, si se tiene en cuenta que durante los últimos quince años, o sea, desde que cesó la soberanía española en Cuba, ha sido víctima el pueblo cubano del más escandaloso agio y de la más inicua explotación que concebirse pueda, por parte de los cambistas y comerciantes en general, los cuales han sabido aprovechar hábilmente, a su favor, la brillante oportunidad que les ofrecía—y aun les ofrece—la circunstancia de realizarse en moneda de oro o plata española todas nuestras transacciones comerciales, a pesar de ser la moneda cubana y la de los Estados Unidos de Norteamérica las oficiales en que el Estado cubano verifica todos sus ingresos y egresos. Merced a este sistema *sui generis*, han podido agregar los especuladores, a las naturales oscilaciones que sufre el valor de casi todas las monedas, ciertas alteraciones ficticias que por regla general y rara coincidencia tienen lugar en días y épocas determinados, para poder así realizar un negocio productivo en el cual el pueblo resulta siempre perdidoso.

En un interesantísimo estudio sobre *La reforma monetaria en Méjico*, presentado al Cuarto Congreso Científico celebrado hace pocos años en Santiago de Chile, por el Ldo. Enrique Martínez Sobral, Delegado de México a dicho Congreso, se dice que

El ideal de una buena moneda consistiría en que su valor fuese inalterable; en que, por lo tanto, pudiera ser perpetua medida de todos los valores. Desgraciadamente, ese ideal no ha podido realizarse, ni se realizará nunca. La moneda, lo mismo que todas las mercancías, se halla sujeta a las leyes del valor. Por otra parte, el valor cuya noción esencial es eminentemente subjetiva, por lo menos en su aspecto conocido con el nombre de *valor en uso*, es variable hasta lo infinito. El *valor en cambio* que guarda con el *valor en uso* la relación de un círculo concéntrico de menor circunferencia, varía, necesariamente, con el círculo que lo contiene; y si bien sus variaciones tienden a ser de menor importancia, no por eso dejan de ser sensibles. Desde el instante que las cosas varían de precio, puede afirmarse que la moneda varía de valor; vale más, a medida que su poder de adquisición aumenta, es decir, a medida que con menor cantidad de moneda se adquiere mayor cantidad de mercancías; vale menos, por el contrario, cuando su

poder disminuye, es decir, cuando para obtener los servicios y las utilidades se hace preciso desembolsar mayor suma de moneda. Cada fluctuación en el precio es, por lo tanto, una fluctuación en el valor de la moneda, sea en el sentido de la alza, sea en el de la baja...

.....
 La mejor moneda ha sido, es y será la que más se aproxime al ideal, y, sobre todo, la que evite las variaciones bruscas de valor; la que, dentro de la general oscilación, proceda con circunspección y pausas mayores.

Los inconvenientes de toda moneda que cambia frecuentemente de valor son colosales. Estos cambios impiden la previsión, que es fundamento sólido de la capitalización; dificultan el ahorro que nace del espíritu de previsión, echan por tierra los cálculos mejor fundados y amenazan por su base el edificio económico de las naciones. (4)

No es de extrañar, pues, que habiendo tenido hasta hace poco nuestro país como base de su sistema monetario usual la moneda española, de valor tan inestable que en un lapso de doce años ha experimentado el aumento de un 10% la de oro y de 40% la de plata, con relación a la moneda norteamericana, el pueblo de Cuba haya sufrido, juntamente con el encarecimiento de la vida—problema en la actualidad de carácter mundial—, una merma considerable en sus ingresos, dada la circunstancia especialísima, ya señalada, de verificarse la generalidad de nuestras transacciones comerciales en moneda distinta de las que el Estado reconoce como de curso legal y emplea en todas sus operaciones de cobros y pagos.

Es de lamentar, sin embargo, por esta razón cuyas consecuencias no pueden ser desconocidas, que, a pesar de existir ya en Cuba una cantidad muy crecida de moneda nacional y de ser extraordinariamente grande la del cuño de los Estados Unidos de Norteamérica que se halla en circulación desde hace muchos años, no haya sido aún desterrada del mercado la moneda española de plata, en parte por la pasividad y falta de energía que se advierte en quienes tienen a su disposición sobrados recursos para conseguir, imponiéndolo si fuere necesario, que a base de moneda cubana se hagan todas las operaciones mercantiles y comerciales, y en parte también por el poco civismo de nuestro pueblo,

(4) Véase el Volumen VIII de los Trabajos del Cuarto Congreso Científico (1.º Pan-Americano) celebrado en Santiago de Chile del 25 de Diciembre de 1908 al 5 de Enero de 1909. Trabajos de la VII Sección (Ciencias Económicas y Sociales), publicados bajo la dirección de Julio Philipp. Tomo I, págs. 376 y 379.

que no ha querido o sabido rechazar la moneda de plata española en todos sus tratos y contratos—como desde hace más de diez años ocurre en la provincia de Oriente—, contribuyendo con su actitud indolente y sumisa a mantener el valor ficticio que ha llegado a tener aquí la moneda española, no sólo superior al que alcanza la de los Estados Unidos norteamericanos, cosa difícilmente explicable, sino—lo que es más extraño aún—al que se da a la propia moneda en España, la nación acuñadora, supuesto que la plata española tiene actualmente en los cambios y giros que de Cuba se hacen para España un 3% de prima sobre la plata española circulante en esa nación, habiendo llegado a alcanzar dicha diferencia recientemente la inexplicable cifra de un 4.7%.

Prescindiendo de esta anomalía y de otras, cuya explicación satisfactoria en vano se intenta dar por algunos y cuyas causas determinantes no es pertinente discutir ahora, importa señalar la repercusión que forzosamente ha tenido en todos los hogares cuyos ingresos son en moneda oficial, la disminución de la prima que antes tuvo esta moneda con relación al oro y a la plata españoles, para que no dejen de tener en cuenta este factor interesantísimo aquellos a quienes incumbe el deber de resolver la crisis del Tesoro Público, ya que al acordar la disminución de los egresos del Estado deben pesar y apreciar detenidamente los múltiples aspectos de nuestro intrincado problema económico.

Para sintetizar en pocas palabras cuanto hemos dicho precedentemente respecto de la crisis del Erario, creemos oportuno señalar aquí la necesidad de llevar a cabo, en concurrencia con las recomendaciones hechas en su informe por la Comisión designada para el estudio de los Presupuestos, una revisión cuidadosa de la Ley del Poder Ejecutivo, para reorganizar todos los servicios públicos de acuerdo con las necesidades actuales del país; consignar en ella los sueldos y las categorías de todas las plazas correspondientes al alto personal administrativo, dejando únicamente para la Ley de Presupuestos la fijación de las plazas desempeñadas por el personal subalterno, que por su índole requiere modificaciones más frecuentes; adoptar un Plan General de Obras Públicas con vista de las necesidades de cada provincia, comarca o distrito, a fin de irlo desarrollando paulatina-

mente y de poder contar dentro de algunos años con un sistema completo de carreteras, puentes, acueductos, faros, edificios públicos, etc., etc., subordinando la realización de este plan a la importancia y urgencia de cada obra, según lo permita el estado de los fondos del Tesoro Público, en vez de malgastar éstos, como en la generalidad de los casos ha sucedido hasta la fecha, en obras parciales que por su inutilidad manifiesta han sido abandonadas y no conservadas como se debe, perdiéndose, a poco de ser invertidas, gruesas sumas del Erario sin beneficio alguno para la nación; suprimir todas las plazas de que disfrutaban los que cobran una soldada del Estado sin trabajar, así como aquellas que, siendo innecesarias o inútiles, sólo contribuyen a fomentar un espíritu de vagancia en quienes las ocupan; disminuir todos los gastos improductivos, para poder retribuir justamente a los funcionarios y empleados públicos que prestan sus servicios con aptitud y laboriosidad reconocidas, prescindiendo de todo sectarismo o parcialidad política; y, finalmente, rebajar sueldos, sobresueldos, gratificaciones y pensiones excesivos, cuidándose de tener en cuenta únicamente, al fijar la ascendencia de haberes, la aptitud que el cargo exija, el trabajo que en él se realice y la responsabilidad que por él se contraiga; enmendando yerros y reparando injusticias, para que de este modo los eternos descontentos—que siempre abundan—y los torpes maldicientes—que nunca faltan—, sólo tengan motivos de alabanza para nuestra República y de gratitud para su Administración, cuya moralidad y cuyo buen nombre importa mantener a todo trance, para no empañar con la sombra que proyectan ciertas impurezas la memoria de los que lucharon heroicamente y sacrificaron con abnegación sus vidas por conquistar una patria libre donde brillase eternamente el sol de la justicia.

MARIO GUIRAL MORENO.

Julio, 1915.

LA INVIOLABILIDAD DEL CONTINENTE AMERICANO

(DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DR. SANTIAGO PÉREZ TRIANA, DELEGADO DE COLOMBIA A LA CONFERENCIA PANAMERICANA DE HACENDISTAS DE 1915, EN EL "ALGONQUIN CLUB" DE BOSTON, EN EL BANQUETE DADO POR LA CÁMARA DE COMERCIO DE DICHA CIUDAD EL DÍA 12 DE JUNIO.)

Señores:



ESPUES de una sesión de algunos días en Washington, y de una jira por varios estados y varias ciudades de la República, la Conferencia Panamericana de Hacendistas termina aquí esta noche. Acaso no esté fuera de lugar en esta ocasión recapitular someramente los hechos principales que se relacionan con dicha Conferencia y tratar de indicar, aunque sea de manera breve, su objetivo y su significación.

La Conferencia fué convocada por el Gobierno de los Estados Unidos; la invitación fué aceptada sin vacilación por todas las naciones del Continente. Se han reunido otras Conferencias Panamericanas antes de ésta. El objetivo de ellas nunca estuvo, como en el caso presente, limitado a asuntos específicos. Nosotros fuimos convocados exclusivamente con el objeto de buscar el modo de mejorar las relaciones financieras entre todas las naciones soberanas del Continente. De esta suerte pudiera presumirse que esta Conferencia hubiera debido revestir importancia inferior a la de las que la precedieron. Sin embargo, ese no ha sido el caso.

SIGNIFICACIÓN DE LA CONFERENCIA

Las circunstancias de la historia que se están desarrollando actualmente, tanto dentro como fuera del Continente, han contribuido a darle a esta Conferencia una trascendencia y un carácter histórico innegables. Las condiciones de la vida internacional y de la vida nacional en todos los países de América habían llegado a una madurez propicia a las transformaciones fundamentales.

EFECTO DE LA GUERRA

La guerra europea, al trastornar o al destruir por completo las armonías establecidas desde largo tiempo, del intercambio industrial y económico entre los pueblos, había creado la necesidad imperiosa de buscar nuevas combinaciones que no sólo reemplazaran las antiguas adaptaciones de la vida, sino que al mismo tiempo ofrecieran nuevas formas y nuevos métodos, libres del peligro de que vuelvan a sobrevenir las presentes calamidades.

En la América Latina, con una sola excepción, las naciones ya habían alcanzado su mayor edad, con lo cual quiere significarse que habían llegado a aquellas condiciones de estabilidad indispensables para una participación permanente y fecunda en los asuntos internacionales. Por otra parte los Estados Unidos habían llegado a una condición en que ya les era posible extender sus actividades, tanto económicas como industriales, más allá de sus propias fronteras. Si el período de inestabilidad hubiera continuado aún en la América Latina, parcial o totalmente, o si los Estados Unidos se hubieran visto contenidos dentro de sus propias fronteras, por sus propias necesidades, todas las buenas intenciones que se hubieran tenido para establecer cooperación práctica y beneficiosa entre las dos secciones del Continente habrían sido vanas.

Los rasgos esenciales de las dos secciones del Continente pueden resumirse así: los Estados Unidos tienen un excedente de capital y un excedente de producción, y lo que es más, están

equipados para aumentar indefinidamente esa producción. La sección latina del Continente, tomada en conjunto, posee incalculables fuentes de riqueza natural, inexplotadas todavía; está muy escasamente poblada; es esencialmente una región no manufacturera y necesita capital e inmigración para su desarrollo. Este estado de cosas fué revelado, con una precisión que tiene el carácter de exigencia perentoria, por el actual conflicto europeo.

La reunión de esta Conferencia exclusivamente dedicada a fines pacíficos, en contraste flagrante y directo con el frenesí de la guerra que domina las conciencias de los hombres en todas las grandes potencias del Viejo Mundo, es en sí misma un acontecimiento de la más grande significación histórica. La ley escrita y la evolución normal de la vida dentro de la ley, todavía imperan supremas dentro de las naciones independientes de América. A este resultado no se ha llegado por una feliz o fortuita combinación de circunstancias. Es el resultado de la previsión de los artífices de las instituciones nacionales de este país. Ellos tuvieron una previsión unida con la sabiduría. Suyo fué el propósito indomable de que la justicia, como Dios nos permite comprenderla y en cuanto en nuestro poder esté, ha de ser la ley de la vida, tanto para los individuos como para las colectividades.

Si en esta hora de tinieblas y de intranquilidad América puede continuar el desarrollo normal de su evolución, se debe ello en primer término a los principios fundamentales establecidos por los fundadores de sus libertades y de su independencia, que fueron proclamadas, primero en el norte y después adoptadas en el sur, por todas y cada una de las secciones, a medida que realizaban su emancipación y entraban a la vida de los pueblos libres.

FORJANDO UN ESLABÓN

El trabajo que hemos estado haciendo en esta Conferencia es un eslabón en la cadena de la historia. Las combinaciones económicas y comerciales pueden tener y, como en el caso presente sucede, tienen muchas veces importancia más allá de toda

comparación. Pueden significar el aprovechamiento y la ocupación de grandes territorios hasta entonces desiertos; pueden significar la redención de una nación débil y su transformación en una comunidad próspera y poderosa. Esta clase de felices resultados se ha visto una y otra vez. Sin embargo, la labor nuestra es de más alta categoría; nuestro esfuerzo tiende en primer término a robustecer en todo el Continente la estructura de libertad que fué levantada por nuestros antepasados. Toda omisión en que incurramos en cualquier momento de la historia, porque dejemos de cumplir el deber que la hora nos presente, para sostener esa estructura de libertad, sería un pecado imperdonable. Toda concesión que hagamos a la opresión o a la tiranía en cambio de ventajas materiales, de poder comercial o político, o de dominio económico, sería un crimen de alta traición a los ideales de patriotismo consagrados en nuestro Continente. De esta suerte la mejora y el perfeccionamiento de las relaciones financieras, que es el eslabón que estamos forjando en la hora presente, se ensancha y se convierte en una realidad palpitante identificada con el pasado, con el presente y con el futuro de nuestro Continente.

LA DOCTRINA MONROE

El día 22 de noviembre de 1822, los monarcas aliados de Europa firmaron un tratado secreto en Verona, en que se comprometían a hacer cuanto estuviera a su alcance para suprimir el Gobierno representativo dondequiera que existiera y para impedir el establecimiento de las instituciones representativas en los países en donde no existieran. El día 2 de diciembre de 1823, el Presidente Monroe hizo una declaración que ha venido a ser uno de los más portentosos y fecundos hechos de la historia del mundo. Allí se sostiene que los Continentes Americanos, por la condición de libertad y de independencia que han asumido y que han mantenido, de ese día en adelante ya no pueden considerarse como sujetos a la colonización futura por ninguna potencia europea; que el sistema político de las potencias aliadas de Europa es esencialmente distinto del de América; que toda tentativa por parte de alguna o algunas potencias europeas para extender

su sistema a cualquier porción de este hemisferio, sería considerada por los Estados Unidos como peligrosa para su paz y para su tranquilidad.

LA LIBERTAD Y EL PUEBLO

La época en que esas declaraciones fueron hechas, coincidió con la calma que se siguió a la Revolución francesa y a las guerras napoleónicas. Los dinastas victoriosos de Europa se sentían intranquilos en sus tronos; su contemplación de la vida se entenebrecía con la procesión de los acontecimientos de los treinta años anteriores que desfilaban en su memoria como una amonestación y como una amenaza.

Todas las tradiciones, todas las santidades de la vida según ellos las concebían, habían sido pisoteadas en nombre de esa utopía horrible llamada libertad, por ese monstruo atroz llamado el pueblo. Se había hecho necesario impedir, más allá de toda posibilidad, que semejante calamidad volviera a sobrevenir; era preciso destruir la libertad como se destruye una planta venenosa, y era preciso mantener al pueblo en honda sumisión más allá de todo sueño loco de rebeldía. Así los monarcas firmaron su convenio. En las páginas de la historia la Declaración Monroe aparece como una respuesta al compromiso de los reyes; y si se contemplan esas páginas de la historia desde entonces hasta nuestros días, no es preciso ahondar demasiado para ver cuál ha sido la evolución de los dos sistemas cristalizados respectivamente en los dos documentos.

La Declaración Monroe cerró el Continente americano al sistema de Europa y consagró el Continente de América a la causa de la democracia. En Europa el sistema del equilibrio del poder prevaleció durante todo el siglo XIX y hasta hoy durante el siglo actual. La actual catástrofe europea pone de manifiesto el resultado inevitable de un sistema basado en la desigualdad y en el privilegio.

NO ES UN TRATADO INTERNACIONAL

Los Estados Unidos han sido fieles a su palabra. El Continente americano ha permanecido libre de toda conquista europea.

La declaración del Presidente Monroe no es un tratado internacional, ni pretende proteger al débil y al indefenso. Esa declaración se basa exclusivamente en el bienestar y en la conveniencia de los Estados Unidos. Como ese bienestar está identificado con la libertad y con la justicia, buscadas a través de la democracia, todos los elementos de egoísmo desaparecen y el elemento de grandeza entra en la Declaración. Ahí precisamente está la cualidad esencial de excelencia y bondad de la doctrina. La encina tiende sus ramas al viento en obediencia a la ley de su naturaleza; empero, esas ramas dan abrigo a las aves del espacio y sombra al peregrino, del calor en medio del día.

Al impedir la introducción del sistema de Europa entre sus vecinos, los Estados Unidos en primer término se protegían a sí mismos. En 1826, Daniel Webster, hablando en la Cámara de Representantes, dijo que el interés del Gobierno de los Estados Unidos, en el caso de desembarque de tropas extranjeras en el Continente americano, se intensificaría en razón directa de la proximidad del territorio invadido al territorio de los Estados Unidos; que una invasión en el golfo de Méjico requeriría medidas prontas y enérgicas, en tanto que un desembarco de fuerzas extranjeras en la región remota del Río de la Plata, pudiera exigir tan sólo una protesta diplomática. Empero, las cosas han cambiado desde entonces para acá. La región del Río de la Plata está más cerca de los Estados Unidos hoy, de lo que estaba el golfo de Méjico en los días de Webster.

La doctrina Monroe ha salvado la soberanía de las naciones americanas de la conquista europea. En los últimos cuarenta años las potencias europeas han conquistado hasta la última pulgada de territorio en el hemisferio oriental. Esas actividades militares y predatorias de Europa, han servido para una infinidad de objetos; han justificado de cierta manera los establecimientos militares y navales; le han procurado una salida al capital y a las empresas, aunque haya sido con la punta de las bayonetas; han constituido una especie de válvula de seguridad para la presión creciente de los armamentos y los ímpetus consecuenciales de rebelión que a ellos se han seguido. Si hubiera sido posible continuar las guerras de depredación en el hemisferio occidental, la actual guerra europea se hubiera evitado y esas guerras de

depredación habrían sobrevenido con furia desde el Río Grande hasta el extremo sur del Continente.

La aseveración que suele oírse en ciertas regiones de la América Latina, de que las naciones latinoamericanas ya están en capacidad de protegerse a sí mismas, es fútil e insostenible. La ley de la necesidad, que invocan las grandes potencias militares de Europa, no reconoce otra ley que la de una fuerza superior. ¿Qué fuerza superior podría oponer ninguna nación o ningún grupo de naciones latinoamericanas a cualquier gran potencia militar europea? ¿Qué podrían hacer los Estados mejor organizados de la América Latina, o los más numerosos en población, como Argentina, Chile y Brasil, contra el desembarco de medio millón de hombres escoltados por una flota de *dreadnoughts*? Después de lo que hemos visto en los últimos treinta años en materia de ataques gratuitos a poblaciones civilizadas, de degollinas de muchedumbres indefensas en la vía de la conquista territorial, de declaraciones de guerra hechas después del hundimiento premeditado de barcos o del bombardeo de puertos, ¿puede presumirse por un instante que la propiedad indefensa de los débiles no sería arrebatada de sus manos por los fuertes, sin vacilación y sin pudor?

NECESIDAD DE LA COOPERACIÓN

La doctrina Monroe, es decir, el principio de la inviolabilidad del Continente para todo conquistador de fuera, debe ser sostenida, hasta hacerla impregnable, con el esfuerzo conjunto de todas las naciones del Continente. Las espaldas del gigante son anchas. El gigante es fuerte y robusto. Sin embargo, en el sostenimiento de empeños que sincronizan con el peso de los siglos y que cubren la integridad del Continente, no debe rechazarse ni ponerse de lado ninguna cooperación honrada, y no debe engendrarse, ni crearse, ninguna hostilidad por pequeña o insignificante que pueda parecer.

El antagonismo aparente entre los dos Continentes, el de Europa y el de América, no está en la naturaleza de las cosas; reside en las convenciones y en los intereses creados de los hombres. El Continente de América nunca se ha cerrado a los hom-

bres en su calidad de tales, pero ha estado cerrado y continuará cerrado a todo sistema que signifique una amenaza a la libertad y a la democracia. El sistema de Europa no solamente entraña el sedimento de la opresión, sino los arbitrarios intereses creados contrarios a la democracia, que tratan de extender su dominio a otras regiones, sabiendo que si en ese empeño fracasan habrá de sumergirlos la onda de rebeldía popular que ya ha estallado dentro de su propio país. Recuérdese que todas las naciones de Europa todavía están pagando las guerras napoleónicas y todas las guerras del siglo XIX, y que a la hora presente están comprometiendo a las generaciones futuras con deudas que las esclavizarán económicamente por varios siglos, y que éste es un resultado de esos sistemas excluidos del Continente americano por la doctrina Monroe. De esta suerte se advierten las trascendentales e ilimitadas consecuencias de la doctrina Monroe para el Continente americano y para el bienestar de la humanidad.

CONVENIO ADICIONAL

A fin de asegurar el apoyo cordial y decidido para la doctrina Monroe, en todo lo ancho y en todo lo largo del Continente, es preciso que esa doctrina sea llevada al extremo límite de su desarrollo lógico. La doctrina Monroe ha cerrado eficazmente el Continente a la conquista europea, pero no ha impedido el ejercicio de la conquista en entrambas secciones del Continente. No estoy aquí para formular acusaciones. Mi exposición es puramente analítica. Debe establecerse y convenirse entre todas las naciones del Continente, que el territorio de las naciones americanas ya no está sujeto a conquista, ya proceda ella de dentro o de fuera del hemisferio. En cuanto a los Estados Unidos atañe, esa declaración ya ha sido hecha por el Presidente de los Estados Unidos. No debe suponerse que ninguna otra República de América sea menos explícita en el presente caso. La inviolabilidad interna del Continente es el fundamento esencial de la inviolabilidad externa. La proposición de que la violencia y el robo, es decir, la conquista, son iniquidad en el extranjero y virtud en el vecino, es indigna de que ningún pueblo que se respete a sí mismo la sostenga o la acepte.

LOS PRINCIPIOS A QUE ESTÁ CONSAGRADO EL CONTINENTE

Este Continente está consagrado a la proposición de que la justicia no es cuestión de cantidad, sino de esencia, de que el crimen no puede convertirse en virtud porque se le ejercite colectivamente, y de que no hay poder humano que pueda darle a la iniquidad condición y carta de patriotismo.

Escudriñando la historia de esta tierra, estudiando los preceptos escritos de su esfuerzo colectivo y la labor realizada hasta ahora, nosotros, los de la parte sur del Continente, creemos en lo hondo de nuestro corazón que éstos son vuestros principios tutelares. No os llamamos perfectos; no ha habido hombre ni nación jamás que hayan sido perfectos. Pero creemos en la sinceridad de vuestros propósitos, como vosotros debéis creer en la nuestra; y de esta suerte podremos encaminarnos de la mano hacia el sol que se levanta. Si vosotros nos pidierais la lisonja como vuestro derecho, os aseguro que mi labio enmudecería a toda palabra y mi corazón se cerraría a la admiración. Nos vamos ya llevando un mensaje de alegría a nuestros pueblos. Hemos pisado el suelo sagrado, allí donde el acta de la independencia fué firmada y allí en donde la voluntad del pueblo se cristaliza en ley. Nos hemos detenido al pie de la tumba de Washington y hemos cruzado las llanuras silenciosas en donde el espíritu de Lincoln flota todavía como una memoria de inmortal fragancia. Y ahora estamos aquí en este suelo dos veces consagrado por la libertad, aquí donde por primera vez los hombres lucharon, y sufrieron y murieron, un día por la libertad del territorio y otro día por la libertad del esclavo.

LEALTAD A LOS PRINCIPIOS

Hemos visto vuestros ubérrimos campos sin linderos, vestidos con la promesa de la cosecha futura; vuestras ciudades estremecidas y magníficas y vuestros talleres jadeantes, y hemos sentido la palpitación triunfadora de la vida en las ciudades y en los campos y en dondequiera que caían nuestros ojos; hemos visto vuestras muchedumbres prósperas, vuestros hogares felices

y vuestros afanosos mercados; hemos visto vuestros mares peregrinos a través de vuestros valles y vuestros océanos internos, agrupados como en constelaciones, y se nos ha dicho que todo este prodigio no es sino la fimbria de vuestra púrpura imperial; y que más allá, en todas direcciones, el milagro se extiende incommensurable y resplandeciente. Y nosotros sabemos que esas consumaciones sólo pueden haberse logrado al amparo del ala de la libertad y que vuestro tesoro esencial, más precioso mil veces que vuestra riqueza y que vuestro progreso, radica en los principios de libertad y de igualdad de vuestras instituciones y en vuestra lealtad a esos principios. Si esa lealtad cesara, vuestra grandeza se desvanecería como un sueño con la luz del día.

Y ahora os decimos adiós. Hay en el horizonte una aurora perenne e inmortal, porque la labor del hombre no tiene fin y todo noble empeño es un sol que se levanta. El nuestro significa la unión de América para la libertad del hombre.

El ilustre escritor colombiano que dirige en Londres la importante revista *Hispania*, a su paso por la Habana nos ha dispensado el honor de traducir expresamente para esta revista el notable discurso que hace poco pronunció en inglés en la ciudad de Boston, celebrado por principales periódicos angloamericanos. El Dr. Santiago Pérez Triana, ex Ministro de su país en Inglaterra y en España, ex Delegado a la Conferencia de la Paz en 1907 y ex Miembro del Tribunal Internacional de La Haya, es Individuo Correspondiente de la Real Academia Española, la Colombiana de la Lengua le acaba de elegir Académico de Número y es una relevante figura literaria en América, donde goza de bien ganado renombre. Los internacionalistas y periódicos ingleses atienden sus sensatas observaciones, y últimamente uno de sus libros—*Aspectos de la Guerra*—ha añadido un triunfo más a los muchos obtenidos por él en su larga y brillante carrera de escritor sereno y profundo, en cuyos trabajos se adunan la sencillez y belleza del estilo y el brío y la intensidad del pensamiento.

LOS ARGONAUTAS (*)

Señoras y señores:



L homenaje que rinde esta noche la Sociedad de Conferencias, con la cooperación del Ateneo, a la memoria de Jesús Castellanos, refleja el cariño y la admiración de cuantos intelectuales contribuyeron con su prestigio o con sus afanes a la realidad de una obra trascendental, iniciada y mantenida por el compañero maestro, por el camarada cariñoso y leal que ha dejado, como pauta de arte y de vida, su verismo de escritor y su nobleza de alma...

El acto, más que un deber, es una ofrenda.

En él recogemos la tristeza del grupo; en él confortamos la desolación de los espíritus; en él realizamos el dulce engaño de tornar hacia el pasado, reviviendo los días en que nuestro amigo, risueño y triunfal, contestaba mil saludos efusivos que no violaban el misterio de sus pupilas quietas, nadando en el ensueño.

(*) A la exquisita atención de nuestro estimado amigo y compañero el señor Bernardo G. Barros, que con Jesús Castellanos y Max Henríques Ureda fué uno de los fundadores de la Sociedad de Conferencias, debemos poder brindar hoy a los lectores de CUBA CONTEMPORÁNEA estas páginas del primer capítulo de la novela *Los Argonautas*, no publicado aún. Esta obra, como es sabido, la preparaba el autor de *La Conjura* cuando le rindió la muerte en una tarde de mayo de 1912. Vivo en nuestra memoria el recuerdo de Castellanos e inextinto en nuestro pecho el cariño que le profesamos, rendimos ahora este nuevo homenaje a quien tanto brillo dió a las letras patrias y fué buen amigo y excelente camarada, como también se lo tributamos al dar a conocer en el primer número de CUBA CONTEMPORÁNEA su bellísimo estudio sobre el gran poeta inglés Rudyard Kipling, cuyo solo nombre nos trae a la mente todo un extenso programa de trabajo que se hubiera impuesto Castellanos con motivo de la guerra que desangra a Europa y hace resonar magníficamente la lira del barde británico.

Las palabras que preceden a este capítulo de *Los Argonautas* (título tomado después por el novelista español Vicente Blasco Ibáñez para una novela suya publicada

Aquí, en el solemne recogimiento de la hora que guarda la sencillez de un funeral emotivo; aquí, reunidos todos, compañeros, lectores, público sagaz que comprendió la obra pujante y proteica de nuestro Director; aquí, hermanados en la misma oración, nivelados en el mismo pugilato de dolorosas impresiones, hemos de convivir con algo de su vida y de su obra. Hemos de recoger, con avaricia de creyente, la visión plena de estas cuartillas de Castellanos, trabajadas y pulidas con aquella obsesión de Baudelaire o Flaubert...

Ellas encierran hoy la melancolía de esos monumentos que no pudieron ser concluidos. Un enigma desesperante las rodea. Es una sensación angustiosa, febril, como la que suscita la Victoria de Samotracia con su cabeza trunca, el arranque de sus alas desplegadas y el torso erguido en una provocación a lo infinito...

En esas cuartillas hay solamente el inicio de una novela que, con el título de Los Argonautas, se publicaría en París al finalizar el año.

La obra tendría como fin estudiar nuestro medio social, desde un punto de vista diferente al de La Conjura. El argumento iba a ser desenvuelto a la manera de Daudet: sin grandes complicaciones de proceso. Dos o tres protagonistas, ejes de la trama. Y alrededor, incontables personajes de movediza importancia, cuyo fin primordial es el engarce ideológico del autor. Fantoques que surgieron unas horas y se olvidaron después; polichinelas que sonríen, meditan o se aturden; amigos momentáneos que, como las intimidades improvisadas en los viajes, se diluyen y se pierden en un cosmopolitismo de gran capital...

Así hubiéramos conocido a Camilo Jordán, el héroe novelesco de Jesús Castellanos: rodeado de innúmeros personajes, vistos en

no hace mucho tiempo) fueron pronunciadas por el señor Barros, antes de darle lectura, en la solemne velada que la Sociedad de Conferencias y el Ateneo de la Habana dedicaron a la memoria de Jesús Castellanos el 29 de junio de 1913, al cumplirse un mes de la muerte de quien fué Director de ella y de la Academia Nacional de Artes y Letras. Esta corporación acaba de editar el primer volumen—*Los Optimistas*—de las obras del malogrado escritor; tal circunstancia da actualidad a las páginas que hoy publicamos y nos ofrece la ocasión de aplaudir a la Academia por el inicio de tan importante labor editorial, comenzada a solicitud del Dr. Max Henríquez Ureña, que para honra de las letras cubanas debe ser continuada sin desmayos y completada en breve plazo con los dos volúmenes restantes, de los cuales el segundo llevará el título de *Los Argonautas* y el tercero el de *Una semana menos*.

una sola página y hundidos más tarde en el avatar de la obra. Así concebía él su libro. Así íbamos a saludar a los nuevos argonautas, más inabordables y vivientes que los de la heroica tradición helena.

Fabulosos en sus ansias, escrutando desde una nueva Argos trasatlántica las costas de una Cólquida borracha de sol, legendaria en su espejismo de conquistadores, aventureros e histriones.

Argonautas humillados por el tiempo; aureolados por Mercurio.

Con ellos se enfrentaría Camilo Jordán, hijo de poeta. Con ellos empieza a convivir desde el día en que regresa de su viaje de alumno eminente...

Olvidado de todos, risueño, optimista en medio de su filosofía no-conformista, pronto le veremos suspender las evocaciones, abandonar su camarote de "La Champagne" y salir a cubierta para contemplar la Habana...

LOS ARGONAUTAS

I

Aturdido todavía por el plomizo letargo sorbido entre los hondos balanceos del barco, con la humedad de la litera aún pegada a las costillas, se asomó Camilo Jordán, apuntalándose en los neceseres del camarote, al ventanillo que empañaran las olas y el relente de la madrugada. Nada se divisaba del otro lado del ojo glauco y lacrimoso. Pero los taconeos atrafagados por sobre las cubiertas y el rumor intermitente de las poleas mecánicas, dominando la queja crujiente de las maderas, le hablaban de la próxima llegada a puerto. Al cabo, enmascarándose con su bufanda y tosiendo recio, violentó de su cerco de moho el ancho disco pringoso de salitre. Un cañón de aire revolucionó un minuto los trapos en desorden, y Camilo pudo vislumbrar allá muy lejos, meciéndose sobre el manto lívido de las aguas, un punto luminoso que con largos guiños miraba a las perdidas soledades. ¡El Morro!... El corazón le palpité violento y sus manos co-

rrieron expertas al chorro de agua, tibia y lodosa, a la abierta maleta, a los zapatos porfiadamente escondidos entre los repliegues del camarote.

Una ardiente curiosidad que hasta entonces no le picara, daba alas a sus miembros entumecidos y dibujaba en su memoria las blandas líneas de aquella playa verde que dos años antes viera huir tras la raya muda del horizonte. Todas sus visiones inmediatas: París, la chata campiña francesa riente de sembrados geométricos y de rojos techos; el Loire, dormido y sedoso junto a la línea; los muelles de St. Nazaire que cruzaba lento el tren, entre una bandada de *gamins* pedigüeños; el puerto con sus rectos diques y sus puentes, abiertos como flores ante la proa del trasatlántico; las escalas en la costa española, claras y bulliciosas, dramatizadas por el aluvión obscuro de los emigrantes; la comba anchurosa del mar de verano, aplastado y lustroso bajo el hálito solar; hasta los rostros distraídos de los pasajeros abreviendo vaso tras vaso de limonada en el *polser* del fumadero... Todo cuanto fué sensación vibrante de aquellos días, se había disipado como cosa añeja al golpe débil de una chispa de luz temblando sobre el agua. Y ahora recobraba su color y contorno cada paisaje de callejuela cubana, cada silueta de criollo bigotudo y gritón, la pobre chiquilla de ámbar que no tuvo respuesta para sus cartas, el portero de la casa de huéspedes que, entre los dedos el peludo lunar, meditaba el homicidio de un estudiante...

—¡Este indecente servicio!, masculló de súbito mientras oprimía el grifo del agua, exhausta en gotas suspendidas a la boca del tubo. Buscó al tacto el botón de llamada, y, como se encarase con el espejo, comprobó la imposibilidad de desembarcar con aquella barba de dos días.

—¡Oh!, pateó; pero estos bandidos, que no vienen!

Y después de descargar todo el cuerpo sobre los dos botones de aviso, sacó aún el busto medio desnudo al pasillo atareado y voceó:

—¡*Garçon, garçon!*

Un hombrón de roja nariz asomó al fin, mostrando un insolente asombro; a la mano una enorme cafetera que iba dejando un hilo de agua en la alfombra. Embebiéndose en las cortinas pa-

ra darle paso, le señaló Camilo el pequeño lavabo en tanto que prometía con acento cariñoso:

—Gracias, Durand: cuando anclemos véame...

Ante los hombros desdeñosos del camarero que se encogían incrédulos para salir, recordaba ahora dolientemente su modesto rango económico que durante muchos días había cubierto con manto dorado la ilusión de verse entre ricos comerciantes coloniales y herederas mejicanas que volvían del rastacuerismo abrigado de Trouville y Ostende. Recordó, con desgarrada visión de sus pasados horizontes, que volvía a la patria como un descalzo peregrino que cumplió su romería, devorando fugazmente los dos años de su beca de viaje, más desarmado que nunca ante el secreto del destino.

Lánguidamente, mirándolos por el espejo ante el cual se pasaba en tajos sinuosos la Gillete, iba considerando su camisa de algodón con vistas de seda, su sombrero de panamá diez veces lavado, su pardesús donde el hermoso color *beige* empezaba a dolerse del cepillo: toda una pobreza disimulada y digna que se fatigaba del perenne esfuerzo de mentir elegancias. Y como si aquel camarote angosto fuera a ser ya todo el marco simbólico de su vida de huérfano, se sentía vagamente contenido en el libre juego de sus manos y de sus pies jóvenes, y con angustia preguntaba a su propia imagen desgredada y compungida si aquello no había de acabar nunca, si todo había de resolverse en su eterno escenario de miserias, timideces y envidias.

De repente retizó por el pasillo un fresco bullicio de sayas y tacones:

—Amigo Jordán, cantó con dos golpecitos una voz femenil. ¡Que estamos llegando! ¡Las comisiones le van a encontrar entre las sábanas!

—¡Ah! ¿es Ud., Teresita? replicó él parando la navaja. ¡Qué lástima que me encuentren solo las comisiones! ¡No lo cree Ud.?

—¡A la porra, malcriado! respondieron desde fuera las sayas fugaces.

Aquella impresión sabrosa alegró sus pensamientos. De pronto se detuvo sin acertar a fijar un botón de los tirantes. Comisiones no, pero posible era que alguien, algún compañero fuese a esperarlo a la bahía. Una postal desde París a Lauro Casas,

redactor de necrologías y bienvenidas en *La Tribuna*, anunciaba su arribo para fines de agosto... De su familia no esperaba nada. Roto el vínculo de afecto por la muerte de los padres, sus hermanos le eran esquivas sombras cuyo calor cercano a veces extrañaba. ¿Dónde estarán? No le escribían, no se interesaban por sus rumbos soñados; antes bien, le asignaban un lugar aparte guardado por la envidia y la desconfianza. De uno de ellos, Jacintillo, conocía vagas historias de pequeños vicios o pequeñas raterías, del mismo modo incierto y menudo. Su única hermana arrastraría las vergüenzas de su marido, curiosa lámina de histrión que las musas de la zarzuela conservaban en alcohol. Casi se felicitaba ahora del olvido en que lo tuvieron. ¡Qué atroz cuadro el de su familia ante aquella orgullosa burguesía del pasaje!

¡Menguada herencia la del poeta Elías Jordán! Si siquiera valiera de algo la ruta penosa de su Camilo, a quien de niño hacía recitar versos franceses, sus cursos brillantes rematados por abrazos de barbas plateadas, sus ríos de elocuencia bajo los laureles universitarios o en las mesas turbulentas de Nadal... En sus recuerdos se coloreó por un minuto la visión de su despedida de la Universidad: el cuadro magnífico de catedráticos con rojas mucetas y birretes encasquetados; las felicitaciones de los estudiantes; el abrazo formidable de Rodrigón, parecido a un *tackle* de *foot-ball*; la moción instantánea de Solano para un almuerzo en "La Tropical", "con mucho arroz, mucho pollo, y mucha cerveza", la alocución nerviosa, mojada en lágrimas y sazónada con briosos puñetazos, del viejo profesor que le entregara el historiado diploma de "alumno eminente":

... "y es a vosotros, estudiantes, maestros del mañana, a quien toca tomar ejemplo ¡caramba! de esta vida joven templada en el estudio y exornada por el desinterés. Caso esporádico en esta época de tanto por ciento, este hijo de poeta parece amar el saber por el propio gusto de la ciencia y no tener entre sus proyectos ¡caramba! el de hacer dinero... De estos idealistas, de estos hombres de gabinete, es de lo que está sedienta nuestra sociedad rabiosamente utilitaria... ¡Está entendido!..."

¡Pobre doctor Mendive! ¡Y qué gran hija aquella que lleva consigo a clase de Pedagogía!...

Un toque de corneta interrumpió sus evocaciones.

—¡La Habana, al fin!

Y palpándose los bolsillos, después de una mirada en torno, salió con un portazo hacia la cubierta.



Todo el pasaje de primera se congregaba sobre el entrepuen- te de proa y en la borda de babor. Las gorras de viaje habían desaparecido, y lucían en la caricia del viento algunos sombreros femeninos encintados de azul y de violeta.

Una luz nueva, una luz que doraba con divino barniz la arboladura del barco y espolvoreaba irisadas lentejuelas en la cresta de las olas mansas, se diluía en el ambiente marino, limpiando con un soplo tibio la visión entoldada de las cosas. En el cielo de ámbar, tocado aquí y allá de frágiles cendales translúcidos, se había levantado un sol de día de fiesta que amalgamaba plata y oro sobre las colinas lejanas y demarcaba en filo violento de espumas el límite de la tierra y el mar. Como banda de patos en redor de la laguna, se apretaba el caserío en abierto arco al Oeste, sacando al brillo de la mañana las claras azoteas y las torres de piedra rosa. Al frente, negro, arcaico, desproporcionado, empujaba el Morro hacia el agua su trompa abrupta y su mole romántica de almenas, mástiles y arduos acantilados. Y en torno al barco, y hasta el horizonte, se salpicaban de blanco el mar y el cielo: blanco de gaviotas girando en rosario sobre los palos, y blanco de barcas sobre el lomo turquí del océano.

—Bonita la tierra, ¿eh?—murmuró un señor obeso y velludo sobre la nuca auri-rizada de una muchacha.

—Como que otra igual hay que mandar a hacerla,—repuso ella riendo.

Cesó un momento el rítmico trepidar. Llegaba el práctico. Voces ásperas sonaron; una figurilla uniformada escaló la borda; se tendió un cabo a la efímera chalupa acoplada en lo hondo, y a poco retemblaba de nuevo el barco en la busca mesurada del puerto...

Camilo Jordán iba identificando los repliegues de la orilla amable, que con tintes de urbe moruna festoneaba de piedra fulgurante el golfo de añil. El Vedado se fundía en una plata-banda de suave verdura, con masas plenas en los montículos de

las fortificaciones y motas claras de *chalets*, desgranados sin acuerdo, hasta resolverse débilmente entre los pinos del cementerio. Sobre su curvo balcón de lisa arcilla señorial, se asomaban en extraña tropa desnivelada los nuevos edificios de la Avenida del Golfo, que él apenas conociera, encimándose en tres manzanas, pintados de fresco algunos, otros todavía enmascarados de andamios: todos alzando a la envidia del vecino una loca presunción de maravilla arquitectónica. Las casetas caducas de los baños de mar, abiertas y democráticas, habían volado. La lámina metálica del Frontón, bañada en luz, hacía base a las discretas, cortesanas colinas de la Universidad, encrestadas de crema y de gris. Una gran mancha de hollín, la planta eléctrica, afeaba el rubio panorama con sus seis dedos negros señalando a la comba celeste, y dos columnas de humo que de ellos ascendían dominaban soberanas delante de una cadena de humos distantes que alentaban en las brechas del caserío, cual por Atarés, cual por Infanta, cual por el nimbo de Puentes Grandes. . . Dos tranvías pequeños como insectos, se perseguían cerca del Torreón; y más próximo, ya neto y determinado, resbalaba sobre la cinta del Malecón un automóvil de gran lujo. . . Jordán comprobaba con los ojos húmedos —como se adivinan las curvas crecientes de una hija impúber— el desenvolvimiento rápido de la joven ciudad.

Enfilaba ya el canal el barco, en órbita ceñida; y de su velo matinal iban surgiendo con valores netos los morteros verdinegros de la Punta, la glorieta de la música, evocadora de un templo del Trianón, tras la cual huía tierra adentro la doble línea de laureles del Prado. De los arrecifes del Malecón llegaban gritos de pilluelos pescadores. Una boya roja danzaba en las olas. . . Súbito, una seca detonación de alegre cohete resonó por la proa y pronto repiquetearon otras por el cielo de nácar.

—¡Córcholis, nos tirotean!—exclamó un señor de gafas, presunto marqués, acaso agente de negocios, probablemente cónsul cubano en comisión.

De frente al trasatlántico, apretándose entre los dos castillos de la entrada, salían humeando hasta cinco remolcadores empavesados de colorines. Los ecos de una marcha, agriada por la ira de bombos y platillos, se elevaban a trechos sobre la trepidación del navío.

En el enjambre elegante de la sobre-cubierta se cruzaron miradas inquisitivas buscando un rostro de personaje político. Una comezón irresistible apiñó a todos sobre la borda, en el ansia de precisar los detalles de aquella flotilla vestida de feria. Sobre las toldillas hormigueaban algunas docenas de gnomos vociferando algo ininteligible. Frente a la proa del barco, en fin, se abrió la menuda escuadra en dos rangos y, con escandalosa salutación de las sirenas inacordes, tornaron a dar escolta al trasatlántico, entre un diabólico florecimiento de cohetes.

—Amigo Jordán—apuntó una joven de flotante velo malva— ¡no se habrá preparado usted subrepticamente su pequeña manifestación de estudiantes!...

—¡Quién sabe!—repuso el aludido.

—Ahora—confirmó Teresita (y esta era una Teresita morena, con tres grandes puntos luminosos en los ojos y en los dientes)—ahora tosa usted y prepárese a arengar a las comisiones...

—Pues la verdad—dijo un cura rubicundo quitándose los anteojos para limpiarlos—es que parecen estudiantes, gente joven por lo menos.

A Camilo, un poco pálido a la sombra del velo malva, le dió el corazón un vuelco.

¡Sería posible!... ¡En fin, aquel Solano tan entusiasta y tan organizador!... Por otra parte, el suelto de *La Tribuna*... ¡Quizás qué casta de bombo se le ocurriera a aquel diablo de Lauro Casas!... Pero no; era demasiado. En Cuba nadie se acordaba de él: las abundantes postales que de todas las grandes ciudades lanzara sobre sus amigos con un: "Esto es Londres y lo demás Nigricia", o un: "Desde los álamos de Rousseau le envío un gran saludo",—sin respuesta quedaron, ni señales de otra cosa que una envidia sorda y venenosa. Sin embargo...

En aquel punto encañonaba el canal la magnífica procesión. Bajo los muros de la Cabaña, clamó la sirena con tres largos bramidos que el eco del acantilado duplicó. En el vapor dorado de la mañana se hinchaba la rabia de las charangas... Los ojos de Jordán, armados de los anteojos del cura, descubrieron una silueta grande y desgarrada que junto a un rollo de cuerdas ponía gravemente fuego a un cohete.

—¡Rosales, el bribonazo de Rosales!

Es decir, su camarada de la casa de huéspedes, el último bohemio de la República, versado en latines y prócer voto en ginebras y cognacs, con quien se permitiera raramente literarias juergas que empezaban en las frescas sombras de la Avenida del Golfo, discutiendo el neo-idealismo alemán al olor de los mariscos, y acababan en los jardines galantes de la Chorrera, frívolamente acompañados por el más bello y risueño de los imperativos categóricos. Rebosando agradecimiento, dispuesto a revelar a los viajeros la clave del enigma, levantó los anteojos con el brazo temblón evocando todavía las palabras del doctor Mendive: ...“y así dentro de unos años, menos de un lustro ¡caramba! marcharemos todos en apretado haz a recibir a este lírico conquistador...”

Pero uno de los remolcadores, ceñido entonces al trasatlántico, trajo de pronto hasta la borda atiborrada un tropel aullador que alzaba del infierno de pañuelos y sombreros un grito único, inesperado, abrumadoramente prosaico:

—¡Viva D. Vicente Iñiguez!...

Con ligeras variaciones sobre el mismo tema:

—¡Que salga Iñiguez! ¡Viene o no viene Iñiguez!...

La multitud elegante, con las cabezas descolgadas hacia el agua, rezongó un ¡ah! de alivio. Jordán sospechó por un segundo llamarse Iñiguez. Después, rechazó la posibilidad de otro Iñiguez como una usurpación. La voz de un hombre de rojo cuello, tipo de veraneante en Asturias, lo sacó de su estupor.

—Vamos hombre, si la cosa es con D. Vicente; el gran hacendado de Cienfuegos: la providencia de los políticos... Pero ¡lo que es con nosotros no viene!...

Lento y augusto desfilaba el buque ante la línea quebrada y chispeante de los muelles. El agua era gris y pesada como almidón cocido. Y Jordán, desorientado, preguntaba a la ciudad aún dormida, a los remolcadores bulliciosos, a las lomas esfumadas y a los guadaños plumizos de recogidas velas, quién pudiera ser aquel extraordinario Iñiguez del que jamás oyó palabra en su vida. Y Gregorio Rosales, ¿por qué extraño nexos tenía que quemar cohetes en su honor? Indudablemente se trataba de un personaje de nueva creación; algún triunfante aldeano español que había resuelto despilfarrar sus talegas engordadas con enorme

esfuerzo de sus manos velludas. Reconocía de un golpe al trópico ardoroso y voluble, donde todas las historias de duelos o fortunas, como las nubes del crepúsculo otoñal, nacen, cuajan y mueren en lapsos de minutos.

En la cerrada flotilla obsequiosa había la furia de los pasodobles, y un centenar de rostros inquisitivos hervía con un murmullo sordo en las toldillas. Las tiras de absurdos gallardetes pendían lánguidos; los trofeos de banderas españolas, cubanas y americanas, perdían su artística rigidez, y algunos estandartes se fatigaban en el bochorno de la mañana, rindiendo sobre las bordas grasientas sus letras bordadas y sus flecos de oro. Los flancos del transatlántico rasgaban apenas la lámina muerta de la bahía. Con un agrio rechinar, rodó el ancla hasta hincar el diente en el fango, y a poco quedó clavado el barcazo en medio de la ancha bahía. De largo en largo estallaba menguadamente la impaciencia de los manifestantes en un ¡viva! desganado y temblón a que respondía, como por ritual, un corro opaco semejante a un gruñido.

Por unos minutos, sin embargo, tuvieron los pasajeros que olvidar a Iñiguez y su estupenda apoteosis. Un golpe de individuos impasibles, enfundados en sobrios uniformes, ganó la escala tendida rápidamente. La soberanía local, en la forma menuda y enfática de un termómetro, reclamaba a todos en el salón. Y allá fueron a acorralarse, quien con la maleta hinchada cortándole las manos, quien con la caja de sombreros, vasta, fantástica, provocadora de eternos conflictos de espacio y tiempo, quien con la jaula del canario o la bolsa de las joyas que bajo la almohada durmiera hasta entonces y con su precavida dueña concurren a todos los secretos del barco. Por fortuna el doctor abrigaba sus reservas sobre la existencia de los microbios, y con amable manga ancha dió en breve rato por libre de peligro al puerto, recogiendo sus termómetros mientras por encima de los espejuelos cubicaba con ojos glotones a las buenas mozas. Una frágil bandera amarilla descendió de un mástil, y el rebaño riaseño de primera clase fluyó ruidosamente hacia la salida, mezclado con la chaqueta blanca de los camareros, activos como nunca para todo enojoso ajetreo en el minuto psicológico de la propina.

Pero no era fácil aventura la de escapar de aquella cárcel de acero hirviendo bajo la lumbre tropical. Camilo Jordán, asoleado, inmovilizado en un pasillo entre ringleras de baúles, observaba, acariciado por las últimas miradas de Teresita, cómo se reducía el cerco de lanchas y remolcadores y se iniciaba un férvido asalto a la cubierta. Los metales de una charanga rompieron en un toque a degüello y los oficiales del barco, rojos como partos de julio, tuvieron que batirse—entre un vendaval de *parbleus* y de *voyons*—con los asaltantes que obstruían la blanca manga de desahogo. Una cuestión de preeminencia, una grave cuestión entre el “Centro Gallego” y el “Asturiano”, había surgido al pie mismo de la escala, sobre a cuál de las dos respetables instituciones correspondía saludar primero a D. Vicente. Y todo ello se deliberaba con enérgico fraseo, salpimentado del condimento nacional, en medio del clamor de los camareros que trasegaban los equipajes, del tintineo de los inquietos remolcadores, hundidos en un colchón de gris espuma, y de la tropa abigarrada de los manifestantes saltando de barco a barco en una sinfonía de sullidos que en vano loaban a aquel famoso Iñiguez tercamente invisible.

El probable cónsul en comisión identificaba con una loca sed de saludos a algunos personajes que lograban conquistar la plataforma superior. ¡Ah, el ilustre Esquivel, eterno Secretario de Hacienda de todos los gobiernos, que se carteaba con Leroy-Beaulieu y que se sentía poeta en sus malos ratos; Gómez Vaquero, presidente de una patriótica sociedad regional; el general Govín, senador; el doctor Díaz Parra, ventrudo y pequeñín, cuyas gafas de oro se encontraban en todas partes; Martín Díaz, director de *La Tribuna*, con su primer redactor el tonante D. Cristino Alcázar; Mr. Farwestman, el del negocio de la desecación de los pantanos nacionales; toda la fuerte baraja del momento! Un cura gordo y ágil había logrado, con un poco de arremango de la sotana y otro poco de furiosas exploraciones en la nariz, reducir a una fórmula de transacción a asturianos y gallegos. La obstrucción se resolvía.

De pronto una mano recia pesó sobre el hombro de Camilo:

—¡Jordán ilustre!

—¡Rosales!

El mismo Gregorio Rosales, en efecto. No podía ser otro aquel hombretón que con tan decorosa gravedad cumplía su programa de entusiasmo quemando cohetes en la boca del puerto. ¡Este Rosales! Y los dos amigos se abrazaron tiernamente, contrastando con la silueta huesuda y el tinte de ladrillo borrascoso del hombre de los cohetes, la fina lámina rubia y elegante, acaso si femeninamente endeble, del recién llegado.

—¡Caramba, Jordán, has tenido una gran idea al rasurarte el bigote. Eres un Greco indiscutible...

—Este Rosales—repetía el otro refrescado por un mundo de recuerdos.—Pero ¡qué bribonazo! Ni una letra tuya en cuatro años... ¡Y cuidado que te he postaleado desde cada rincón importante! Hasta te mandé un ejemplar de *Più che l'amore* una de las últimas tonterías de D'Annunzio.

—¡Qué quieres chico; el calor!... Aquí se derrite todo: la voluntad, la vergüenza... Supongo que vendrás hecho una pirámide de saber, como decía Mendive: Ancho en la base, luminoso en el vértice...

—Así, así... Dos cursos en la Sorbona, algunas lecciones en Bologna y en Sena. Me siento con la cabeza hinchada... Ahora lo que tengo es una necesidad absoluta de emporcarme... Dime, ¿cómo se conserva tu amiga Irene; sí, hombre, aquella gran rubia que suspiraba mucho?

Mas un extraño personaje sobrevino llamando a gritos a Rosales. Era un flamante oficial de bomberos, que, con una inmensa hacha bruñida bajo el brazo, se abría camino dejando una vaga sensación de alarma entre los grupos.

—¡Nada—dijo con trágico ademán—esto es inconcebible! No aparece por ninguna parte!... ¡Y luego esa música maldita que no se calla!

Sin contestar a sus lamentos, presentó Rosales al bombero:

—Mi amigo el capitán Jústiz, jefe de la Brigada de Demoliciones...

En efecto, lo que ocurría era inaudito. Aquellos graves caballeros dispersos por pasillos y entrepuentes, no podían avenirse a que en aquel programa tan inteligentemente combinado faltase el número esencial. El insigne Esquivel, desesperado de aquel Himno Invasor que en pugna con una Giraldilla de otra

banda endiablaba los ámbitos, aumentando el ridículo, se inclinó sobre la borda para suplicar silencio; pero su aparición, reveladora seguramente del hallazgo de Iñiguez, provocó una nueva erupción de hurras:

—¡ Viva don Vicente! ¡ Viva el renovador de la industria!...

Aquella vez creyó el capitán, furioso desde el entrepuente, que debía intervenir.

—*Mais, voyons*—gritó midiendo la toldilla a grandes pasos—*qu'est que c'est qu'ils veulent, ces diables-là?*...

Hubo parlamento con los notables de la manifestación. Vinieron en representación de las clases directoras de la capital—partidos políticos, banca, sociedades regionales, cabildo catedral—a festejar el arribo dichoso de D. Vicente Iñiguez, que seguramente no habría caído al agua. Y como se recurriera a la sanción suficiente de la lista de pasajeros, y ni por la V. ni por la I. asomara el nombre ilustre, Martín Díaz, estremeciendo en un tic nervioso su cuidada barba de ónix, mostró un cablegrama recibido en las oficinas de Iñiguez: “Cuban Developing Company”, y luego en más hinchada forma publicado en *La Tribuna*: “Embarco Champagne. Iñiguez.” ¡ Estábamos o no estábamos a bordo de *La Champagne*?

Se encogían de hombros los oficiales, cuando una pequeña persona tripuda y vivaracha, entre agente de cambios y tenedor de libros de la casa de Iñiguez, se dió una enérgica palmada de quinto acto y, preludiando con un redondo terno, reveló una tremenda y abrumadora plancha:

—Lo hemos metido, hemos metido el remo hasta la *dura mater*... El cablegrama... Déme Ud. acá... ¡ Claro; pero si está más claro que el agua!... “Embarco Champagne”: que embarca las cuatrocientas cajas de Pommery Sec que necesitábamos para las ventas de Pascuas... ¡ Pero hombre...

Y cruzados los brazos sobre la panza movediza, con el papel amarillo bajo el sobaco, miraba triunfante a sus compañeros, en cuyos ojos alternaban todas las gamas del furor y del cansancio. Martín Díaz, que recordaba la prolijidad de detalles con que en su periódico apareciera el lacónico telegrama, le pasó furiosamente el hombro por las asombradas narices y tomando el rumbo de la escala barbotó:

—Podía Ud. haberse quedado una semana más con la solución de la charada... Tiene Ud. una espesa concha...

Bordeaban a la sazón Rosales y Jordán el grupo anonadado, cuando fué éste reconocido por algunos caballeros que de las soñolientas aperturas universitarias lo recordaban vagamente. Hubo nuevas presentaciones. Rosales, solemne como en una tenida masónica, proclamó:

—El doctor Camilo Jordán, hijo de nuestro gran poeta Elías Jordán... Regresa de Europa con cuatro años de beca de viaje como alumno eminente... Una de nuestras más seguras glorias...

Camilo, molesto, alarmado por la sonrisa sibilina de aquellos hombres de negocios, estrechó algunas manos, la efusiva y cálida del Dr. Díaz Parra y la muerta y sudorosa de Mr. Farwestman, moviéndose torpemente entre sus dos maletas hinchadas.

—Ustedes perdonarán a Rosales—dijo—que sigue siendo el mismo. Yo no soy más que el hijo de mi padre...

Llegaban a la pequeña escotadura de salida, y como don Cristino Alcázar, el famoso periodista agresivo, fallara que dos poetas como Elías Jordán no cabían en una misma generación, Esquivel, el conspicuo corresponsal de Leroy-Beaulieu, oprimió fraternalmente el brazo del joven invitándole:

—Ud. irá a tierra con nosotros... ¡Pues no faltaba más!... Yo he sido, mi querido joven, el gran confidente artístico de su padre...

Los señores profesores y los maestros pirotécnicos habían puesto tregua a su furor. Un rosario humano, a trechos atracado de recios bagajes, chorreaba escala abajo hasta ganar por forzados puentes de barcas la toldilla de un vasto vapor de dos pisos amparado por la insignia de la casa armadora. Por los abiertos portales del transatlántico se iniciaba el tráfago febril de cada día de arribada. Oprobiosos lanchones nadaban en el agua verdosa, bordada de blanca espuma, hasta acoplarse al casco embreado desde donde dos brechas circulares escupían turbios caños; y de su maderamen crujiente brotó un racimo de negros musculosos, charolados de sudor, que como monos trepaban hasta el vano de las escotillas y se absorbían en el vientre de las bodegas. Aquí y allá, forzando un equilibrio inestable en bai-

larinos botes, gruñan con las gorras en lo alto los agentes de hoteles y expresos.

Entonces sucedió algo extraordinario. A la enorme apotheosis de Iñiguez faltaba un episodio tropical, digno de aquel sol que ya en muy alto ángulo calentaba las cabezas. Los manifestantes de segundo rango, apiñados sobre las toldillas, vieron aparecer sobre el puente avanzado de la escala, entre el grupo de los notables, a un viajero inesperado que sonriendo al ilustre Esquivel, designaba con gestos vagos los accidentes del litoral. Una extraña ilusión voló sobre todas las cabezas. ¿Iñiguez? No; no podían haberlo remozado tan maravillosamente las divagaciones de París.

En momentos tales era cuando el Dr. Díaz Parra, el hombre de las bizarras iniciativas, de cuyo gabinete de masaje eléctrico surgían abundantes los banquetes y las serenatas, se crecía sobre la punta de sus pies menudos. Erguido y superior, blandiendo el sombrero sobre la pequeña escuadra, explicó:

—Señores manifestantes, distinguidos manifestantes: el eximio patricio a quien veníamos a ofrendar las flores de nuestra admiración, ha querido prolongar su sentida ausencia. Un lamentable *mal entendu* nos hizo creer en su llegada, que era anuncio de venturas en el seno de sus amigos consecuentes... Cosas del Destino. "El hombre, decía un filósofo, creo que Buffon, es el más errante de los animales."

El general Govín, prácticamente mudo, se atrevió a cruzar una mirada de sorpresa con D. Cristino cuyos bigotes se erizaban.

—Pero, ¡ah!—continuó el doctor—y su mano arrolladora descubrió a Camilo estupefacto—, que nuestra empenachada peregrinación no habrá sido en balde. La suerte nos ha deparado la llegada oportunísima de un compatriota de méritos, el joven doctor Jordán, hijo del malogrado poeta Elías Jordán, que con cláusula de alumno eminente dejara nuestras aulas hace cuatro años...

Camilo, consultando a los ojos de los circunstantes, gravemente desaprobadores de aquel discurso extra programa, sintiéndose señalado por mil dedos y vitoreado por un murmullo de zum-

ba, creía soñar. Volviéndose a su amigo, que chupaba tediosamente un puro desmesurado, suplicó:

—Rosales, por los clavos de Cristo, ¿qué broma es esta?

El aludido se sacó de la boca la brocha reluciente, y aconsejó:

—Deja correr las aguas y aprovéchalas. Vas a tener un recibimiento de César vuelto de las Galias...

En efecto, el monstruo multicéfalo había sonreído agradao por la novedad del suceso. Realmente era de absoluta necesidad un héroe a quien ovacionar, un objeto pasivo en quien fijar la posibilidad de aquellas marchas y aquellos voladores. La joven y cepillada delegación del Cuerpo de Bomberos, del cual era Iñiguez uno de los presidentes honorarios; el enjambre malicioso de los repórters; los Jóvenes Nacionalistas con su atlético jefe a la cabeza; la brigada de peones de Obras Públicas, con la oficina invitada cortésmente para realce de la recepción; la extensa variedad de cesantes interesados en dejarse ver, hasta el obscuro pelotón del Gremio de Carretoneros, mal humorados por la crueldad de las planchadas camisas; todos cuantos componían el plural democrático del homenaje, convinieron tácitamente en que no podía aceptarse el fracaso de aquel acto trascendental por el solo elemento de la ausencia de D. Vicente. Si no había Iñiguez, habría... ¿Cómo se llamaba?... Ni falta el saberlo. ¡Adelante y vaya por el hombre de la beca!...

—¡Abramos, pues—concluía el doctor ante las espaldas de Jordán que huían—, una hermosa vía... ¡Una vía!... ¡Bueno, una Vía Láctea!...

—¡Arriba con Jordán!—rugió la multitud. ¡Viva la unión de los cubanos!

Jordán, atraído por un bosque de manos efusivas, entre una masa de carne trasudada y hedionda, salvando con el chorro humano pasos de abismos, no supo ya a donde iba... Una de las bandas atacó impetuosamente un *zapateo*.

Desde la borda bañada de sol asistieron todavía Esquivel, Farwestman, algún otro tal vez, al despliegue de la escuadrilla endomingada. Entre verdes espumarajos numerosos, dejaban los remolcadores el costado del barco con bufidos de sirenas y vibraciones de timbres. Ondulando y haciendo camino, esquivando las

proas guarnecidas de haces de paja, hundidos hasta la línea de flotación, ganaban rápidamente la anchura estañada de la bahía; y como bandada de oscuros ánades enfilaron el rumbo a la Machina entre brava pista virginal. En la brisa aduladora de la mafia se estremecían nerviosas las tiras de infantiles banderolas. Aligeros voladores trazaban tenue línea gris sobre el tapiz turquesa del horizonte, resolviéndose en una nubecilla que detonaba seca, apagada. De las bandas iracundas no llegó, a poco, más que el grito lamentoso de los cornetines y el golpe mullido, persistente, del bombo y los platillos. Y el semillero de cabezas apretadas sobre las toldillas se salcochaba al sol, en un zumbar intermitente que vitoreaba a un tal Jordán, viajero inédito...

Cerca, con un jadeo de pacífico obrero, pasó gesticulando con los brazos inacordes del balancín un gran vapor de ruedas. Un muchacho compañero de un perro, remaba en una cachucha rondando el despojo mísero del *Maine*, del cual asomaban la cofa de un mástil y un raro arco comido de salitre. La bahía se sumergía de nuevo en su casta paz de agua dormida.

De súbito sonó arriba, en la blanca borda de la sobre-cubierta, un barboteo gutural. Durand, el camarero, braceaba señalando con los puños cerrados a la alegre flota empavesada que huía:

—*Ah, cette espèce de quadrupède!... Il a filé sans me laisser mon purboire... Ah, trahison!...*

Y así volvió a pisar la tierra de su cuna, en una tibia mañana de agosto, el hijo de Elías Jordán.

JESÚS CASTELLANOS.

SIMÓN BOLÍVAR (*)

POR LOS MÁS GRANDES ESCRITORES AMERICANOS



DESDE Madrid, donde ahora tiene su residencia, me remite este interesante y sustancioso libro mi amigo el ilustre escritor Rufino Blanco-Fombona. Lo he leído de un tirón, como quien dice, por más que varios de los trabajos que contiene me eran muy conocidos desde hace años. Pero para mí resulta siempre de palpitante novedad, de primaveral frescura, cuanto se endereza a exultar serena y bellamente la existencia tempestuosa del caraqueño insigne. Comparto integralmente, en todos sus aspectos, la apasionada admiración, casi podría decirse el culto, que inspira a Blanco-Fombona la figura prodigiosa de Bolívar. Esa justificada admiración del celebrado escritor venezolano, se ha convertido en él en una especie de ferviente apostolado en que culmina el propósito eminentemente plausible y bien intencionado de depurar con perfecto conocimiento de causa, con rica erudición exenta de pedantería, cuanto en la vida del Liberta-

(*) En este brillantísimo artículo de nuestro corresponsal en la República Dominicana, el notable escritor F. García Godoy sugiere una idea altamente simpática y hermosa: la publicación de un libro conteniendo de "cuanto lírica y épicamente ha expresado la poesía americana en homenaje del prócer principal de la epopeya de la emancipación de este Continente", el egregio Bolívar, ya que a la admiración de Rufino Blanco-Fombona por el Libertador debe América el valioso volumen donde recientemente ha recogido el activo y fuerte escritor venezolano muchos de los más importantes trabajos en prosa publicados acerca del Héroe. Indica el señor Godoy, como el más capacitado para llevar a cabo esta obra, al propio diligente y entendido compilador; por nuestra parte sólo agregaremos que OTRA CONTEMPORÁNEA hace suya la idea y excita el celo de su estimado colaborador Rufino Blanco-Fombona para que comience desde luego este nuevo libro que será recibido en América con grande y merecido aplauso.

dor ha sido objeto frecuente de más o menos atrabiliarias e inconsistentes censuras y aun de aviesas y violentas acusaciones. Bolívar, naturalmente, no fué ni podía ser impecable. La arcilla humana, en su característica fragilidad, no permite tales extremos de perfección. Pero moldeada por algo muy íntimo, de raíz subconsciente, alcanza a veces, en algunos hombres de superior estructura anímica, no obstante la multiplicidad de factores que integran y cohesionan su vida, a esplender como un todo armonioso que no permite ver, sino en muy culminantes situaciones, las disparidades y resquebraduras de su deslumbrante superficie. Vario, complejo, desconcertante muchas veces, propenso a producir una falsa orientación de juicio por apariencias más o menos importantes y estables de su peculiar psicología, Bolívar, bien estudiado, resulta una personalidad de muy poderosa fuerza sintética. Su genial mentalidad, amplia y asimiladora, le permite extraer de la realidad exterior cosas diversas y aun de pronunciado antagonismo, que, por labor de misteriosa alquimia íntima, funde, armoniza y exhibe en sucesivas y resaltantes formas de actividad personal. Su unidad intrínseca exterioriza multitud de brillantes facetas. No han faltado quienes, tomando algunos de esos aspectos por el todo, hayan pretendido elevarse a una síntesis de su personalidad soberanamente compleja. Aspiración inútil. Por vía tan estrecha y fragmentaria sólo puede llegarse a conclusiones erróneas. De ahí muchas apreciaciones evidentemente injustas. Cualquier espíritu zahorí puede descubrir la unidad personal detrás de lo vario y multiforme; pero difícilmente podrá encerrar esa unidad en una síntesis de carácter definitivo y satisfactoria por completo. En todo hombre, en cualquier hombre, existe siempre algo irreducible a un proceso de comprensión lógica, algo incoercible que permanece positivamente inexplicable. Y si esto acaece tratándose de hombres que no exceden del nivel común, ¿qué será refiriéndose a un hombre de las pronunciadas singularidades anímicas de Bolívar? El genio es, según el concepto lombrosino, concreción epileptiforme, forma de degradación, de imperfección, o viene a ser, por lo contrario, como la suma de facultades de intensa vitalidad, casi hiperestésica, que eslabonándose estrechamente en las profundidades abismales de un organismo, dan de sí, en determi-

nados momentos, cosas de singular alteza espiritual que no puede producir la inmensa mayoría de los mortales. ¡Por qué indescifrables combinaciones de átomos, por qué inextricable tejido de células, por qué evoluciones fuera del alcance de nuestros sentidos, alcanza la vida a determinar la complejidad armoniosa constitutiva de la personalidad de un Miguel Angel, de un Leonardo de Vinci, de un Newton, de un Napoleón, de un Bolívar! Al Libertador hay que juzgarlo integralmente, en toda su portentosa riqueza de facultades, en toda su vasta complejidad psíquica; y aun así, aun pudiendo formular semejante juicio, es seguro que siempre quedarán fuera de él residuos personales de más o menos relativa importancia. Un hombre verdaderamente representativo, como Bolívar, se presenta siempre en posturas sucesivas fácilmente aprovechables para aquilatar fragmentariamente su ingente proyección anímica, pero nunca o casi nunca en su ser integral, en lo que forma y moldea su unidad, en la totalidad deslumbrante de su yo...

Con el sugestivo epígrafe *Don Quijote Bolívar*, encabeza Miguel de Unamuno el prólogo que pone a este voluminoso libro. Si el *quijotismo*, en su raíz más fuerte y profunda, puede darse y se da en todas las latitudes y cabe en el molde étnico de todas las razas, bien puede afirmarse que su verdadera casa solariega está en el glorioso suelo hispánico, en el suelo de nuestros mayores, erecta y firme todavía, por más que el tiempo haya resquebrajado sus viejas y ennegrecidas paredes anunciando un próximo e inevitable derrumbamiento. Esa modalidad espiritual, noble y curiosa, transplantada a América en sazón oportuna, llameó intensamente en el alma de Bolívar puesta de continuo a la realización de empeños que desde ciertos puntos de vista de una especie de lógica experimental, de urdimbre práctica, se presentaban como de todo en todo inasequibles. Sus magníficos propósitos, bien conocidos el medio y las circunstancias, parecían tan descabellados como los que perseguía el inmortal manchego a golpes de su anmohecida lanza de caballero andante. No, no era obra fácilmente realizable, ni con mucho, deshacer los entuertos de trescientos años de infecundo coloniaje. La Aldonza Lorenzo de sus sueños parecía más lejana y más difícil de asir que la Dulcinea del héroe de Cervantes... No, no parecía cosa de gente en su

sano juicio la empresa de redimir agrupaciones sociales bien halladas con su existencia uniforme y vegetativa. En su gran mayoría y durante largo tiempo, esas muchedumbres amamantadas en un tradicionalismo secular fueron resueltamente hostiles a la causa emancipadora. Si alguna palabra resume la personalidad de Bolívar es ésta: *creador*. En el cuadro cambiante y dramático de la historia no se ha dado caudillo, reformador, director de hombres, que, más o menos visibles, no haya tenido a su alrededor, cerca de sí, a su alcance, los materiales apropiados para levantar con relativa solidez, sobre el suelo estremecido, el magno edificio de su tenazmente acariciado empeño. En su permanente ensueño febril, frente a pavorosas realidades circunstantes, avizorando el horizonte encapotado y sombrío, Bolívar sólo columbraba medios pronunciadamente refractarios a su empresa de liberación, ninguna cantera adecuada para extraer el granito que indispensablemente necesitaba para su obra ciclópea. Poco antes de Carabobo, según datos fehacientes, casi la mitad del ejército realista estaba compuesto de criollos. ¡Y había pasado ya más de una década de sangrienta y asoladora campaña! Calcúlese, pues, lo que sería al principio, cuando la idea de independencia sólo germinaba en algunos cerebros... Si alguna vez el vocablo *improvisación* puede emplearse con propiedad al referirse a esta clase de portentosas empresas, es contemplando serenamente lo realizado por Bolívar. Lo improvisó todo, así como suena. A su conjuro, bajo la varita mágica de su voluntad prodigiosa, en aquel medio estéril, somnolente en la mansa quietud de tres centurias de vida monótonamente restrictiva, surgieron los ejércitos. Lo que fué al principio montonera nómada, muchedumbre allegadiza sin freno ni disciplina, convirtiéndose a la postre en ejército capaz de habérselas con el mejor organizado, y de realizar, como lo hizo, las empresas de más ingente resonancia épica. Nunca se han variado de manera tan cabal y definitiva las condiciones de vida política de pueblos de mentalidad embrionaria y sin aspiraciones ni anhelos de mejoramiento colectivo. Es el paso más atrevido que se haya dado de la sombra a la luz. Ese tránsito radical del despotismo a la libertad, supone en quien lo lleva a cabo, como Bolívar, con éxito de tanta refulgencia, condiciones de superioridad espiritual indiscutibles y excepciona-

les. Acaso el Libertador, moderno Don Quijote siempre desalado detrás de la Dulcinea de su ideal magnífico, erró en más de una ocasión al tomar cristalizaciones intelectuales de su mundo interior, siempre en proceso de ebullición, por cosas en aquellos momentos de imposible verificación en la esfera de los hechos. La realidad, tal como en ciertos instantes se nos ofrece, no permite, enclaustrada en determinadas condiciones de ambiente y de hora, ningún desbordamiento fuera de sus linderos temporalmente infranqueables. Su característica principal es la limitación. Si de momento se producen formas que aparecen como desmintiendo la existencia de tales fronteras, los hechos se encargan dolorosamente de enseñarnos que se ha fabricado sobre arena frágil y movediza... Así el grandioso ideal del Congreso de Panamá; así el proyecto de una Confederación de pueblos latinoamericanos, que, cien años más tarde, continúa apareciendo como más distante e inasequible; así esa misma gran Colombia, concreción magnífica, de existencia deslumbrante y efímera, desbaratada impiamente, casi al morir su creador, por obra menguada de caudillos regionales de ambición vitanda y desmesurada...

Todos los trabajos que contiene este volumen merecen leerse detenida y reflexivamente. Es, quizás, el libro que da una idea más amplia y completa de la personalidad de Bolívar, pues permite, hasta cierto punto, apreciarlo y juzgarlo en sus más salientes aspectos. El diamante de su vida esplende en estas páginas con el ineclipsable brillo de sus múltiples irradiaciones. Lo vario y complejo que en él se advierte, no desvirtúa en nada lo que hay de permanente e irreducible en su yo. El sello de su personalidad inconfundible se destaca con intensa luminosidad, siempre, a toda hora, aun en medio de las más insignificantes circunstancias. Vencedor o derrotado, fugitivo, errante por selvas inextricables, acibarada el alma por las zozobras de dolorosos exilios, refugiado en la ciudadela del propósito que absorbe y condensa sus energías, no hay goce, desencanto, consideración humana de ningún género, que lo aparte jamás del ideal que nimba su figura y determina el ritmo permanente de su existencia de inquietudes, peligros y luchas incesantes. Sólo así, por el enmarañado sendero de una consagración perpetua a un empeño inmutable, por una vía en que son más los sufrimientos

acerbos que las satisfacciones completas, es que se alcanza la cúspide iluminada del triunfo resonante... Las páginas de este libro en que el gran Montalvo ha puesto las fulguraciones de su esclarecida inteligencia y de su inimitable estilo, acaso el más expresivamente castizo de que puede ufanarse la América Latina; los capítulos en que el egregio José Enrique Rodó, el más significado de los actuales escritores hispanoamericanos, ha hecho circular de manera inimitable la savia de su sereno y profundo pensamiento, y los sobrios, claros y precisos conceptos de F. García Calderón, son, puede decirse, de valor definitivo o poco menos en lo que toca a ciertos aspectos de la historia del creador inmortal de cinco naciones. En este volumen, como en un cuadro luminoso, aparece de cuerpo entero, casi en su cabal integridad, su figura heroica y de fascinación perdurable. Es difícil, punto menos que imposible, decir acerca de ella nada más expresivo y que tanto se aproxime a una síntesis integral absolutamente satisfactoria. De Bolívar se ha escrito y se seguirá escribiendo mucho. Y no porque no se hayan dilucidado ya a la luz de una crítica sagaz y bien documentada los hechos de más pronunciado relieve de su personal actuación histórica, sino porque su personalidad es el más alto y fulgurante símbolo de la independencia americana, una figura representativa, la más representativa de la raza española en América, la que más condensa y vincula en todos sentidos, en su más absoluta y fecunda integridad, el deber sacratísimo de conservar incólume, sin vergonzosas mutilaciones, esa independencia de que fué el héroe máximo, y en la actualidad, en algunos de estos pueblos, amenazada de muerte por el absorbente y procaz imperialismo norteamericano en infame contubernio con hijos de esos mismos pueblos, dispuestos a ofrendarlo todo por una hora más de poder para satisfacer bastardos apetitos de lucro vergonzoso...

Uno de los más interesantes y meditados trabajos de esta obra es indudablemente el intitulado *La entrevista de Guayaquil*, por el escritor chileno Ernesto de la Cruz. Se ha fantaseado en grado superlativo al pretender esclarecer satisfactoriamente los puntos verdaderamente tratados en aquella por tantos conceptos célebre entrevista. No es poca la cantidad de esfuerzo mental desperdiciada en tal empeño. El punto parece definitivamente acla-

rado después de conocida la nota *reservada* en que el Secretario del Libertador, don José G. Pérez, refiere al gobierno colombiano lo tratado en la entrevista mencionada. Los párrafos de esa nota, que se reproducen en estas páginas, no dejan lugar a dudas:

El protector [San Martín]—cuenta la nota—dijo, últimamente, que debía venir de Europa un príncipe aislado y solo a mandar aquel Estado [el Perú]... Su excelencia contestó que no convenía a la América, ni tampoco a Colombia, la introducción de príncipes europeos, porque eran partes heterogéneas a nuestra masa; que su excelencia se opondría por su parte si pudiese; pero que no se opondrá a la forma de gobierno que quiera darse cada Estado...

En lugar de la duda se alza ya ante nosotros la evidencia. Al encontrarse frente a frente los dos más grandes hombres de la América del Sur, chocaron con fuerza sus distintas opiniones acerca de la forma más apropiada de gobierno para los pueblos recién libertados o en vías de libertarse. Ante los posibles y aun seguros desbordamientos anárquicos de democracias en formación, inconsistentes, desprovistas de la mentalidad necesaria para elevarse al conocimiento jurídico de los principios que rigen el sistema republicano entendido en su más lato y provechoso concepto, San Martín, con indudable sinceridad, con perfecta buena fe, por más que lo negase después muchas veces durante su largo destierro en Europa, preconizaba, como fórmula precisa y clara de salvación, el principio monárquico, una autoridad regia revestida con el esplendor de lo tradicional; única manera de operar, a su juicio, sin mayores inconvenientes ni trastornos, el paso del sistema colonial a un estado de cosas que, modificándolo en el fondo, dejase subsistir, durante un tiempo, formas muy caras a la imaginación y al sentimiento populares. Quizás, estudiado serenamente el punto, tal cosa hubiera sido mejor, en los primeros años, para el gradual y metódico desenvolvimiento político de esos pueblos. El Brasil, por más de un concepto, parece dar buena muestra de ello. A la larga se hubiera impuesto inevitablemente el sistema republicano, pero ya en núcleos sociales mejor preparados para ello... Consecuente con los principios republicanos, de soberanía popular,

que había proclamado y proclamaba sin cesar, Bolívar rechazaba de plano, sin ambages, toda solución francamente monárquica. Lo esencial de aquella tan traída y llevada entrevista fué el opuesto modo de ver de ambos egregios caudillos. En homenaje a la verdad, hay que decir que el republicanismismo del Libertador asumió siempre muy pronunciados caracteres de conservador y autoritario. Acaso, en lo esencial, su idea de un gobierno estable para estas democracias de aluvión, levantiscas e incoherentes, difería, sólo en la forma, de la que sustentaba San Martín. En realidad, tal como se colige de sus ideas de necesario robustecimiento del principio de autoridad para regir con mano firme colectividades sin cohesión eficiente para la vida democrática, y tal como se ve en sus proyectos de constitución y en otros documentos de él directamente emanados, Bolívar, en su pensamiento, aspiraba a una verdadera monarquía hábilmente disfrazada con el nombre de república. La oposición de ambos caudillos, si bien se observa, radicaba solamente en los nombres. Entre San Martín y Bolívar hay la distancia que media del talento al genio. Se separaron sin entenderse, tal vez sin comprenderse. Acaso Bolívar vió con desdeñosa indiferencia el fondo de desprendimiento y austera probidad que aureolan la figura del gran argentino... San Martín, seguramente, no pudo penetrar en los recodos luminosos del alma gigante de Bolívar... El vencedor en Maipú, decepcionado, doliente, sin apego al poder, pleno de sombríos presentimientos acerca del porvenir de los países recién emancipados, tomó resueltamente el camino de su voluntario e interminable destierro... Bolívar prosiguió su carrera de luchas y de glorias, para, pocos años más tarde, también decepcionado, también herido por la más torpe ingratitude, prematuramente envejecido, morir pensando con inmensa amargura que había "arado en el mar", casi abandonado de todos en la eterna sombra, arrullado sólo por el rumor del oleaje deshaciéndose en los arenales de una playa solitaria...

Blanco-Fombona y Rodó, el primero con mayor encarecimiento, atribuyen a Bolívar las relevantes condiciones de un escritor en quien resplandecen los méritos de una original y cabal expresión literaria. El resplandor permanente de sus hazañas militares como que deja en un plano inferior, escasamente ex-

plorado, este resaltante aspecto de su actividad mental. Blanco-Fombona, con seguro y perspicaz análisis, pone ahora, en plena luz, ese curiosísimo aspecto. Por más que las sobresalientes condiciones de su estilo, frecuentemente impregnado de pasión y colorido, pleno de fulguraciones, sin huellas pronunciadas de fríos y amanerados convencionalismos de un clasicismo formalista y hueco, pareciesen colocarlo a la cabeza de los escritores americanos de su época, no fué ni pudo ser un *innovador* literario capaz de señalar rumbos de expresión mental más o menos definitivos. No se es nunca innovador, en ninguna actividad espiritual, sin el propósito decidido de serlo. No se asciende a tal altura incidentalmente, sino a condición de englobar en tal especialidad las principales facultades del espíritu. En ciertos genios, una facultad siempre preponderante como que subordina y mantiene en perpetuo acatamiento a otras menos vigorosas, sin permitirles un completo y acabado florecimiento. En ciertas ocasiones llamean intensamente. Son siempre secundarias como accesorias. Orador y escritor relevante fué César, y aunque en sus *Comentarios* raya a gran altura, la posteridad, con razón, pone en segundo lugar esa faz interesantísima de su vida. En Bolívar, con suma frecuencia, atísbanse los signos a veces muy pronunciados, a veces muy borrosos, de un retoricismo fraseológico, altisonante, convencional, muy propio de su época y de las circunstancias en que se dilató su existencia. Muchos documentos salidos de su pluma, sus proclamas fulgurantes, lo ponen, en ocasiones, ostensiblemente de relieve. En ese sentido, su elocuencia, la elocuencia desbordante de sus arengas y proclamas, es, bajo el sello personal que las particulariza, elocuencia transplantada, frondosidad lírica de un árbol que tiene sus raíces en los tempestuosos y trágicos días de la gran revolución francesa y en los deslumbramientos bélicos de la epopeya napoleónica... La personalidad literaria de Bolívar, lo que en él se dilata como un cauce por donde corre espontáneo, sereno y pintoresco el pensamiento, está y estará siempre—creo haberlo dicho en otra parte—en la luminosidad atractiva y perdurable de sus *Cartas*. En ellas, en su epistolario, está él, vive él, en la más alta y sincera plenitud de su expresión personal, sin que casi nunca la afeen o desvirtúen las modalidades de una retórica conven-

cional y falsa, estructurada por fórmulas de pseudo abolengo clásico. Su vida, su vida verdadera, íntima, pasional, siempre tormentosa, siempre poblada de visiones desmesuradas, late con intensidad, palpita vigorosamente, en las cláusulas espontáneas y a veces incorrectas de su voluminoso epistolario. Comparto en un todo el juicio de Rodó a este respecto. En su correspondencia se expande intensamente lo más hondo y característico de su genuina y compleja psicología. En ella se exhibe él en todos sus verdaderos aspectos, sin que su prístina espontaneidad aparezca cohibida o falseada por consideraciones acentuadas de carácter político o de otro género. En sus cartas resuenan de continuo, sin afeites ni formalismos retóricos al uso, el alarido de la pasión, la invectiva acerada, el juicio sereno abrigado por un fulgor de profecía, la apreciación discreta y razonada de hechos de valor trascendente, sus esperanzas, sus desalientos; cuanto, en ciertos instantes, su pensamiento en perenne ebullición, su sensibilidad excitada, necesitan echar fuera de sí convertido en cristalizaciones mentales de raíz muy personal y muy íntima.

En el trabajo titulado *Bolívar íntimo*, evoca bellamente *Cornelio Hispano* a Manuelita Saenz, *Manuelita la bella*, en todo el esplendor de su gracia, de su desenfado, de su curiosa despreocupación, de su dealumbrante hermosura. A Bolívar se le ha tachado de inmoral por sus numerosos amoríos. Era muy pronunciada su inclinación al bello sexo... ¡Inmoral! Quizás lo sea desde puntos de vista de un eticismo muy convencional y burgués. Pero con esa medida de casuística arbitraria no es posible aquilatar la personalidad de quien, por los accidentes excepcionales de su actuación tempestuosa, estuvo casi siempre en rebelión contra pronunciadas formas de preocupaciones añejas y de artificiosos convencionalismos sociales... Es indudable que la belleza femenina fascinaba a Bolívar en el más alto grado. Tal cosa es más digna de aplauso que de censura, a mi juicio. Pero de las mujeres que amó, ninguna ejerció sobre él tiránico y absorbente imperio. Compartió con ellas los goces supremos de voluptuosidades efímeras, pero jamás ninguna nueva Dalila encadenó su voluntad sujetándolo a sus caprichos femeninos. Acaso, en lo más recóndito de su alma, conservó en su viudez eterna el

amoroso recuerdo de Teresa, su primera y única esposa, segada en flor, muerta tristemente en sus años primaverales. De todas las que le amaron y hermosearon su existencia febril y atormentada, con la seducción más o menos prolongada de sus gracias, fué Manuelita Saenz la que por más tiempo vivió a su lado siempre amorosa, deslumbrante de distinción y de encanto femeniles, en las horas embriagadoras de los triunfos y las recepciones resonantes, y altiva, fuerte y abnegada en los oscuros días de los tristes desencantos y de las acerbos ingratitudes. En estas páginas aparece revestida de singular y duradero encanto. A la serenidad de esa mujer debió Bolívar, en la horrible noche septembrina, haber escapado con vida. Amó orgullosamente a Bolívar. Por él lo abandonó todo. Muchos años más tarde, enferma, parálitica, la vió Garibaldi en Piura, puerto peruano donde tenía su residencia. *Cornelio Hispano* reproduce lo que en sus *Memorias* dice el héroe italiano refiriéndose a ella. El culto a la memoria de Bolívar, cuenta *Hispano*, absorbió los melancólicos días de su ancianidad atormentada. Por haber amado al Libertador excelso, por haberle salvado con riesgo de sí propia, la gentil y bella pecadora vive y vivirá perdurablemente en un pálido rayo de su inmortalidad gloriosa... Recorriendo las páginas de este notable libro, he pensado en lo conveniente que resultaría publicar otro que contuviese cuanto lírica y épicamente ha expresado la poesía americana en homenaje del prócer principal de la epopeya de la emancipación de este Continente. ¿Por qué no? Un libro de versos, exclusivamente consagrado a Bolívar, resultaría una nota extremadamente simpática en el concierto de voces elocuentes que exulta de continuo su memoria. Y nadie mejor para el cumplimiento de tal empeño que Rufino Blanco-Fombona, por su amplio conocimiento del asunto, por su crítica perspicua capaz de una selección adecuada, y por su ferviente apostolado en honra y prez del héroe. Esa ofrenda lírica podría abrirse con el canto a Junín o con la oda de Heredia, el gran poeta cubano, defectuosa en ciertos aspectos, pero cuyas estrofas de acentuada sonoridad parecen herir en este momento mis oídos. Esos versos, desde niño, leyéndolos a cada paso, me hicieron amar a Bolívar:

...Su genio inagotable
 igualaba el revés a la victoria,
 y le miró la historia
 empapar en sudor, llenar de fama,
 del Golfo Triste al Ecuador sereno,
 del Orinoco inmenso al Tequendama.

Por no sé qué arcana influencia procedente de lo ignoto, de no sé qué región misteriosa, cada vez que mi pensamiento se detiene en Bolívar, que evoco la gloriosa leyenda de su vida, una onda de refrescante consuelo viene a desvanecer mis dolorosas inquietudes de la hora presente y a presentar ante mi espíritu atribulado horizontes de serenas esperanzas. Para los verdaderos dominicanos no pueden ser los momentos actuales más pavorosos y preñados de peligros. Una obra de iniquidad viene consumándose desde hace poco tiempo en esta infortunada Santo Domingo. Por obra y gracia de una docena, a lo sumo, de politiquillos sin más ideal que adquirir una fortuna o rehacer la ya despilfarrada, y prestos en ese camino a coadyuvar a la mutilación de la soberanía nacional, metódicamente llevada a cabo por el imperialismo yanqui, la república gloriosa de febrero y de agosto va rápidamente tomando las formas y contornos de una colonia yanqui. Por ninguna parte se producen gestos de viril indignación. Mansamente, bajo el cielo impasible, como quien acepta con resignación los fallos del hado, vamos en angustiosa caravana caminando hacia no sé qué negro y espantable abismo. En vano algunos intelectuales, muy contados, forcejamos por apartar el país de esa vía tenebrosa. Inútil empeño. *Vox clamantis in deserto*. Se necesita un caudillo, un caudillo supremamente nacionalista, de alta probidad, de noble corazón y larga espada, que sepa aunar voluntades dispersas y agrupar en torno suyo las masas populares refractarias por lo común a cuanto directa o indirectamente tienda a lesionar los fueros de la soberanía nacional, para oponerse resueltamente, en la forma que fuere necesario, a que la debilidad y la traición no continúen prosperando vergonzosamente. Pero la silueta de ese caudillo redentor no despunta por ningún lado del horizonte sombrío. La ingerencia yanqui en nuestra vida política ha resultado funesta por todos conceptos. En lugar de mejorar, como decían al-

gunos en todos los tonos, hemos ido de mal en peor. Desde la Convención, instrumento internacional de exclusivo alcance económico y que no ha resultado así desdichadamente, hasta el disparatado y vergonzoso plan Wilson, ninguna, absolutamente ninguna ventaja hemos recabado de la intromisión abusiva de nuestros pretendidos y *desinteresados* tutores. Nuestras luchas civiles han sido más frecuentes, sangrientas y dilatadas, y los ramos que se proponían organizar científicamente, continúan peor que antes si cabe. Nos mandan a granel empleados extranjeros con pingües sueldos. Casi sin percatarse de ello, salvo unos pocos, la generalidad permanece cruzada de brazos, en desoladora indiferencia musulmana, contemplando la tétrica sima que se abre a nuestros pies y en la que vamos a caer irremisiblemente sin honra y sin gloria...

En estas horas de profundas tristezas, de hondas decepciones, consuela y robustece el espíritu ponerse mentalmente en contacto con la gran figura del Libertador de más alto relieve en América. Aproximándonos a él, sentimos amenguarse nuestros pesimismo y se acrecen nuestras fuerzas para continuar en el empeño, difícilísimo pero no imposible, de recabar lo que hemos perdido y encaminar al pueblo dominicano por vías de positiva organización jurídica y de coherente y verdadero adelanto. Pueblo guerrero, pueblo épico si los hay, el pueblo dominicano ha vivido en perenne combate, ya con franceses, ingleses, haitianos y españoles, ya devorándose a sí propio en frecuentes contiendas civiles. Cansado, abatido, víctima permanente de mandatarios estultos o de mala fe, sin ideales, sin creencias, ese pueblo parece ver con espantable impasibilidad la metódica mutilación de lo más esencial y excelsa de su soberanía. Acaso duerma solamente, y en su despertar, como otras veces, tendrá rugidos y zarpazos de león para los intrusos extranjeros y para sus hijos traidores... ¡Libertador! ¡Libertador!... Si acaso tu espíritu vaga aún cerca de nosotros; si acaso desde lo alto contempla nuestros vergonzosos desalientos y nuestra inminente desaparición como organismo nacional, haz que alguna divina partícula de él se encarne en algún nuevo Santiago Guzmán Espailat, en alguna figura representativa de la juventud incontaminada que se levanta, para que con la irreducible voluntad que fué el tim-

bre más caracterizado de tu personalidad portentosa, arroje con mano airada, al bátraco de las condenaciones eternas, a los traidores que llevan la patria a su extinción y haga flamear otra vez, sin el estigma humillante de nefastas ingerencias extranjeras, orgullosa y altiva, la bandera febrerista, el lábaro inmaculado de los gloriosos fundadores de la república!

F. GARCÍA GODOY.

La Vega, Sto. Domingo, 1916.

UN POETA CUBANO CASI DESCONOCIDO: PEDRO ANGEL CASTELLÓN

(CONFERENCIA LEÍDA EN LA SOCIEDAD DE CONFERENCIAS EL 18 DE ABRIL DE 1915 POR EL SEÑOR ANICETO VALDIVIA, *Conde Kostka*.)

Señor Presidente de la Sociedad de Conferencias; señoras y señores:



L trazar estas primeras líneas en honor de un casi olvidado intelectual muerto hace más de medio siglo, evoca mi mente, con una tristeza infinita, el rostro dulce y sereno, juvenilmente inteligente, del valioso intelectual—vivo, aun en la tumba—cuyo turno, por implacabilidades de la aciaga suerte, ocupo hoy en esta tribuna. Mi ligera alusión lo ha alzado, instantáneamente, ante todos los aquí reunidos, con la profunda nostalgia del recuerdo, inmarcesible en cuantos, habiéndole conocido, esperaban, orgullosos y confiados, en su cultura, su talento y sus dotes de expresión excepcionales.

Él, repito, ocupaba el tercer turno en el programa de las conferencias, cuyo orden de serie ha sufrido, por esa dolorosa causa, un trastorno casi completo. Los literarios discursos fueron interrumpidos como en justo homenaje luctuoso al adalid caído prematuramente; como un sincero filial pésame al augusto artífice modelador de ese cerebro, educador de esa alma, abastecedor prodigo de esa cultura asombrosa; al hombre envidiable en quien se reunían todos los dones del saber, del honor, de la virtud, de la grandeza intelectual y moral, solo ya para transmitirlos—como los trasmitía ciertamente, apoyado en la experiencia—al futuro continuador de tan admirables cualidades; y como un mensaje

de acendrado dolor a la Patria Cubana de la cual parecía ser, sin discusión enojosa, el llorado por todos, la más pura de las grandes esperanzas, y casi podría ya decirse, la más noble de las altas realidades.

Ha caído y las olas de la vida pasan tumultuosas sobre el acontecimiento trágico, exigiendo rudamente la continuidad del esfuerzo emprendido. La Sociedad de Conferencias corre el escalafón de sus soldados de la idea, y sin dar tiempo al reposo del espíritu entenebrecido, reabre el asalto y continúa la campaña. El asaltante designado sube a la brecha, despliega su estandarte de batalla más o menos manchado por el humo de las lides, más o menos lacerado por el fuego de las viejas balas, y saluda, aplastando lágrimas contra las mejillas, la figura del adalid brutalmente arrancado al puesto de peligro en el cual un viejo camarada le sustituye.

Sombra adorablemente echada de menos por todos los congregados aquí hoy; protege, como salvadora égida; vela, como una nube de resguardo dulce, a los ojos de esta asamblea, las inevitables lagunas en la exposición de motivos favorables a un poeta olvidado, ¡oh tú, el Inolvidable!...



El azar es extraño en sus aceptaciones e irónicamente cruel en sus padrinzagos. Y la memoria humana parece a veces cobarde en sus decisiones. Uno de los poetas cubanos más brillantes en la primera mitad del siglo XIX, un ilustre rival de la falange deslumbradoramente patriótica cuyo augusto gonfaloniero es Heredia—con por último paladín, Turla—, uno de los más suntuosos trovadores de *El laúd del desterrado*; el furiosamente inspirado Pedro Angel Castellón, después de una vida consagrada—toda ella—a sus dos solos amores: Cuba y la Independencia, se extingue bruscamente, apagándose rauda al mismo tiempo la aureola de su nombre, fulgente hasta entonces en sus sienes. Apenas si queda un vestigio de ese paso vibrante sobre la tierra. Un breve artículo de Zenea lamentando tímidamente la desaparición del amigo, del poeta y del músico (Castellón cultivaba también este arte). Y ni una palabra para la labor suprema del

patriota, del elegíaco irritado del tirteico treno: *A Cuba, en la muerte de Varela*; del fustigador, angélicamente implacable, del general Concha; del panegirista sublime de Heredia; del terrible vengador de Narciso López en el soneto trenzado como un *knout*, desgarrador, en su flagelación, encendido de catorce versos donde se retorcián silbando y mordiendo sobre las espaldas inmundas del inmundo Castañón—la traición hecha tigre—las víboras de la justiciera Némesis... Ni una recurrencia—quiera velada—al lapidario soneto, depositado como un ex voto de santa rebelión cubana sobre la humilde fosa de los mártires de Trinidad y el Camagüey (un poema de gloria y de venganza condensando en catorce versos toda la Biblia del sentimiento, el dolor y la santa intransigencia de Cuba esclava en los primeros tintes de alba de su anhelada mañana redentora)... Ni una palabra del epitafio trazado con la tinta pálida del llanto sobre el ataúd de Julio Chassagne—*el soldado héroe*, como lo consagra en una frase breve y expresiva el poeta soldado, a lo Agrippa d'Aubigné, Pedro Angel Castellón.

Zenea es disculpable de esta omisión. Escribía su insubstancial homenaje al ilustre y malogrado poeta, en la Habana; ante los cien ojos de Argos de la suspicacia colonial que en cada letra veía un fantasma rencoroso y en cada párrafo una amenaza al liberticida. Fué necesario tratar con un cuidado extremo, como quien juega con ascuas, un tema donde la figura culminante, la figura elogiada por la Patria constreñida—representada aquel día por la pluma de Zenea esclavo—era el Secretario de la Sociedad Patriótica *La Joven Cuba*, con su muy Santa Sede en Nueva York; el patriota sin mancha a quien la libertad cubana prendió al ala del sombrero la tricolor escarapela; el compañero, en propaganda separatista, de Teurbe Tolón, de José Agustín Quintero, de Santacilia, de Torroella—la falange épica—; el hombre cuya vida, del 48 al 57, fué un apostolado a lo Martí, arrojando con sus himnos inflamados la palabra de vida, el verbo de agitación tan bíblicamente difundido en los discursos y los actos del Jesús de Dos Ríos.

No; Zenea no podía franquear el círculo de prudencia trazado en torno de la suspicacia—despierta siempre—española. Hoy, ya lo he dicho, la piadosa lucubración del autor de *Fidelía* nos

parece insípida; pero en el año 60—época de su publicación en la *Revista Habanera*—hizo un gran efecto. El lector cubano leía entre líneas y hallaba esbozos de proclama tras los párrafos inofensivos. En la evocación de Lázaro—final del artículo—se creía ver a la Revolución misma rompiendo con Castellón—a la voz de Zenea—el sepulcro sellado por la piedra blanca, y al Lázaro—el pueblo—surgir del antro eterno, el acero en la mano. No importa el silencio del articulista-poeta; la profecía—realizada por el Lázaro reivindicador surgido en Yara, rota la lápida de muerte—ya no era sólo presentimiento: alboreaba, como una hermosa realidad, en la conciencia cubana.

¡Cómo este emancipador diademado de todos los amores patrióticos de su siglo, de todas las grandezas nacionales firmemente ostentadas en el destierro, de todas las bendiciones entrecruzadas como bandas policromas de iris en torno a su alma de heraldo incansable de la Independencia; cómo este poeta extraordinariamente pindárico, superior en estro vigoroso a Teurbe Tolón, y cuyo antiespañolismo superaba en condensación recia y áspera al de Santacilia y cuyos versos caían como una lluvia candente y refrescante a un tiempo sobre los corazones quemados por todas las vilezas coloniales, ha podido hundirse definitivamente en el Leteo del nuevo sentimiento cubano? ¡Cómo oigo a veces recitar en las veladas cubanas el admirable *¡Adelante!*, de Quintero, su suntuosa despedida a Lydia Robins y su *Salmo CXXXVII*, casi todas las poesías-baladas de Zenea, la magnífica oda *A España*, de Santacilia, la espléndida *Degradación*, de Turla, la mediocre oda *A Serrano*, de Fornaris, y nunca nada de Castellón—ni la insuperable poesía *En la muerte de Varela*, ni la tan breve como egregia epopeya *Al General Narciso López*?

¡Ah! yo mismo, por una casualidad—eternamente bendecida—conocí en una época lejanísima una poesía, una sola, del continuador excelso de José María Heredia. Fué ¡cosa rara! en Santiago de Galicia y a la edad de quince años. Permítaseme un salto brusco a mi edad rosada,—al país del recuerdo. El fusilamiento de los jóvenes estudiantes de Medicina había aterrado a todas las madres de Cuba. Yo, en esa época del Terror Colonial, vivía con mis padres en Santiago de Cuba. La noticia de aquella pavorosa tragedia—más horrenda que todas las de Esquilo—llegó

a toda la Isla con el agrandamiento sombrío de los fatídicos acontecimientos transmitidos oralmente. La narración desgarradora tomó colores apocalípticos. Era el fin del mundo cubano en el *ras de mar* de la barbarie, en el eclipse de la civilización, en la muerte de la piedad, en el terremoto de la conciencia individual y colectiva. El gesto instintivo de todas las madres—desde la del Calvario de Jerusalén hasta las del Gólgota de Cuba—fué el de apartar de las adoradas juveniles cabezas los amagos de nuevas catástrofes. Se pensó en alejarlos. Y el éxodo de adolescentes comenzó. Yo fui—bajo pretexto de estudios superiores—a cursar mi carrera de leyes a Santiago de Galicia. Una nutrida colonia cubana se hallaba en la austera Compostela preparando sus inteligencias a la próxima lucha por la idea. Todos moraban unidos, en la misma fonda—que Galicia no blasonaba de *hoteles*; la vieja tradición de los usos y los términos se continuaba. Todos eran jóvenes y algunos, más tarde, ilustres de vuelta ya en la patria. Entre los que vivían en aquella fonda, casi puerta al lado de la mía, se hallaba el pobre José Arcadio Sánchez, muerto en plena robustez física e intelectual, hace algunos años, en su ciudad nativa—Pinar del Río—, llorado por el Foro que perdía en él uno de sus más altos prestigios, llorado por los patriotas pinareños como un modelo puro de dignidad cívica, y llorado por la sociedad de su pueblo, no consolado hoy todavía de aquella ausencia deploradísima.

José Arcadio Sánchez tenía entre sus libros un cuaderno bastante grueso, lleno todo él de poesías, manuscritas, que yo abrí una tarde mientras lo esperaba de la Universidad. Eran poesías cubanas, de terrible sello patriótico;—después supe que eran todas las composiciones publicadas en Nueva York bajo el título de *El laúd del desterrado*, en 1858. Pero entonces yo ignoraba hasta la existencia de esa publicación, pues sólo conocía algún volumen, expurgado españolamente, de Heredia y de Plácido. Aquel cuaderno despertó en mí el microbio de la poesía, callado y tranquilo hasta entonces. José Arcadio Sánchez me prestó el cuaderno. Lo aprendí de memoria. (Era muy buena entonces y casi virgen de aluviones que después la han arrasado.) El cuaderno se abrió—a todo genio todo honor—por el *Himno del Desterrado*, de Heredia, y se cerraba con un soneto de Roldán, eróti-

co. Diez o doce páginas después de la primera poesía, topé con una que llevaba por título: *A Cuba, en la muerte de Varela*, y al pie esta firma: Pedro Angel Castellón.

Conocía de nombre, nada más, a Turla, a Quintero, a Teurbe Tolón, a Santacilia, al *Hijo del Damuji*, a Zenea... pero a Castellón no lo había oído citar nunca. Leí la poesía, que me produjo un efecto enorme. Acababa de leer la oda *A España*, de Santacilia. Los doscientos versos de que se compone y que forman un terrible proceso histórico de España—desde los fenicios y los cartagineses hasta nuestros días—, no me causaron más honda impresión que los ocho versos entallados en el trozo de mármol negro de la elegía *A Cuba, en la muerte de Varela*, y que son lo más duro que a mi juicio ha oído España de labios de un hijo rebelde. Dirigiéndose a la encrespada Cuba, le dice, hablándole de España, imprecatoriamente:

¡Y osa la cruel llamarse madre tuya!
 ¡tu madre! no: tu pérdida madrastra!
 Degradación y oprobio es su cariño,
 su protección la sórdida avaricia,
 su principio vital el oro y sangre
 en su vil pabellón simbolizados,
 sus leyes bayonetas y cañones,
 el terror su brutal filosofía...

Esta estrofa que hoy parece disonar en el concierto de dos pueblos olvidados de sus antiguos rencores, por ley de tiempo, ley de progreso y ley de civilización, respondía entonces, como un eco de cañón, al delirio revolucionario latente en nuestra patria. Yo la he traído a este rápido boceto tan sólo para hacer penetrar en la figura característica de este hombre extraordinario. Tenía un odio y un amor; pero ambos exclusivos, enormes, irresistibles: su odio a la dominación española en Cuba y su amor a la independencia de la Isla. Sobre esas dos bases fué, como más tarde lo fueron Céspedes, Aguilera, Agramonte, Maceo, Pío Rosado y Martí, inflexible. Fué, toda su vida, un santo alucinado de la Independencia. En los últimos días de su existencia acabó por mirar esa eterna aspiración de su vida como un sueño—el sueño de pesadilla que pesaba como una roca sobre todas las almas, y que se desbordaba, en los poetas, sobre los fulgores de

La Estrella de Cuba, del gran José María, sobre *La Revolución*, de Teurbe Tolón, sobre el *¡Adelante!*, de José Agustín Quintero; que envolvía en látigos de cardenales imborrables la grave diatriba *A España*, de Santacilia; relampagueaba en *El Filibustero*, del fusilado en los fosos de La Cabaña ante el muro del patriotismo; rugía en la *Degradación*, de Leopoldo Turla, y se traducía en estridores de desesperada angustia con el lirismo a pecho abierto de Pedro Angel Castellón. Hoy toda esa anhelación suntuosa y ferozmente expresada en los gritos más angustiosos que haya oído América en el siglo XIX, ha pasado. Cuba hizo realidad el sueño de esos poetas anunciadores de la gloria reservada a nuestro suelo después de tanto martirio; y el ala de la Victoria, palpitando sobre nuestro horizonte, ha aventado las pavesas de encono que dejaron aquellos rescoldos de odio persistentes en el altar sagrado de la Vestal que lo alimentaba como una lámpara imposible de extinguirse. Hoy es ridícula una frase semejante a las de Quintero y Castellón, pronunciada, en Cuba, contra España; porque no existe la causa. La República tiene otros ideales que hacer brillar; su nave surca un mar tempestuoso, conducida a otros rumbos, y los poetas en la proa señalan con sus liras un nuevo sendero a la actividad patriótica. La misión hoy de los poetas, libres e independientes en Cuba independiente, es la de cantar las excelencias que en medio de sus mismas debilidades, en medio de sus mismas torpezas, encierra toda patria. Hay algo de formación tradicional de vida futura—la que engrandece a lo largo de los años la existencia de un pueblo—en el encargo transmitido por Dios a los poetas, y que no es otro que el de encarnar sus esperanzas, sus tormentos y sus ideales, más o menos hollados. Los poetas—un vate antiguo lo ha dicho—son como lámparas claras que las generaciones se transmiten. Pero son algo más que eso: son la línea de vida de la humanidad, los faros de la Historia y las luces de los siglos. De tal modo, que los pueblos no cantados por el poeta mueren en el olvido.

Castellón cantó su tiempo con el alma de un Aristogitón pronto al martirio, con tal de que le hubiese sido dado hundir su hierro engalanado de rosas tricolores en el corazón del tirano; y ese fervor le llevaba a aguzar sus versos como dagas, barnizándolas con el veneno letal del rencor corrosivo. Sí; no nos cansaremos

de repetirlo—y tanto más, cuanto parece haberlo olvidado o ignorado la generación actual. Una de las alas de su inflamado talento fué el patriotismo, flexible como la hoja de una espada y terso como el agua de un espejo. En sus poesías, acaso incorrectas, porque en el fuego del combate no se busca pulir, sino matar, hay acentos imprevistos. Pero esas imprevisiones, asombrosas, son como arrastres de bellezas violentas, rimadas y contenidas— ¡contraste increíble!—por gestos que son como la figura misma de la serenidad absoluta.

Ahora, ¿en qué línea de jerarquía colocar a este magnífico colaborador de la Revolución y la Independencia de Cuba? ¿En qué almena del castillo de la Poesía Cubana alzar la estatua ideal de este tan grande como injustamente desdeñado? La clasificación vacila. No es Heredia, no; Heredia es solo, como lo es Quintana en España, Byron en Inglaterra, Goethe en Alemania, Víctor Hugo en Francia, Camoens en Portugal, Petofi en Hungría y Homero en el mundo antiguo; no es tampoco Quintero, el Longfellow cubano, fanático de forma y tan viril en conceptos revolucionarios; no es Zenea, el trágico Abadón de la infamia colonial, la víctima propiciatoria de la independencia de Cuba y cuya sangre fué como una libación hecha ante la tumba del honor cubano por manos de contumaces ebrios de sangre, furor y agua—mejor dicho: vino ardiente—; Zenea es un clásico a lo Musset y un lírico dulce, recordando aun en sus composiciones revolucionarias al Lamartine de *Santa Helena*. . . No; no es ninguno de esos. Es de la estirpe de Santacilia. Cerca de él y en la hornacina que ha dejado esa época, entre el Teurbe Tolón de *La Pluma y la Espada* y el Turla de *Oro y Contrastes*, colocaría yo al poeta de la oda *Al General Narciso López*.

Como toda clasificación hecha así, de pronto y sólo para iniciar a la joven crítica en su estudio del poeta y para reparar un olvido desoladoramente injusto, esta rápida forma de impresión, traducida sonoramente, está sujeta a rectificaciones. Quizás tenga más densidad de alma poética que Turla, acaso sea más severa su inteligencia que la de Teurbe Tolón y hayan ahondado más en la conciencia cubana los versos a Varela que las estrofas a Serrano, de Fornaris. Sólo una crítica de escrupuloso peador de oro, a lo Quintyn Metzus, podría forjar el clavo de diamante

donde suspender definitivamente el retrato, frente a la posteridad.

Pero lo indudable—y lo lastimoso—es que apenas cerrados sus ojos a la luz, se cerraron para él las puertas del recuerdo. El artículo tímidamente fraternal de Zenea a raíz de esa muerte, el verso de Turla perdido en una poesía que nadie lee hoy, la sumarísima noticia de Calcagno, no bastan a honrar esa memoria. Se ha cantado por liras nuevas a Heredia, a Zenea—dignos de todo canto—y se ha descuidado dedicar una sola estrofa al tan digno como aquéllos de obtenerla. La herrumbre que roe nuestras almas y que el hierro de la política contamina al bronce de la literatura como un orin nefando, cubre—lepra inmundada—toda la piel de este siglo. Antes se seguían con ojos inquisitivos y con alma acendrada de amor los ideales entrevistados. Hoy... hoy el poeta inspirado no es más que una cabeza sombríamente calenturienta, enfermizamente febril; el olvido se impone a las almas como un decreto fatal. El oro impera, con promesas de ídolo salvajemente incensado. Y cuando el oro es un dios, toda viviente llama de ara se cambia en sofocante humo al través del cual los gigantes de ayer sollozan tristemente ante su metamorfosis en pigmeos.

De Castellón se sabe hoy tan poco que es no saber nada. Los vivos de hoy no saben ni cómo, ni dónde, murió. Se cree que en Nueva York. Se ignora si fué enterrado subrepticamente o si resplandeció en funerales dignos de su gran alma la belleza litúrgica de la oración cristiana. Los datos recogidos sobre él dicen sólo: murió en los Estados Unidos. ¿Dónde está la fosa del nostálgico cubano fervorosamente suplicador por su suelo natal? ¿Dónde duerme su sueño último el que clamó a Cuba con las tristezas mismas del Cristo, en el evangélico jardín:

Yo quiero que al quebrarse mi existencia,
la luz postrera que mis ojos miran,
la misma sea que brilló en mi frente
cuando anunció mi llanto que nacía:
quiero volverte al ser que tú me diste:
quiero el sepulcro donde está mi cuna.

¿Dónde está ese sepulcro? ¡Ah, nadie lo sabe! Nadie, al menos, dice que lo sabe. Zenea no lo ha dicho; Santacilia no lo ha dicho; ni Teurbe, ni Quintero, ni Turla—ninguno de los que le

sobrevivieron lo ha dicho. ¡Ignorancia del lugar en donde reposaba! ¡Preocupaciones políticas en aquella época de fermento preparador de la Insurrección que estalló seis u ocho años más tarde en la histórica Yara! ¡Crimen de nuestra habitual pereza! ¡Quién lo sabe! Ni siquiera un retrato, una humilde fotografía para fijar ante la adoración y la gratitud la imagen de uno de los más ardientes precursores. Nada; nada; la huella del soplo que pasa, de la estela que se deshace y se extingue, del grito de un ave angustiada y errante no escuchado por la inmensidad sorda. La landa del infame desprecio tendida al infinito bajo el cielo de nuestra vulgaridad indiferente. La bancarrota del patriotismo, del honor, del talento, del renombre fugaz, de la gloria sombríamente irónica.

¡Qué importa, después de todo, ese silencio “de hoy” en torno a su obra y a su nombre! El peso de su modestia mató su augural fama. Pero su talento—ya es la hora de decirlo—fué de magnífica ley, prodigioso y raro. No va a la posteridad con un pesado fardo sobre los hombros. Pero va. Cuando tantos nombres, hoy orgullosos, se sumergirán en el olvido, el suyo—“para justicias el tiempo”, dice un refrán—sobrenadará deslumbrante con su pura y ardiente luz de sol.

“En la catedral de Westminster, dice Chateaubriand, he visto hace dos años una lámina sepulcral; una humilde placa, sin fecha, ni epitafio, ni símbolo. En el centro de la piedra no se lee más que una sola palabra: *Miserrimus!*”

Este desconocido, este *Miserrimus* sin nombre, ¿no es el genio!

Ex Ministro Plenipotenciario de Cuba en Noruega, Individuo de Número de la Academia Nacional de Artes y Letras y eminente figura en nuestro mundo literario, donde su pseudónimo de *Conde Kostis* es sobradamente conocido, el señor Valdivia es un exquisito literato que ha dejado muy altas pruebas de su acendrado gusto artístico en principales publicaciones cubanas, ora en prosa, ora en verso, dando a la estampa brillantes trabajos originales y admirables traducciones de famosos cultivadores del arte de la palabra escrita. Su estilo henchido de imágenes fulgurantes de carácter inconfundible a cuanto sale de la pluma incansable de este celebradísimo escritor, a quien damos gracias por el envío de la bella conferencia en que ha recordado la olvidada y atrayente figura del poeta Castellón.

EN SILENCIO

CANTEMOS AL SILENCIO...

Cantemos al Silencio, hermano mío,
cantemos al Silencio porque encierra
todo el reposo del dolor; la tierra
es como un gran Silencio en el vacío.

La soledad, la luz, el viento, el río:
floración principal del Universo,
brindan a mi alma la quietud que ansío,
paz que corre en el cauce de mi verso.

Peregrino, tú sabes el encanto
de la llanura insólita; viajeros,
verted toda la luz de vuestro canto
sobre el plácido amor de los senderos.

Amo el Silencio, porque mi alma errante
allí encontró la fuente apetecida,
mis ojos, ni siquiera un solo instante
han podido mirar hacia la Vida.

Mis versos son extáticos caminos
por donde todo lo ideal presencio,
seguid por ellos, graves peregrinos,
e iréis por los caminos del Silencio.

.....

Cantemos al Silencio, hermano mío,
cantemos al Silencio porque encierra
todo el reposo del dolor; la tierra
es como un gran Silencio en el vacío.

VIÑETA VESPERAL

Se hunde en el silencio la quieta bahía,
retrata su espejo pupilas de luz;
montañas, techumbres, fantasmagoría,
que oculta la noche tras denso capuz.

La ciudad no duerme, sus torres vigilan
el azul cimborio de la inmensidad;
hay hondos rumores, los astros rutilan
y emerge otra vida de la obacuridad.

Un dulce reposo la noche idealiza;
la luz, en las ondas del mar, se desliza
cual las dulces horas de la juventud.

Y al borrarse el croquis que absorto presencio
la eterna belleza, que envuelve el silencio,
se agita en mi mente con doble inquietud.

LOS ANHELANTES

Corred por el camino de la Vida
con vuestro ensueño a cuestras ¡oh, anhelantes!
la antorcha de la Fe siempre encendida
y gestos de locura en los semblantes.

Clavad vuestra mirada en lo lejano
del horizonte, con el alma al viento;
buscad misterio en todo, que lo arcano
brinda divinidad al pensamiento.

Sacudid el cansancio en el camino
y fustigad con rayo matutino
la noche eterna de vuestros despojos.

Hay un ensueño en toda lontananza,
marchad llenos de amor y de esperanza
mientras el Azul se copie en vuestros ojos.

ROSA MISTICA

Hermana en el dolor, tu fiebre aplaca
en el dulce recinto solitario;
hay en tus ojos una luz opaca,
como la que se extingue en el santuario.

Hermana en el dolor, sigue el sendero
gris, que serpea entre el verdor del llano;
en el plafón azul tiembla un lucero,
como tu ensueño en el profundo arcano.

Oh, pensativa y silenciosa hermana,
mística rosa que el perfume esconde
de la piedad, que es algo de infinito.

Tú, como una ideal samaritana
vas a la fuente del amor, en donde
se llenará tu cántaro bendito.

PASCUAL GUERRERO.

Joven poeta cubano cuya inspiración tiene forma elegante y delicada, según puede apreciarse en estas cuatro poesías inéditas que nos remite desde Santiago de Cuba, donde reside, y que en breve aparecerán en su libro de versos *En silencio*, prologado por el Dr. Max. Henríquez Ureña, nuestro compañero en *CUBA CONTEMPORÁNEA*. El señor Guerrero, oriundo de Colombia, es actualmente Secretario del Ateneo de la ciudad oriental y ha sido laureado varias veces en los juegos florales que la Asociación de la Prensa de Oriente organizó en años anteriores con el objeto de recaudar fondos para erigir una estatua al egregio cantor del Niágara.

LA VIDA RURAL

(DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS, DR. JUAN SANTOS FERNÁNDEZ, EN LA SESIÓN SOLEMNE DEL 19 DE MAYO DE 1915.)

Señor Presidente de la República; señores académicos; señoras y señores:



EN una sesión solemne de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales, en que se conmemora el aniversario de su fundación y se evoca el recuerdo del que la creara, el benemérito patricio Dr. Nicolás J. Gutiérrez, parecerá tal vez inoportuno tratar del cultivo de los campos, porque dado el concepto equivocado que del particular se ha tenido, equivale a ocuparse en asunto trivial y tosco, reservado de antiguo exclusivamente al rudo labriego que con aperos primitivos e imperfectos tenía que luchar contra la intemperie y la resistencia que opone la naturaleza a dejarse domeñar o gobernar por la mano del hombre civilizado.

Aunque nos han atraído siempre las plumas que en sonoros versos, imitando a Virgilio, han pintado los encantos de la vida pastoril y las bellezas de la campiña, rica en dones, confesamos que habiendo permanecido en el campo hasta la adolescencia, si bien desde luego no en calidad de labriego, pero lo suficientemente cerca de éste para conocer sus deadichas y observar la práctica de sus faenas, convenimos en que tal como viven nuestros campesinos, y pudiera decirse todavía los de todas partes, salvo excepciones, no es el campo el edén que nos pintan los poetas, donde se desliza la vida arrullada por los trinos de los pajarillos y endulzados los labios por la miel que espontáneamente prestan blancos panales, sino a veces la reunión de todas las necesidades y molestias imaginables.

El aislamiento en que forzosamente se vive en el campo, lejos de atraer, provoca una justa repulsión por la tristeza que despierta y el peligro que implica; pero cuando se le haya despojado de estos inconvenientes (lo que no es imposible), cuando las Ciencias le presten la ayuda que han prestado a tantas industrias antes no sólo incómodas, sino hasta mortíferas, el campo será preferido mil veces a los grandes centros de población, a las grandes ciudades en que, sin señalar otros inconvenientes, se aspira un aire impuro; porque si bien la moderna higiene tiende a aminorarlos cada día, no puede conseguir de modo perfecto que en el espacio ocupado por medio millón de seres en acción constante, el ambiente sea igual que el aspirado en análoga área de terreno ocupado sólo por un centenar de almas, aun cuando en uno y en otro lugar presida el total o relativo *confort* a que ha de aspirar el hombre civilizado.

Este sentir, que obedece a convicciones más de una vez dadas a conocer (1), por motivos que apuntaremos más adelante ha despertado en nosotros la esperanza de que no sea un sueño optimista el hecho de que nuestros compatriotas acepten con agrado la vida rural que en tiempos no remotos les atraía, puesto que un país como los Estados Unidos, cuyo clima debiera ser más refractario a esta tendencia por lo rudos inviernos que allí se sufren, la proclama como indispensable para evitar determinados inconvenientes de la existencia en los grandes centros de población.

En efecto, en los Estados Unidos, país de grandes iniciativas y de perfecto equilibrio mental, han ideado recientemente lo que se designa con el nombre de *Forward to the Land*, cuyo fin es contribuir a resolver el problema de la excesiva acumulación de personas en las ciudades. Para conseguirlo se trata de fomentar la pequeña propiedad rural, llevando a los campos inmigración urbana: "juntar el hombre, la tierra y el dinero, para comprar ésta", ha dicho uno de los organizadores del proyecto.

(1) Discurso en representación de la Academia de Ciencias, el 1.º de enero de 1911, al inaugurarse la estatua que se levantó al Dr. Joaquín Albarrán en el pueblo de su nacimiento [Sagua la Grande].—*Anales de la Academia*, t. XLVIII, pág. 244.

No nos extrañaría que asomase a los labios de alguno de los que han padecido la vida del campo como es actualmente, o que la conocen lo suficiente para detestarla, una irónica sonrisa que podría traducirse por la frase: ¡Quiere Ud. cambiarse, atribuída entre nosotros a un desventurado hijo del que fué Celeste Imperio, quien a punto de ser ejecutado la dijo al sacerdote que lo auxiliaba y lo inducía al arrepentimiento de sus pecados a fin de que alcanzase seguramente perdón de ellos y la vida eterna, que el ministro de Dios santamente le envidiaba y el sentenciado no llegaba a comprender.

Es esa, desde luego, la sonrisa obligada que provoca todo lo difícil, lo que parece imposible; la misma que se advertiría en quienes oían antes del siglo actual asegurar a alguien que era posible surcar el espacio como el ave, sin que ocurriese lo sucedido a Icaro en su pretensión de escapar por los aires del laberinto de Creta. Y no obstante, tres lustros después de haber realizado esta loca tentativa los hermanos norteamericanos Wright (Wilbur y Orville), son ya legiones las máquinas que cruzan el espacio con la rapidez que el pájaro lo ha venido haciendo. En los comienzos, el descubrimiento sólo sirvió de espectáculo tan maravilloso como audaz; pero sin ninguna aplicación útil capaz de justificar el peligro que se corría; y hoy, al estallar la más formidable y desatentada de las guerras conocidas, el avión constituye un elemento de gran valor, si no como medio destructivo—que lo es también—, cual recurso ciertamente irremplazable para la exploración de los campos de batalla, lo cual facilita de manera sorprendente el avance de los cuerpos armados, hasta ahora cohibidos o inciertos, y la dirección atinada de los enormes proyectiles que llevan la destrucción segura a la larga distancia de seis y diez kilómetros, donde no llega la vista ni ayudada por los recursos de la óptica, y a través de montañas y de obstáculos antes invencibles o infranqueables.

Los que, como nosotros, pasamos la adolescencia casi en el campo, y por lo tanto nos perjudicamos hasta cierto punto por la carencia de elementos de cultura, ganamos, no obstante, indiscutiblemente en vigor físico, que nos ha permitido resistir heroicamente después la vida antihigiénica a que nos hemos expuesto para satisfacer las ansias de progreso en todas

las manifestaciones de la ciencia y en el desempeño vigoroso de una vida profesional activa, incesante y prolongada.

A pesar del aislamiento en que vivimos no pocos años antes de ingresar en un notable colegio de la capital, donde conocimos a gran número de los que han brillado más tarde por sus méritos en las distintas ramas del saber humano, *sourie*, sin embargo, en nuestra memoria la belleza de la campiña y nos hace evocar los versos de uno de nuestros poetas, que la describe a maravilla (2); pero no incurriremos en la falta de leerlos, por mucho que valgan, porque—repetimos—no nos mueve la fantasía al ocuparnos del campo, sino que perseguimos ideales prácticos de acuerdo con la vida moderna y en consonancia con las ciencias y con los progresos de éstas, respecto al cultivo de las tierras.

En un reciente informe de la Secretaría de Agricultura de los Estados Unidos, se dice que a pesar de los esfuerzos realizados todavía pierden los agricultores diez millones de pesos diariamente, debido al cultivo anticientífico de las tierras.

El adelanto en esta materia se destaca en un sencillo episodio de nuestra vida de colegial. Estábamos de vacaciones y nos entreteníamos, sin darnos cuenta, con otros de nuestra edad, en destruir los sembrados corriendo a caballo por ellos. Nuestro padre no halló otro medio más oportuno de que conociéramos el daño que habíamos hecho, que el de entregarnos a unos gañanes próximos para que nos hiciesen manejar el arado romano o criollo que entonces se usaba. Lo hicimos por pocas horas,

(2)

RECUERDO DE LA INFANCIA

Por Joaquín L. Luaces.

Estos los campos son donde corría
hollando flores de exquisita esencia;
este monte que forma una eminencia
me vió cuando al insecto perseguía.

Este maney sus frutos ofrecía
a mi pueril y cándida impaciencia,
y en campestre y feliz independencia
miré en su tronco reflejarse el día.

Bajo aquel techo de sonante gusano
me inspiré Rosa mi primer cariño
medio rústico y medio cortesano...

¡Oh campos, al mirar tan verde aliño
el joven corazón me late ufano!

¡Hombre os bendice el que os amaba niño!

las suficientes para persuadirnos de la dura labor que representaba; cuando hoy, con el arado de vertederas y el arado de disco, el autoarado movido por el vapor o la electricidad, ni trabajan los bueyes, ni el hombre, sino la máquina. Y por este tenor pudiéramos añadir ejemplos para demostrar que si la agricultura que se practica en general, no fuera la primitiva de los primeros moradores del planeta, su ejercicio no sería tan temido y sus resultados serían más productivos, aunque lo son sin embargo todavía.

La Liga Nacional ideada en los Estados Unidos, y que, como hemos dicho, se designa con el nombre de *Forward to the Land*, es de iniciativa particular, como la mayor parte de lo que se emprende allí; bien es verdad que se trata de una nación de más de cien millones de habitantes y nosotros apenas si poseemos dos y medio, el dos y medio por ciento de la población de ese gran país. No obstante esto, no debemos arredrarnos; tendremos la ventaja de aprender en lo grande lo que debemos hacer en lo pequeño, recordando, además, igualmente, que alguien ha dicho que la nación, así como los individuos, no deben ser juzgados por su tamaño, sino por la actividad que desarrollan. Buen ejemplo tenemos en la montañosa, fría y árida Suiza, en la pantanosa Holanda, en la admirable Bélgica, desgraciadamente destrozada; y sin salir de nuestro suelo, en la Isla de Pinos, antes conocida sólo por sus aguas salutíferas y cuyos terrenos, al decir de nuestros campesinos, sólo servían para sembrar alambres—por lo estériles. Hoy, a virtud de un trabajo agrícola intensivo, la pequeña isla, que fué un día remoto el presidio titulado de la Reina Amalia, está convertida en un edén y sus campos, cultivados de modo científico, producen los frutos más hermosos que pueden obtenerse, entre éstos las piñas y las naranjas.

Ya hace tiempo que Mr. G. Ville proclamó como principio absoluto que no hay suelo estéril, y desde este momento justamente se consideró a la Agricultura como ciencia. En España existen terrenos considerados improductivos, que durante la dominación de los árabes parecían verdaderos paraísos.

En esta obra de regeneración de nuestra agricultura hay que proceder con tino; hay que realizar, como lo intenta nuestro actual Secretario de Agricultura, el servicio de vulgarización agrí-

cola, pues el desencanto de quienes se dedican al cultivo del campo, obedece las más de las veces a la mala fe de los que se erigen en protectores, o a la ignorancia crasa de quienes aspiran a ser agricultores sin preparación de ningún género para ello. De los primeros no aduciremos ningún ejemplo, porque son numerosos y sobre este punto dirige la Liga Americana su preferente atención. Respecto de los segundos, referiremos un hecho que parece imposible. Un buen señor que jamás había estado en el campo, quiso convertirse, sin preparación ni consejo, en agrario; al efecto mandó comprar un terreno junto a una línea férrea, y antes de terminada la casa que hiciera construir, el administrador de la empresa ferroviaria detuvo el tren junto a la casa por terminar y trató de comprarle, y le compró más tarde, la piedra abundante allí de tal manera, que llamó su atención desde el primer momento y no imaginó que nadie intentase sembrar allí nada, pues en realidad no había tierra en que efectuarlo. El improvisado agricultor tuvo con tal motivo una renta por la extracción del material para el ferrocarril, escapando de una ruina cierta, pues por su falta de competencia no hubiera obtenido lo que alcanzó otro agricultor inteligente en un terreno que se consideraba imposible para explotación agrícola. Este, que conocía la materia, retiró la piedra y de ella obtuvo lucro, y después preparó el terreno conforme a los progresos de la agricultura, convirtiéndolo en un campo muy productivo.

Sería largo enumerar éste y otros hechos que alejan a los ineptos de buscar en el cultivo de las tierras un beneficio real en vez del mezquino que se persigue en los centros de población, donde los adinerados pueden vencer todas las dificultades, pero quienes carecen de recursos no. Los primeros sacarían a su capital mayor rendimiento y podrían vivir en mejores condiciones, si el campo estuviese dispuesto de modo que la inversión de sus fortunas y su propia persona estuviesen más garantidos de lo que lo están en general.

No faltará quien nos arguya: ¿Y esto que tiene que ver con la ciencia? Y la pregunta no nos sorprenderá. Toda la vida se ha creído que la Agricultura no es una ciencia; que basta tener las cuatro extremidades libres o sanas, aunque se carezca de entendimiento, para emprender en aquélla. Tal es el resultado;

pues aun los que suelen prosperar, lo hacen no pocas veces en virtud de causas fortuitas o dejando de ganar otro tanto de lo que han ganado, si hubiesen procedido conforme a la ciencia. Por suerte el error se va desvaneciendo cada día en los países más adelantados; y así como ocurrió en los más atrasados: que la escuela para el niño no era una necesidad y hoy es el primer cuidado de todo Gobierno conseguir que no haya analfabetos, llegará un día en que se generalice lo que ya está indicado: que el niño no sólo aprenda a leer en las escuelas, sino que se le hable de la agricultura que se le ha de enseñar más tarde prácticamente en las escuelas especiales. La moral, la patria y la agricultura, es preciso hacerlas querer desde la escuela, para que si el niño no tiene bienes de fortuna, aprenda de asuntos agrarios en las granjas agrícolas del Estado al servicio de las Escuelas Normales; y si es rico, se instruya después en los colegios bien establecidos al efecto, y hasta en la misma Universidad, creando en el hombre el convencimiento de que podrá ser mañana abogado, médico, farmacéutico, ingeniero, sacerdote, literato, etc., etc., pero que no debe desconocer siquiera sea en sus rudimentos, si no puede llegar a más, que el cultivo de la madre tierra nos suministra como a hijos con prodigalidad sus tesoros, sin necesidad de recurrir a la relativa expoliación que se desprende de todas las carreras. Salvo excepciones, para que se gane es necesario que otro sufra o pierda, y, por último, el final de todas las ocupaciones del hombre ha de ser el ahorro, cuando han sido bien dirigidas o afortunadas; y este ahorro estará garantido en el campo, cuando el cultivo de él no obedezca al azar, sino que esté reglamentado y dirigido como puede estarlo un Banco o cualquiera casa de comercio. Y las ciencias tienen que intervenir en esta reforma de la agricultura o de la vida del campo, porque todas ellas le prestan su concurso. En el adelanto a que han llegado, descansará el intento de mejorar lo que, desde que el mundo es mundo, ha sido siempre rutinario y por ello es rudo, brusco y hasta desaseado y doloroso, cuando no debiera ser así, rigurosamente estudiado y medido.

Es necesario infundir en el espíritu del pueblo lo que es bien conocido de los estadistas: que las naciones son tanto más ricas y prósperas cuanto más cultivados estén sus campos y los produc-

tos de éstos contribuyan a su prosperidad; y esta otra verdad inconcusa: que el decaimiento de las naciones es inevitable cuando no han sabido en sus prácticas agrícolas mantener la fertilidad del suelo. Nadie debe poseer más cantidad de tierra que la que pueda labrar. Hace muchos años que proclamó esta verdad el Sr. Conte (padre), notable autonomista cubano, en la Sociedad Económica de Amigos del País de la Habana. Posteriormente ha sustentado lo mismo el Sr. Gastón Mora, quien señalaba el peligro de que Cuba cayese en los latifundios que perdieron a Roma cuando unos pocos propietarios eran los dueños de todas sus tierras, a pesar de la imprecación de Plinio el Joven: *Latifundia perdidere Italiam*.

El rey actual de Serbia, Pedro I, de ese país heroico defensor del pedazo de tierra que cultiva y del cual vive, compró a los señores feudales de Turquía las tierras que poseían y las distribuyó de tal modo, que de los trescientos mil acres constitutivos del núcleo a repartir, más de la mitad está en porciones de diez acres y sólo tres personas poseen quinientos acres. Lo contrario ocurre en Hungría, la monarquía subyugada por Austria, cuyo territorio de muchos miles de kilómetros cuadrados pertenece a cuatro señores. Hasta los socialistas han empezado a suavizar su criterio opuesto a la propiedad privada de la tierra, haciendo excepciones en favor de la pequeña propiedad; y aun cuando esto es una verdad reconocida, el amor al lucro nos ha enfrascado en los grandes centrales cuyas tierras no nos pertenecen. El patriotismo puede hacer mucho todavía en favor de la pequeña propiedad, de acuerdo con los grandes centrales, pues la fábrica, la industria, podría ser de capital extranjero, limitándose así los *sindicatos de no residentes*, según la ya célebre frase de Varona, quien está por la *pequeña propiedad agrícola* o el *Homestead* propuesto por la Liga Agraria.

Nuestro país, por la feracidad de su suelo y su situación geográfica, está llamado a sorprender con una producción gigantesca, si se logra despertar en sus moradores, sobre todo en la nueva generación que nos sustituirá, el amor puro a la campiña, el convencimiento de que en ella se encontrará la salud, el suspirado lucro y la justa recompensa a la labor honrada en la agricultura, cuando se desarrolle ésta bajo la égida de las ciencias y

merezca la protección del Estado, que con gran acierto rebaja las tarifas ferrocarrileras y ayer reglamentó las cotizaciones del azúcar y después obtuvo la reducción de los fletes. A su vez, la República hallará en el progreso de la Agricultura los recursos para el sostenimiento de sus múltiples y elevadas atenciones.

Ya lo dijo Roosevelt hace algunos años en su discurso de la Exposición de San Luis, Missouri, refiriéndose a su país, que, como hemos dicho ya, es uno de los pocos en donde los Gobiernos se preocupan de la Agricultura como base de segura prosperidad, abaratando los ferrocarriles y multiplicando las carreteras y cuantas vías de comunicación puedan imaginarse. Estas fueron sus palabras: "Mientras los campos no merezcan la preferente atención de los Gobiernos, mientras sean lugares de desolación mental, no podemos esperar que nuestros jóvenes más animosos abandonen las ciudades."

Como observa nuestro inteligente agrónomo el señor Comallonga, se trata de simplificar y hacer más eficaz la obra agrícola con los modernos aparatos, y se llega a lo que no se pensó: a arar una caballería en diez veces menos tiempo que antes, sin fatigarse y sin emplear animales de tiro; a sembrar mejor y con menos costo que antes, y a recoger la cosecha rápidamente; pero estamos lejos todavía del verdadero ideal que arrastre a la juventud hacia lo que constituye una ventaja y no un peligro o una desilusión.

En la zafra pasada, como se sabe, hemos producido 2.428,537 toneladas de azúcar o 16.999,760 sacos, equivalentes a 194.282,960 arrobas. Calculando un rendimiento medio de 10% de extracción, se necesitarían, para la fabricación de estas toneladas de azúcar, 1,942.829,600 arrobas de caña; y calculando una producción media de 50,000 arrobas por caballería, se deduce de nuestros datos anteriores que el área sembrada de caña actualmente asciende próximamente a 38,856 caballerías, es decir, representa sólo el 4% de la superficie total de nuestra República. Ahora bien; como en tesis general puede asegurarse que el cultivo de la caña en Cuba no ha alcanzado el progreso obtenido en otros países, a pesar de los esfuerzos realizados, podemos decir que nuestra mejor producción agrícola está aún muy lejos de desper-

tar el interés general necesario para concentrar en ella el mayor esfuerzo posible.

Cuando esté resuelta la manera de mejorar la vida rural y sea una utilidad manifiesta y una comodidad laborar en el campo, porque en él se encuentra el medio más seguro de prosperar, el problema de la emigración estará resuelto dentro de nuestras fronteras, sin necesidad de pedir el auxilio ajeno para el engrandecimiento de la población.

Los elementos para el aumento de ésta se hallarían aquí, en las mismas ciudades y villas congestionadas de hombres que han huído de la vida rural por su crudeza, por su escasez de atractivos y hasta de lucro fácil, viéndose obligados a vegetar miserablemente en la urbe, a virtud de mezquinos sueldos, limitados jornales, y fuera de la atmósfera pura en que nacieron y se criaron. Cuando esto ocurra, habrá que repetir aquel concepto del Dr. Enrique Núñez al referirse a la obligación de evitar la mortalidad infantil para no necesitar de la inmigración: al inaugurarse el Tercer Congreso Médico Nacional Cubano, dijo: "Más conviene a la seguridad y bienestar de la República conservar hijos que la amen, que atraer extraños que la sirvan"; y nosotros, parodiándolo, pudiéramos decir: Conservar los que tenemos, atrayéndolos a las labores rurales que muchos ya conocían, antes que buscar mercenarios para éstas.

El cultivo de la tierra, hemos dicho en otra ocasión, estrecha los vínculos del afecto entre los hombres a tal grado, que hemos llegado a creer que si los conquistadores de la América, sobre todo de la española, se hubieran establecido con sus familias en el campo (que no lo hicieron—por la inclemencia del clima—sino en los pueblos o ciudades, como lo hacen los hebreos en general), la independencia, que es cosa forzosa, se hubiera verificado sin derramamiento de sangre, porque hubiera partido del campo el movimiento y en él estaban todos identificados; y no como ha ocurrido, que el cultivador de la tierra ha sido el del país, el indígena o el esclavo, estableciéndose una línea divisoria entre los ciudadanos, la cual después de la independencia se mantiene todavía, aunque velada, y dificulta el libre desenvolvimiento de los sucesos.

Si fijáis vuestra atención en nuestras palabras, advertireis

que esta Academia, consagrada a las Ciencias Médicas, Físicas y Naturales, tiene por objeto el estudio de un número de conocimientos humanos que se completan los unos a los otros de modo perfecto, y en tal virtud nos hemos permitido poner sobre el tapete el tema que más interesa a la República, pues nos atrevemos a sostener que no hay ninguno que le supere, porque constituye su riqueza y su bienestar. Justo es confesar, por lo tanto, que nuestros antepasados, los que hace más de media centuria y teniendo a la cabeza al benemérito Nicolás José Gutiérrez fundaron esta institución, procedieron con un tino tal, que al través del tiempo y del progreso realizado no podemos dejar de admirar y nos llena de justo orgullo.

Crearon una corporación que resistió en sus comienzos, como después, a las impurezas de que está impregnado siempre el ambiente de los países jóvenes, de población heterogénea y educados en el lucro de las aventuras y en el cálculo exclusivo del provecho material, sin levantar la vista del suelo para fijarla en las alturas en que se cierne la visión clara del perfeccionamiento social. ¡Loor a los que fueron y hoy veneramos al través de las borrascas sufridas, porque con santa unción se interesaron por todo lo que significaba el bien de la patria, sin excluir la Agricultura, como se puede comprobar en sus *Anales!*

Si el fundador y los que le ayudaron y fueron sus continuadores ya desaparecidos, realizaron obra tan desinteresada y noble al crear en tiempos pasados esta Academia, merecen también nuestros plácemes y nuestro reconocimiento quienes en la hora actual han procurado que no desapareciera este monumento que nuestros mayores levantaron a la cultura patria y que ha estado a punto de desaparecer.

Hace dos años, al celebrarse la anterior sesión solemne, el acceso a este salón era poco menos que imposible y hasta cierto punto peligroso. La obra iniciada dos años antes, se había suspendido, o, mejor dicho, abandonado, y amenazaba destruirse y arrastrar en su caída lo hecho por el primer Gobierno Interventor, gracias a la solicitud del General Wood, que antes que militar fué médico y tuvo a bien prestar este servicio a las ciencias, cuyos cultivadores no han podido olvidarlo ni lo olvidarán nunca.

A pesar de que el edificio no estaba en condiciones para celebrar en él una sesión de este género, invitamos a ella al primer magistrado de la República, a quien hoy nos preside, al General Menocal, y oportunamente le llamamos la atención acerca del estado precario que atravesábamos. Al salir nos prometió que lo corregiría, y no necesitamos decir que lo hizo, porque desde que se pasa el umbral no se advierten ruinas y el aspecto hermoso del edificio lo pregona por sí solo.

Es frecuente ver que los miembros de una institución, al ocupar un puesto oficial, y mucho más si éste es de los más elevados, se olvidan de que a ella pertenecen y por ella deben velar; pero no ha ocurrido esto con el Dr. Enrique Núñez, Secretario de Sanidad y Beneficencia y miembro de la Academia, a quien un día nos dirigimos en súplica de que nos ayudase para terminar los trabajos que faltaban. Pronto llevó al Consejo de Secretarios la solicitud y ésta fué seguida de un decreto presidencial favorable, en virtud del cual las obras se han terminado en su mayor parte.

Nos es honroso consignar, además, que el crédito fué entregado íntegro a la corporación, y ésta, sirviéndose de los peritos que tiene en su seno, está llenando su cometido.

No es ciertamente la alta jerarquía del primer magistrado de la República la que nos ha movido a reconocer sus méritos, sino su demostrado esfuerzo en pro del progreso; del mismo modo que no nos ha guiado respecto del colega el compañerismo, ni mucho menos nos hubiera cohibido la pena del bien ajeno, como ocurre a menudo.

En nombre de la Academia, pues, nos complacemos en dar públicamente las gracias al primer magistrado de la República por su protección a las Ciencias, y al compañero miembro de esta Academia por su lealtad hacia la institución que ha contribuido a su merecido concepto científico.

Señores: la Academia no ha censurado a quienes la han olvidado; pero entiende que es un deber de justicia hacer conocer a los que con patrióticos fines han prestado a las Ciencias honrosa y desinteresada protección.

BIBLIOGRAFÍA (*)

Nociones de Literatura General, por Alejandro Andrade Coello, Miembro Correspondiente de la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias y Artes de Cádiz y del Ateneo de El Salvador. 2.^a edición completamente refundida. (Texto premiado por el H. Consejo Superior de Instrucción Pública.) Quito, Ecuador, Imprenta y Encuadernación Nacionales, 1914. 8.^o, 530 p.

La enseñanza de la literatura sigue hoy rumbos nuevos. La tradicional retórica o preceptiva literaria tiende a desaparecer, y un método racional de investigación y de análisis de las formas literarias le sustituye. Cada día caen en mayor desuso las viejas reglas, arbitrarias y fatigosas, y las clasificaciones caprichosas y complicadas de figuras retóricas, con nombres numerosos y difíciles de retener en la memoria. Ni esas reglas ni esa nomenclatura variadísima han formado nunca escritores.

El libro que ha publicado el señor Andrade Coello, escritor ecuatoriano de labor fecunda y brillante, se basa, desgraciadamente, en la tradicional retórica o preceptiva literaria. Loable afán de innovar y de no estancarse en los viejos moldes se advierte en el autor. No rechaza corrientes ni tendencias, por modernas que sean, pero ha conservado ciertas clasificaciones y enumeraciones anticuadas, quizás por no atreverse a romper por completo con la tradición.

Bastante ha hecho, sin embargo, dentro de esos moldes, y él mismo afirma, por eso, que ha "innovado el rutinario aprendizaje de Retórica y Poé-

(*) Debemos recordar que en esta sección serán analizadas, únicamente, aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores; de las que recibamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

tica, suprimiendo un fárrago de antiguallas inútiles y fatigosas para quien se consagra a estas disciplinas”.

Emilio Bacardí Moreau. *Vía Crucis*. Primera parte: *Páginas de ayer*. [Segunda parte: *Magdalena*.] Barcelona, Imprenta de la Viuda de Luis Tasso, Arco del Teatro, 21 y 23. 1914. 8.º, 475 p. y un grabado.

Hace pocos años, en 1910, publicó el señor Bacardí, en Santiago de Cuba, la primera parte de esta obra. Las celebraciones que alcanzó *Páginas de ayer*, que así se intitula esa primera parte, han movido sin duda a su autor a no retardar por más tiempo la publicación de *Magdalena*, la segunda parte. *Vía Crucis* sale ahora de las prensas completa, en un solo y nutrido volumen.

No cabe en estas notas bibliográficas, que por fuerza han de ser breves, hacer una crítica de la obra, pero sí formular la afirmación de que *Vía Crucis* es una de las novelas más interesantes y dignas de atención que se han escrito en Cuba en todo tiempo.

La pluma autorizada de Raimundo Cabrera ha dicho ya que el asunto de esta obra es “genuinamente cubano y puede parangonarse por su mérito, su estilo y enseñanzas, con la célebre *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde”.

La comparación no puede ser más atinada, por la estrecha semejanza que en cuestión de procedimientos e ideales se advierte en ambas novelas. El mismo calor de realidad anima las páginas de una y otra; la manera de destacar, firmemente, tipos y paisajes, es la misma; el ideal nacional, unido al de la abolición de la esclavitud, late en ambas; la época en que se desarrollan las dos es también la misma, con poca diferencia de años. Por último, tanto Villaverde como Bacardí afectan algún desdén—cosa sensible—por los acicalamientos de la forma, lo cual hace que en uno y otro se encuentre cierta semejanza de estilo.

La sola comparación con la célebre obra de Villaverde, indica a todas luces la alta significación que debe tener *Vía Crucis* para los cubanos. No son muchas las novelas que en Cuba se han escrito con ese vigor descriptivo de la vida y de las costumbres. En *Páginas de ayer* se encuentran algunas de las descripciones más acabadas que se han hecho de la época de la esclavitud.

La obra de Bacardí es de suma importancia, no sólo literariamente, sino también desde el punto de vista nacional: en esa obra late el ideal cubano con vívidos y puros fulgores; ese ideal que Bacardí no sólo ha sabido defender en épocas azarosas y sombrías, sino que también ha sabido sostener inmaculado en la hora presente, difundiendo su luz en obras de bien y de abnegado patriotismo.

Antonio S. de Bustamante y Sirvén. *Discursos*. Imprenta *El Siglo XX*, de Aurelio Miranda, Teniente Rey 27, [Habana, 1915.] 8.º, tomo I, 236 p.; tomo II, 230 p.

El insigne orador Dr. Antonio Sánchez de Bustamante, catedrático de la Universidad de la Habana, ha comenzado a publicar sus discursos reunidos en volúmenes. La obra constará, probablemente, de diez o doce tomos.

Los dos primeros, que acaban de salir a luz, contienen algunos discursos de ocasión, otros de índole forense, y de carácter académico los más. La variada personalidad del doctor Sánchez de Bustamante sobresale en algunos de sus aspectos más importantes. Como jurisconsulto, son admirables la precisión de su razonamiento y la elevación de sus doctrinas. Como literato, encantan la pureza y elegancia de su frase y la sagacidad de sus observaciones.

Otra faz, importantísima, del doctor Sánchez de Bustamante, nos será presentada en futuros volúmenes: la del orador parlamentario. Algunos discursos suyos señalan época en la vida parlamentaria cubana. La argumentación decisiva y la elocuencia convincente del ilustre tribuno, han dado siempre el triunfo, en estas batallas parlamentarias, a las causas que él ha abrazado con gran calor.

El doctor Sánchez de Bustamante es, ante todo y sobre todo, un orador, un gran orador. Tiene el arte excepcional de ser elocuente en fuerza de precisión y exactitud. Huye del detalle prolijo: es conciso, claro, y siempre dice lo que quiere decir. No dice más, pero tampoco dice menos.

Su verbo alcanza a menudo la cumbre de lo sublime. Es imposible superar a veces la grandilocuencia de sus períodos. Por eso el voto unánime de sus compatriotas le asigna puesto preeminente entre los oradores cubanos de la hora actual.

El doctor Sánchez de Bustamante, recogiendo en volúmenes su labor de toda la vida, rinde un incalculable servicio a la bibliografía cubana.

Manuel G. Prada. *Exóticas*. Lima, Tipografía de *El Lucero*, Baquijano, 767. 8.º, 164-IV p.

Este libro admirable, en el cual se revela una doble personalidad de sabio y de poeta, tiene legítima importancia no sólo desde el punto de vista del verso—que en él esplende fúlgido, fúido y elegante—, sino también desde el punto de vista de la versificación, que el autor maneja con habilidad innegable.

En unas breves notas, al final del libro, el autor expone algunos conceptos muy dignos de tenerse en cuenta en materia de versificación castellana. Estudia el señor González Prada el isocronismo silábico castellano, por lo cual la diferencia entre un verso y otro se basa en el acento y no en el número de sílabas. Versos de igual número de sílabas, en efecto, pueden ser totalmente diferentes e inconciliables. "No poseemos *Métrica* sino *Rítmica*",

proclama el autor de *Esótricas*. Y agrega: "En nuestra lengua fracasaron las tentativas de aclimatar el exámetro, por una sola causa: los aclimatadores no se cuidaron mucho de la acentuación, llegando al extremo de escribir composiciones dignas de equipararse con el amorfo Poema del Cid y la Adoración de los Reyes. Calcan el verso libre de Gustave Kahn, de Emile Verhaeren y de Francis Vielé Griffin, olvidando que el ritmo de la poesía francesa no es acentual, ni puede servirnos de modelo sin contrariar la índole de nuestro idioma."

Hay que observar, sin embargo, que en estos últimos años (el señor Prada escribía en 1911) se han hecho ensayos muy felices del exámetro castellano, según hice notar en mis *Estudios de versificación* publicados en *OUSA CONTEMPORÁNEA* (octubre de 1913).

El señor González Prada sustituye los pies con los elementos rítmicos. Llama elemento rítmico a una sílaba acentuada o tónica, seguida o precedida de sílabas no acentuadas o átonas. Si la tónica precede, hay elemento rítmico descendente (Lí-ra.—Cán-di-do.—Prés-ta-me-la.); si lo contrario, hay elemento rítmico ascendente (Mu-jér.—I-lu-sión.—In-sen-sa-tés.). En suma, con los órdenes ascendente y descendente, tenemos dos elementos "binarios", dos elementos "ternarios" y dos elementos "cuaternarios". Los quinarios, sextarios, etc., entran como elementos disonantes.

Después divide el señor González Prada el ritmo: es perfecto, proporcional, mixto o disonante. En el perfecto se repite el mismo elemento rítmico, de principio a fin. En el proporcional, se suceden y alternan *ad libitum* los elementos binarios y cuaternarios, con exclusión de los demás. En el mixto, se combinan dos o más ritmos de una clase con dos o más de otra. En el disonante, una serie del mismo elemento va precedida, cortada o rematada por un elemento diferente, produciéndose una disonancia inicial, intermedia o final. Como se ve, en una sucesión rítmica hay que atender al elemento rítmico inicial.

La teoría rítmica del señor González Prada es muy importante. Además, en *Esótricas* y en otro libro cuyo título es *Minúsculas*, que también he recibido, se revela un excelente poeta.

MAX HENRÍQUEZ UREÑA.

NOTAS EDITORIALES

NIEVES XENES

En el silencio, en la sombra, y en realidad casi desconocida para no pocas, ha muerto el 8 de julio último una figura principal de las letras cubanas en el campo de la poesía: Nieves Xenes. Reveló sus altas dotes de poeta hace años, en la revista *La Habana Elegante* que dirigió Enrique Hernández Miyares, desaparecido también no ha mucho; publicó después en otros periódicos algunas vibrantes composiciones donde palpitaba principalmente una intensa pasión amorosa no satisfecha, y enmudeció, dejó de producir, a pesar de que fué celebrada por la crítica de su tiempo como en realidad lo merecía, y sin que fueran bastante a sacarla de su silencio ni los ruegos de sus admiradoras, ni su merecido nombramiento de Miembro de Número de la Academia Nacional de Artes y Letras. Esta corporación, como acaba de hacer con las producciones de Jesús Castellanos y de Hernández Miyares, que a ella pertenecieron, recogerá sin duda en volumen los cálidos versos y la bella prosa de la cantora de *Otoño* y *Una confesión*. Las revistas *El Fígaro* y *Letras* guardan en sus páginas no pocas composiciones de Nieves Xenes, y en el libro *Arpas Cubanas* figuran, además de *Otoño*, las tituladas *El poeta ebrio*, *Margarita*, *Primaveral*, *Blanca García Montes* y *Rima*.

CUBA CONTEMPORÁNEA deplora la pérdida inesperada de la notable poetisa, pérdida en verdad grande para las letras patrias, y en estas líneas rinde a su memoria un recuerdo afectuoso. La muerte fué tal vez liberación para Nieves Xenes, porque la amargura rebosaba en sus obras y ella dijo de sí que no se reconocía

En la mujer de penas abrumada
que arrastra fatigada
la insoportable carga de la vida!

NOTICIAS

Nuevo libro de Márquez Sterling.

Está terminándose la impresión de un nuevo libro del notable periodista Manuel Márquez Sterling, ex Director del diario *Heraldo de Cuba* y ex Ministro de Cuba en Méjico, el cual contendrá el relato minucioso y verídico de lo por él visto en la capital asteca durante el período que culminó en la muerte alevosa de los señores Francisco I. Madero y J. M. Pino Suárez, Presidente y Vicepresidente de la República Mejicana, suceso en el que jugó muy principal y noble papel el señor Márquez Sterling, tratando de salvar la vida de ambos personajes. Será un libro de alto interés histórico.

Tres libros de Henríquez Ureña.

El Dr. Max Henríquez Ureña, Director del Ateneo de Santiago de Cuba y redactor de CUBA CONTEMPORÁNEA, publicará en breve dos nuevos libros: el primero, *Tres poetas de la Música*, contendrá sus conferencias sobre Chopin, Schumann y Grieg, y el segundo, titulado *Páginas Cubanas*, será una selección de sus principales trabajos relativos a figuras intelectuales de Cuba: José Martí, Enrique José Varona, Jesús Castellanos, Diego Vicente Tejera y otros, a los cuales añadirá varios extensos estudios. El producto neto de este último libro lo destina su autor a engrosar los fondos de la suscripción iniciada por CUBA CONTEMPORÁNEA para erigir en la Habana una estatua al gran cubano José Antonio Saco. Es un rasgo de encomiable desprendimiento, que añade una excelencia más a la obra de este literato.

La tercera obra que prepara es de gran valor, de indudable importancia y de tanta necesidad como utilidad: una biografía crítica de José Martí. El anuncio de este libro habrá de ser acogido con general aplauso, y el Dr. Henríquez Ureña merecerá la gratitud imperecedera de los cubanos por la pronta y acabada realización de esta loabilísima empresa.

Versos de Sánchez Galarraga.

Este joven e inspirado poeta, que tantos elogios ha recibido por sus bellos versos y por sus nobles empeños en pro del Teatro Cubano, prepara

su primer libro: un tomo de poesías que dentro de muy poco tiempo verá la luz pública. *La fuente matinal*, o como en definitiva lo titule su autor, será brillante exponente de una parte de su celebrada obra y sin duda un éxito literario.

“Patria”: semanario nacionalista.

En los primeros días de este mes aparecerá un nuevo periódico dirigido por el señor Antonio Iraizos, Director del diario *La Noche*. Será semanal, se titulará *Patria* y defenderá los ideales nacionalistas que el pueblo cubano no ha visto realizados en la medida de sus deseos. Se propone ser, como CUBA CONTEMPORÁNEA y en una forma más popular, expresión fiel de los sentimientos de la sociedad cubana; combatirá la ingerencia indebida de los extranjeros en nuestros asuntos públicos; luchará por lograr reformas necesarias en la legislación que nos rige y señalará todo aquello que deba desaparecer como consecuencia lógica de nuestro cambio de Colonia en República.

Teniendo aspiraciones semejantes, excusado es decir que CUBA CONTEMPORÁNEA ve con gran simpatía la fundación de *Patria* y hace votos por el triunfo de este nuevo órgano del pensamiento nacional, porque además de ser obra de juventud y de entusiasmo, será obra patriótica y útil si cumple sin desmayos sus propósitos.

Congreso de Bibliografía e Historia.

En 1916, y en homenaje a la jura de la Independencia Argentina, se celebrará en la ciudad de Buenos Aires un Congreso Americano de Bibliografía e Historia y una Exposición del Libro, que se realizará anexa al Congreso. La Asociación Nacional de Bibliotecas de la República Argentina ha tomado la iniciativa de ambos empeños, que contribuirán a hacer más firmes las relaciones intelectuales entre los pueblos de América y a intensificar el intercambio de libros, propendiendo así a una mejor apreciación del desarrollo del pensamiento americano. Las adhesiones y comunicaciones deben ser dirigidas al Dr. Nicanor Sarmiento, Presidente de la Comisión Ejecutiva (Avenida de Mayo, 715, Buenos Aires).

ÍNDICE DEL TOMO OCTAVO

(MAYO-AGOSTO, 1915)

POR MATERIAS

	<u>Páginas</u>
ALREDEDOR DE UN PROYECTO DE LEY.—R. Sarabasa.....	6
BIBLIOGRAFÍA.—MEX Enrique Ureña.....	390
Alejandro Andrade Coello.— <i>Nociones de Literatura General</i>	390
Emilio Bacardí Moreau.— <i>Via Crucis</i>	391
Antonio S. de Bustamante.— <i>Discursos</i>	392
Manuel G. Prada.— <i>Exóticas</i>	392
CUBA Y LOS ESTADOS UNIDOS.—José M. Cabarrocas.....	135
EL ALEJANDRINISMO DE GUILLERMO VALENCIA.—G. Porras Troconis..	251
¡EL EMPERADOR!...—Diego Carbonell.....	56
EL POEMA DE MARIEL.—(Poesía.)—Luis G. Urbina.....	129
EL PROBLEMA RELIGIOSO.—Carlos de Velasco.....	209
EN SILENCIO.—(Poesías.)—Pascual Guerrero.....	375
JOSÉ MARÍA HEREDIA.—José María Chacón y Calvo.....	154, 259
LA CRISIS DEL TESORO NACIONAL: SUS CAUSAS, SUS EFECTOS Y SUS REMEDIOS.—Mario Guiral Moreno.....	305
LA FIEBRE DEL ORO.—(Cuento.)—Ramiro J. Luga.....	88
LA INVIOLABILIDAD DEL CONTINENTE AMERICANO.—Santiago Pérez Triana	323
LA LECTURA POPULAR. CONVENIENCIA DE ESTIMULARLA, DEPURÁNDOLA. —Enrique Gay Calbó.....	240
LA POESÍA DE ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.—Pedro Henríquez Ureña.	164
LA VIDA NOBLE.—Mariano Aramburo.....	63
LA VIDA RURAL.—J. Santos Fernández.....	378
LOS ARGONAUTAS.—Jesús Castellanos.....	333
LOS EXTRANJEROS EN CUBA.—José Sixto de Sola.....	105
NOTAS EDITORIALES:	
<i>Contra las corridas de toros</i>	98
<i>Flores frescas en la tumba de Martí</i>	801
<i>La moneda cubana</i>	97

	<u>Páginas</u>
<i>La velada en memoria de José Enrique Montoro</i>	208
<i>Nieves Xenes</i>	304
<i>Triunfos de cubanos</i> (Romafnach, Fonst, Insúa y Hernández Catá).	303
<i>Weyler y el Ministro de Cuba en España</i>	299
NOTICIAS:	
<i>Congreso de Bibliografía e Historia</i>	396
<i>Nuevo libro de Márques Sterling</i>	395
<i>"Patria": semanario nacionalista</i>	396
<i>Tres libros de Henríquez Ureña</i>	395
<i>Versos de Sánchez Galarraga</i>	395
RAPABE M. MERCEÁN. —Juan M. Dihigo.....	21, 172
SIMÓN BOLÍVAR. —F. García Godoy.....	351
SITUACIÓN POLÍTICA, ECONÓMICA Y SOCIAL DE COLOMBIA, EN EL PERÍODO DE LAS NEGOCIACIONES CON LOS ESTADOS UNIDOS PARA LA CELEBRACIÓN DEL TRATADO DEL CANAL DE PANAMÁ. —Jacinto López.	224
SOBRE CANCELACIÓN DE UN PRÉSTAMO MUTUO CON GARANTÍA HIPOTECARIA, HECHA POR EL HEREDERO VOLUNTARIO. —Joaquín Fernández de Velasco.....	238
UN PORTA CUBANO CASI DESCONOCIDO: PEDRO ÁNGEL CASTELLÓN. —Aniceto Valdivia (<i>Conde Kostia</i>).....	365

POR AUTORES

ARAMBURU, Mariano.— <i>La vida noble</i>	63
CABARROCAS, José M.— <i>Cuba y los Estados Unidos</i>	135
CARBONELL, Diego.— <i>¡El Emperador!</i>	56
CASTELLANOS, Jesús.— <i>Los Argonautas</i>	338
CHAÓN Y CALVO, José María.— <i>José María Heredia</i>	154, 259
DIRIGO, Juan M.— <i>Rafael M. Merchán</i>	21, 172
FERNÁNDEZ DE VELASCO, Joaquín.— <i>Sobre cancelación de un préstamo mutuo con garantía hipotecaria, hecha por el heredero voluntario</i>	288
GARCÍA GODOY, F.— <i>Simón Bolívar</i>	351
GAY CALBÓ, Enrique.— <i>La lectura popular. Conveniencia de estimular- la, depurándola</i>	240
GUERRERO, Pascual.— <i>En silencio. (Poesías)</i>	375
GUIRAL MORENO, Mario.— <i>La crisis del Tesoro Nacional: Sus causas, sus efectos y sus remedios</i>	305
HENRÍQUEZ URRÍA, MAX.— <i>Bibliografía:</i>	
Alejandro Andrade Coello.— <i>Nociones de Literatura General</i>	390
Emilio Bacardí Moreau.— <i>Via Crucis</i>	391
Antonio S. de Bustamante.— <i>Discursos</i>	392
Manuel G. Prada.— <i>Exóticas</i>	392
HENRÍQUEZ URRÍA, Pedro.— <i>La poesía de Enrique González Martínez</i> ..	164
LA DIRECCIÓN.— <i>Notas Editoriales:</i>	
<i>Contra las corridas de toros</i>	98
<i>Flores frescas en la tumba de Martí</i>	301
<i>La moneda cubana</i>	97
<i>La volada en memoria de José Enrique Montoro</i>	208
<i>Nieves Xones</i>	394
<i>Triunfos de cubanos (Románach, Fonst, Inada y Hernández Catá)</i> ..	303
<i>Weyler y el Ministro de Cuba en España</i>	299
LA DIRECCIÓN.— <i>Noticias:</i>	
<i>Congreso de Bibliografía e Historia</i>	396
<i>Nuevo libro de Márques Sterling</i>	395
<i>"Patria": semanario nacionalista</i>	399
<i>Tres libros de Henríquez Urría</i>	396
<i>Versos de Sánchez Galarraga</i>	395
LÓPEZ, Jacinto.— <i>Situación política, económica y social de Colombia, en el período de las negociaciones con los Estados Unidos para la cele- bración del Tratado del Canal de Panamá</i>	224
LUGA, Ramiro I.— <i>La fiebre del oro. (Ouento)</i>	83
PÉREZ TRIANA, Santiago.— <i>La inviolabilidad del Continente Americano</i> ..	323
PORRAS TRUCONIS, G.— <i>El alejandrínismo de Guillermo Valencia</i>	251

	<u>Páginas</u>
SANTOS FERNÁNDEZ, J.— <i>La vida rural</i>	378
SARABASA, R.— <i>Alrededor de un proyecto de ley</i>	5
SOLA, José Sixto de.— <i>Los extranjeros en Cuba</i>	105
URBINA, Luis G.— <i>El poema de Mariel. (Poesía)</i>	129
VALDIVIA, Aniceto.— <i>Un poeta cubano casi desconocido: Pedro Angel Castellón</i>	365
VELASCO, Carlos de.— <i>El problema religioso</i>	209



IMPRESA DE AURELIO MIRANDA, TENIENTE-REY, ST. HABANA.

CLÁSICOS CASTELLANOS

EDICIONES DE LA REVISTA "LA LECTURA"

PASEO DE RECOLETOS, 25.

MADRID.

OBRAS PUBLICADAS:

- SANTA TERESA.—LAS MORADAS. Por D. Tomás Navarro. (Vol. 1º de la Bibl.)
- TIRSO DE MOLINA.—TEATRO. Tomo I. Por D. Américo Castro. (Vol. 2º de la Bibl.)
- GARCILASO.—OBRAS. Por D. Tomás Navarro. (Vol. 3º de la Bibl.)
- CERVANTES.—DON QUIJOTE DE LA MANCHA. Tomos I, II, III, IV, V, VI, VII y VIII. Por D. Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (Vols. 4º, 6º, 8º, 10, 13, 16, 19 y 22 de la Bibl.)
- QUEVEDO.—VIDA DEL BUSCÓN. Por D. Américo Castro. (Vol. 5º de la Bibl.)
- TORRES VILLARROEL.—VIDA. Por D. Federico de Oñís. (Vol. 7º de la Bibl.)
- DUQUE DE RIVAS.—ROMANCES. Tomos I y II. Por D. Cipriano Rivas Cherif. (Vols. 9º y 12 de la Bibl.)
- Bº JUAN DE ÁVILA.—EPISTOLARIO ESPIRITUAL. Por D. Vicente García de Diego. (Vol. 11 de la Bibl.)
- ARCIPRESTE DE HITA.—LIBRO DE BUEN AMOR. Tomos I y II. Por D. Julio Cejador. (Vols. 14 y 17 de la Bibl.)
- GUILLEN DE CASTRO.—LAS MOCADEDES DEL CID. Por D. Víctor Sain Armesto. (Vol. 15 de la Bibl.)
- EL MARQUÉS DESANTILLANA.—CANCIONES Y DECIREAS. Por D. Vicente García de Diego. (Vol. 18 de la Bibl.)
- FERNANDO DE ROJAS.—LA CELISTINA. Prólogo y notas por D. Julio Cejador. (Vols. 20 y 23 de la Bibl.)
- VILLEGAS.—ERÓTICAS O AMATORIAS. Por D. Narciso Alonso Cortés. (Vol. 21 de la Bibl.)
- POEMA DE MIOCID. Por D. Ramón Menéndez Pidal, de la Real Academia Española. (Vol. 24 de la Bibl.)
- LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES. Prólogo y notas por D. Julio Cejador. (Vol. 25 de la Bibl.)
- FERNANDO DE HERRERA.—POEMAS. Por D. Vicente García de Diego. (Vol. 26 de la Bibl.)
- CERVANTES.—NOVELAS EJEMPLARES. I. Prólogo y notas de D. Francisco Rodríguez Marín. (Vol. 27 de la Bibl.)
- FRAY LUIS DE LEÓN.—DE LOS NOMBRES DE CRISTO. I. Prólogo y notas por D. Federico de Oñís. (Vol. 28 de la Bibl.)

Precio de cada volumen en rústica 3 ptas.
Encuadernado en tela 4 " "
 en piel 5 " "

Para los suscriptores de LA LECTURA, 2 en rústica, 3 en tela y 4 en piel.

SANTOS Y ARTIGAS

Importadores

de las Mejores Películas en Cuba.

ASOCIACIÓN "CUBA FILATÉLICA"

Sociedad Internacional
de Cambio y de Correspondencias.

ORGANO OFICIAL:

"EL COLECCIONISTA"

Suscripciones: \$1 Cy. al año.

Dirección:

Secretario de la A. C. F.

APARTADO 1722.

HABANA, CUBA.

EN LA LIBRERÍA
Y CENTRO DE SUSCRIPCIONES

CASA DE WILSON,

DE S. T. SOLLOSO,

se reciben constantemente los principales
periódicos del mundo, con noticias de la
guerra europea; perfumería inglesa y
francesa, y el afamado *Té Horniman*.

Periódicos de modas. - Obispo, 52-Habana.

"EL IRIS"

COMPANIA DE SEGUROS MUTUOS CONTRA INCENDIO

ESTABLECIDA EN LA HABANA EL AÑO DE 1888.

ORIGINAS EN SU PROPIO EDIFICIO EMPEDRADO 34

VALOR RESPONSABLE	\$ 61,874,274.00	IDEM DE 1912 que se devolvio.	\$ 44,293.79
QUINIENTOS PAGADOS	\$ 1,729,287.00	IDEM DE 1913 que pasó al Fondo de	
SOBRANTE DE 1900 que se devolvio.	\$ 41,784.10	Reserva.	\$ 48,878.93
SOBRANTE DE 1910 que se devolvio.	\$ 88,879.00	IDEM DE 1914 que se devolvio	
IDEM DE 1911 que se devolvio.	\$ 38,462.12	en 1915	\$ 70,918.97

El Fondo especial de reserva representa en esta fecha un valor de \$400,623.25, en propiedades, hipotecas, Bonos de la República de Cuba, Láminas del Ayuntamiento de la Habana y efectivo en Caja y en los Bancos.

Por una módica cuota asegura fincas urbanas y establecimientos mercantiles.

Habana, 31 de marzo de 1915.—El Consejero Director, VICENTE CARDELL E INSA.

"EL SIGLO XX"

IMPRENTA DE AURELIO MIRANDA

Teniente Rey 27,
esq. a Aguiar
Teléfono A-7105
Apartado 1253

Colección "Ariel"

Selecciones de los buenos autores antiguos
y modernos

Dirigida por J. García Menjo
San José de Costa Rica, C. A.

CONDICIONES:

La serie de 8 folletos (en Costa Rica): c/. 2.00.

La serie de 8 folletos (en el Extranjero): en dólar.

Número suelto: c/. 0.25

Compañía Cubana de Fianzas

Cuba 76 y 78.

Teléfono A-2862.

CAPITAL PAGADO: \$225,000.00.—FONDO DE RESERVA: \$100,000.00.

Presidente: Guillermo de Zaldo.

Vicepresidente: Cosme Blanco Herrera.

Secretario Letrado Consultor: Claudio González de Mendoza.

Directores: Sir William Van Horne, Narciso Gelato, Luis Suárez Galbán, Dioniso Velasco, Claudio G. de Mendoza, Carlos de Zaldo, Francis J. Sherman, Carlos I. Párraga, Sebastián Gelabert, Herm. Upiann.

Esta Compañía Cubana de Fianzas fundada en el año de 1903 y domiciliada en la calle de Cuba números 76-78, continúa prestando toda clase de fianzas.

Asimismo ha organizado un Departamento para la Administración de propiedades y garantía de títulos de dominio.—RAMÓN GONZÁLEZ, Director General.

Pida



Ron y Elíxir

Bacardí